

# Las horas robadas

María Solar



Grijalbo narrativa

MARÍA SOLAR

# Las horas robadas

Grijalbo **narrativa**

SÍGUENOS EN  
megustaleer

 @Ebooks

 @megustaleer

 @megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*Para todas las mujeres  
que rompieron sus ataduras  
y nos hicieron más libres*

No hubo nunca más principio que ahora,  
ni más juventud ni vejez que ahora;  
y no habrá más perfección que ahora,  
ni más infierno ni cielo que ahora.

WALT WHITMAN

Lo mejor de una verdad  
es lo que de ella nunca se llega a saber.

VERGÍLIO FERREIRA

## *Abril de 1979*

Cuando Lola llegó a casa no la esperaba ningún beso detrás de la puerta, aunque le hubiera gustado. Hacía solo unos años eran los niños los que la besaban. Una lluvia de besos pegajosos con restos de chocolate, los más dulces y necesarios. Tras ellos venía un aluvión de frases que comenzaban por «¿Sabes, mamá?». Y así los problemas se quedaban fuera. Tras la puerta solo había sitio para el amor, aunque no fuera adulto. Pero ahora los niños eran adolescentes y ya no la esperaban al entrar, por eso notaba más la ausencia de los besos que su marido ya no le daba, y si se los diera, ella ya no los sentiría con la intensidad de antes, para qué se iba a engañar.

Encontró a su hija Ana donde esperaba, pegada al televisor. Miraba la pantalla embobada y solo de vez en cuando salía de ese estado para meterse un bocado en la boca en un gesto más robótico que consciente. Estaba sentada en el sofá con el plato de la cena colocado sobre las rodillas encima de un trapo de cocina que la aislaba del calor que desprendía la loza. Veía un programa musical en directo con grupos y solistas de moda, que cantaban acompañados por unos histriónicos bailarines. La presentadora lucía un moderno mono de color verde con un lazo rojo anudado a la cintura y perneras de pata de elefante. A Ana aquella mujer le parecía fascinante, tan rubia, tan bien vestida siempre. La envidia y el modelo a seguir por todas las

adolescentes como ella. Todo era perfecto en el televisor, a través de él llegaba la imagen de un mundo de triunfadores siempre guapos y sonrientes que Ana envidiaba. Ese era su referente, no Lola, su madre, aunque fuera una mujer fuerte, rebelde y luchadora. Al contrario, a esas edades las madres pasan a la retaguardia de los referentes y de los intereses.

El embobamiento y el volumen del televisor hicieron que Ana no la oyese entrar en casa. No se enteró de su llegada hasta que la tuvo delante. Lola, elegante y sonriente, saludó como siempre, cariñosa, felicitándola por haber calentado la cena a una hora prudente.

—¿Aún no ha llegado tu padre?

—No, ya ves —contestó con un par de miradas furtivas sin descentrar el foco de atención de la pantalla.

—Estará al caer, salimos juntos del bufete, pero él tenía unos asuntos que resolver. No creo que tarde. Voy a calentar la cena para los dos.

—Calientala también para Roberto, que aún no ha llegado —comentó Ana.

La noticia del nuevo retraso de su hijo molestó a Lola. Aquello venía también a cuento de las últimas notas que había traído y que no eran precisamente buenas como acostumbraba. Mientras hablaba con su hija desde la cocina, recogía los platos de la cena del abuelo, que seguían allí, encima del mármol del mesado. Encendió la cocina de gas, puso la olla al fuego y fue colocando tres servicios en la mesa. Siempre había tenido esa disposición de hacer muchas cosas y hablar a la vez. Cuando terminó, volvió a la sala a intentar mantener una conversación con su hija adolescente, embelesada con el televisor.

—¿El abuelo ya está descansando?

—Sí, se fue temprano a la cama, yo llegué a las seis y pico y ya no lo vi.

—¿Cómo que no lo has visto? A ver si los platos son aún los de la comida y no ha cenado... Ve ahora mismo a su cuarto a llamarlo.

La adolescente suspiró contrariada por el encargo, por la interrupción y por la lata de la conversación con su madre. Solo la alivió que estaban en los anuncios, así que se metió otro bocado en la boca y se fue a buscar al abuelo.

Vivía con ellos desde hacía cinco años. Tres o cuatro meses después de morir la abuela, se presentó en la puerta sin avisar siquiera y con la intención de quedarse para siempre después de medio siglo viviendo en Argentina. Se había pasado casi toda la vida emigrado. En realidad, había vivido más años allá que aquí. De alguna manera era de los dos lugares y de ninguno. Hasta su acento lo delataba; allá sonaba de aquí, aquí sonaba de allá. Un buen día llegó con una maleta pequeña, llamó al timbre y en el mismo umbral de la puerta le comunicó a su hija Lola que venía para quedarse. Nadie lo esperaba, pero nadie preguntó. El abuelo volvía a sus orígenes, tal vez porque pese a sus negocios y a su fortuna, se había quedado solo. Aquí estaba su única familia, su hija, sus nietos y también su casa, y era bien recibido, no se necesitaban explicaciones.

Ana se apresuró con el recado para regresar antes del final de los anuncios y tuvo la suerte de que nada más poner un pie en el pasillo, se encontró a su hermano Roberto, que venía de la calle aún más apurado que ella. No perdió la ocasión de pasarle el encargo.

—¿Ah, ya vienes? Pues ve tú a buscar al abuelo, que mamá está enfadada contigo por llegar tarde. Quiere saber si ya ha cenado o no. Pregúntaselo.

A Roberto el encargo le sirvió de excusa para retrasar un poco el encuentro con su madre, que a buen seguro no iba a estar de buenas.

Los retrasos y las malas notas tenían el mismo origen: desde hacía unas



semanas Roberto tenía novia. Le había pedido para salir a una chica de clase, Nuria, y estaban juntos. Los exámenes lo habían pillado justo en el momento en el que sus días pasaban en un estado de aturdimiento, pensando únicamente en cómo pedirle que fuese su novia. Tardó mucho en armarse de valor. No era nada fácil hacer la pregunta en cuestión: «¿Quieres salir conmigo?». En opinión de sus amigos más íntimos, concedores de los apuros del chaval, Nuria había dado suficientes señales de que le correspondía. Todos coincidían en eso, pero Roberto, de tanto darle vueltas a la cabeza, a veces se convencía firmemente de que era cierto y al instante de todo lo contrario.

Cuando ella se le acercaba, cuando lo rozaba en el laboratorio de química donde les había tocado ser pareja por orden alfabético, cuando olía su maravillosa colonia, a Roberto comenzaba a hervirle el cuerpo. Le latía el corazón taquicárdico, se sentía revuelto y hasta temblaba. Cualquiera diría que aquello se parecía más a una enfermedad que a un enamoramiento.

A veces pensaba que cuando por fin consiguiera besarla, que era lo que más deseaba en el mundo, tal vez se desmayaría, o no sabría besarla, que sería peor, porque entonces querría morirse de vergüenza. Aunque en realidad ya la había besado. La había besado docenas de veces, cientos de veces en sus sueños y ensoñaciones, dormido y despierto o esperando para dormirse. Ahí era cuando más la besaba, aguardando el sueño.

Todo lo que sentía era extremo: el miedo, el amor, la confusión, los nervios, la alegría, la pena... Nuria estaba todo el día en su cabeza desde el momento en el que abría los ojos. El primer pensamiento del día era para ella, igual que todos los posteriores. Nuria, Nuria, Nuria. Sentía que en su cabeza no había sitio para nada ni para nadie más. Nuria lo ocupaba todo y se le aparecía por todas partes, por entre las ecuaciones matemáticas, entre las

fórmulas químicas y en medio del vocabulario de inglés. No había nada más interesante que ella.

Cada vez estaban más tiempo juntos, en ocasiones incluso solos. Todo el mundo se había dado cuenta ya de que estaban enamorados. Se notaba. Por eso a veces los otros simplemente desaparecían y ellos se quedaban solos. Solos los dos.

Acostumbraban a reír mucho juntos. Era divertida, guapa e inteligente. Se contaban todo tipo de cosas, siempre había de qué hablar, pero nunca hablaban de lo que realmente tenían que contarse y confesarse. Mil veces estuvo a punto de decírselo, pero no había sido capaz. Roberto seguía retrasando el momento de pedirle para salir, y el castigo de varios fines de semana en casa, tras las notas, no ayudó nada. Su mejor amigo, Ramón, le recomendó tomar un trago de coñac antes de preguntárselo para armarse de valor, pero Roberto quería estar bien espabilado delante de ella. La única vez que había bebido un poco de más había hecho muchas estupideces en público. Nuria era demasiado importante para ponerla en las manos poco fiables del alcohol. Ramón, mucho más experimentado en mujeres, había dado un diagnóstico claro.

—¡Es que no se puede esperar tanto, hombre! ¿Tú qué crees que piensa ella? ¡Pues que solo quieres ser su amigo! Piensa que no vas a hacer nada nunca. Eso desespera a cualquiera, Roberto. ¡La matas de aburrimiento! — sentenció.

El diagnóstico era demoledor, pero cierto. Tanto miedo, tantos miedos lo habían paralizado. Se había estancado. Temía no ser aceptado y entonces la perdería incluso como amiga, y no le quedaría ni su sonrisa. Por eso se conformaba con tenerla cerca, hablarle algunas veces, olerla y rozarla en momentos furtivos. Pero la verdad es que aquello no era suficiente, así que se decidió a salir de las ensoñaciones y afrontar la realidad pasara lo que pasase.

La tenía enfrente, ella contaba algo animadamente y él la miraba dándole vueltas a qué hacer, qué decir, qué tono usar. Y entonces pasó. La besó. Fue así. Como si hubiese sucedido solo. La besó. Y el beso habló. Como cuando lo ves en una película o lo lees en un libro. Fue natural, fue maravilloso, fue suave. Duró un nada y un todo. Y cuando separaron los labios se lo preguntó: «¿Quieres salir conmigo?». Y ella dijo: «Sí».

Y ahora eran novios y Roberto había llegado tarde a casa y ella también.

Con el tiempo aprendes que las cosas pueden cambiar en un instante, al igual que pueden permanecer enquistadas sin moverse ni un milímetro durante años, y el cambio depende solo de una decisión. Aunque hay decisiones que se sueñan mil veces pero nunca se tiene el valor de hacerlas realidad. Hay decisiones que suponen cambiar nuestra vida. Los cambios, aun los deseados, dan miedo por desconocidos y porque nadie nos puede garantizar un buen resultado.

Pero hoy Roberto sentía aún en los labios el beso que Nuria le había dado al despedirse y que se trajo todo el camino de vuelta. O puede que fuese el viento, pero a él le parecía que el beso seguía allí, rozándole los labios.

Sujetó el manubrio de la puerta de la habitación del abuelo y como aún permanecía en su estado de embobamiento enamorado no llamó antes de entrar. Pero de haberlo hecho hubiera sido lo mismo, porque el abuelo Anselmo yacía muerto sobre la cama.

El cuarto estaba en semipenumbra, pero la luz artificial de la calle que entraba por la ventana era suficiente para ver el cuerpo tendido, un poco ladeado, como durmiendo.

Desde la puerta, Roberto lo observó extrañado y se acercó despacio, sin encender la luz, pisando suave y sin ruido, mirándolo, desconfiado de aquel

sueño tan temprano en la noche recién estrenada. Cuando llegó a su lado lo vio con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho. En la almohada había un poco de vómito que le hizo estremecerse por dentro y también sospechar que algo iba mal. Se acercó más para comprobar lo que pasaba. Miró aquellas pestañas rizadas, la expresión relajada; parecía dormido, pero de la boca resbalaba aquel inquietante vómito claro que caía como un hilo sobre la almohada y dejaba en ella una mancha blanquecina.

Roberto sintió que no podía respirar. El pecho se le arqueaba convulsionado buscando aire para llenarse. El abuelo ya no parecía dormido, parecía muerto. Le puso el dorso de la mano bajo la nariz intentando sentir su aliento sobre los dedos, pero no había. Le tomó el pulso en aquellas manos extremadamente delgadas que reposaban cruzadas sobre su propio cuerpo, tranquilas, en un gesto nada dramático, y allí tampoco encontró señal de vida. Pensó entonces en coger el marco que había en la mesilla de noche y ver si el cristal se empañaba con su aliento, pero tampoco se empañó. Lo dejó de nuevo en la mesilla. Y miró al abuelo. Lo miró, y esta vez lo vio muerto.

En alguna ocasión había pensado cómo sería cuando muriese, lo había imaginado como algo terriblemente doloroso y dramático. Pero ahora que lo tenía delante sin vida, y no era capaz de reaccionar, ni de dejar de mirarlo, de observar el cuerpo sin la persona, vacío, le pareció morboso. Pensó que estaba viendo algo que no debía ver, que era extraordinariamente íntimo. La muerte tendría que pertenecer a la intimidad de las personas, pero nadie es dueño de lo que a uno le pasa cuando muere, ni de quién puede verte sin vida. Sintió ganas de llamar a su madre, pero no era capaz de hablar porque la voz se ahogaba sola y moría en la garganta antes de salir, asfixiada por aquel momento que sabía que iba a quedar para siempre grabado en su memoria. Fue entonces, no antes, fue al recordar a los demás de la casa y pensar en su dolor, cuando las lágrimas le brotaron en los ojos.

Se levantó del borde de la cama donde se había sentado y salió de la habitación caminando hacia atrás, viendo al abuelo cada vez más lejos hasta que de nuevo parecía que dormía, como cuando había entrado. Cerró la puerta tras él y desde fuera llamó con un hilo de voz.

—Mamá... Mamá, el abuelo está muerto.

Se echó las manos a la garganta traicionera y notó que sujetaba un papel. Recordó habérselo quitado de la mano al abuelo cuando le tomó el pulso. Lo guardó en el bolsillo de la camisa e insistió en el gesto de agarrarse la garganta para obligarla a gritar con fuerza: «¡¡Mamá!! ¡¡El abuelo está muerto!!».

Y esta vez la voz manó fuerte, fría y desgarrada, y de la cocina y la sala salieron las dos mujeres desencajadas, horrorizadas, arrastradas por la voz rota y amarga de Roberto.

La rutina aplasta los sentimientos, agota los amores, insensibiliza a las personas, ensordece los gritos, hace normal lo anormal y consigue que uno se acostumbre a vivir como vive y no luche por otra cosa. La rutina era que al final de diez o doce horas de trabajo y una de taberna, Damián llegaba a casa con cara de pocos amigos y sin hablar. Tras pasar brevemente por el cuarto para tirar el abrigo sobre la cama, se sentaba a la mesa de la cocina a la espera de que inmediatamente toda la familia tomara asiento a su alrededor y comenzara la cena.

Las normas no estaban escritas, simplemente eran así por rutina. La cena debía caer en el plato nada más sentarse. Tampoco valían los retrasos para acudir a la mesa; cuando él entraba por la puerta, se cerraban los libros, se apagaba la tele, se colgaba el teléfono y se iba a cenar. Un buen rato en silencio y después, saciada la impaciencia primera del estómago, ya se podía empezar a hablar. Cualquier alteración de estas normas se remataba con un puñetazo encima de la mesa, en el mejor de los casos, cuando no con un plato destrozado contra el suelo o contra la pared, y una bofetada volando e impactando contra uno de los chavales. Y como rutina que era, todos estaban acostumbrados a vivir así, aunque no les gustase.

Pero aquel atardecer de viernes, tras escuchar el ruido de las llaves en la puerta, el padre no se dirigió como siempre al cuarto. Escucharon unos pasos y una llamada fuerte desde la sala.

—¡¡Venid a ver esto!!

Parecía contento y excitado.

—¡Venga, venid! —seguía reclamando a la familia.

Cada uno salió de su cobijo natural en aquella casa de muchos habitantes y pocas conversaciones: la madre acudió desde la cocina, Ricardo llegó de su habitación con una novela en la mano, Rita venía del baño, donde a buen seguro llevaba un rato tonteando delante del espejo, y Ramón ya estaba en la sala, semiacostado en el sofá de escay granate. Su padre venía tan entusiasmado con un paquete que ni había reparado en él. Le pasó por delante saltando sus pies y enfiló directamente hacia la televisión.

El bulto que traía no ocupaba mucho, así que Ramón desestimó enseguida la posibilidad de que fuese una tele nueva en color, que sería lo único en el mundo que él desearía. Su mejor amigo, Roberto, tenía una. Tenía tele en color y todo lo último que salía al mercado. En su casa habían sido los primeros en hablar de los yogures de yogurtera, años antes de que tal aparato llegara a casa de Ramón. Había sido el primero también en decorar los pasillos con aquellos modernísimos papeles pintados con grandes motivos geométricos llenos de color. Los primeros en tener sofás de escay. Los primeros en tener un coche ranchera más amplio para toda la familia. Eran siempre los primeros y a veces también los únicos, como sucedía con la piscina y la televisión en color.

Damián rompió ansioso el papel de estraza y sacó de dentro otro envoltorio de plástico, que se resistió un poco más a la apertura y lo hizo blasfemar.

—Rosa, trae unas tijeras o un cuchillo o algo para abrir esto, ¡coño!

La madre fue apurada a por las tijeras, quejándose. No soportaba las palabras malsonantes y en aquella casa las había a diario. Volvió enseguida, apremiada por su marido.

Por fin rompió el envoltorio y sacó de dentro el motivo de tanto revuelo:

una antena de cuernos.

—¡Es una antena de cuernos!! —dijo emocionado Damián—. Llevo días pensando en comprarla y aquí está. ¡Qué carajo! No vamos a ser menos que los vecinos, para eso trabajo como un cabrón todos los días.

—¡Cuida esa boca, Damián! —le recriminó Rosa—. ¿Y para qué queremos nosotros una antena de cuernos? ¿No veíamos ya bien la tele? Si me compraras una lavadora, no tendría que andar con la tabla de madera frotando la ropa en la bañera, que me destrozo la espalda.

—Eso es mucho más caro.

—Pues mis hermanas hace mucho que la tienen.

—Pagada a plazos. En esta casa no se compra nada a plazos. Si no hay dinero, no se compra.

Colocó la nueva antena sobre el televisor y giró la mesa de ruedas sobre la que estaba para soltar el cable de la antena fija y enchufar la nueva. Era un artefacto con una pequeña base de plástico blanco de la que salían dos antenas metálicas extensibles, muy parecidas a la que tenía el coche para escuchar la radio, pero de mayor longitud.

—Ahora no vaya a daros por estirar las antenas como animales y las rompáis, que sois unos bestias. Para estirar lo hacéis así, con cuidado, subiéndolas despacito, y para recogerlas nada de empujar desde la punta, que se dobla la antena y después se queda deformada para siempre. La vais replegando también despacito, con cuidado, desde abajo, ¿veis?

Todos asintieron, aunque sin intención de cumplirlo, sino como paso necesario para seguir avanzando y ver cómo funcionaba la tele con la nueva antena.

Damián mandó a Ramón que encendiese el televisor. El chaval se levantó del sofá, lo enchufó a la red, pulsó el botón de encendido y después el del estabilizador. En ese preciso instante, arrodillado como estaba, le cayó desde



arriba una bofetada de su padre que impactó en toda la nuca. Y enseguida vino una larga reprimenda verbal por no hacer las cosas «como Dios manda» y «como hay que hacerlas, y se hacen».

—No respetáis nada. ¿Qué te piensas? ¿Que nos cae el dinero del cielo? Coño, te he dicho mil veces que primero enciendes el estabilizador y después la tele, y no al revés, que para eso está el estabilizador, para evitar que un cambio de voltaje estropee el televisor. ¡Que si se rompe, no viene otro! ¿O crees que los regalan?

Los más jóvenes habían tomado asiento en el sofá tresillo sin hacer mucho caso de la bronca organizada. Allí nadie se alteraba ya por los gritos; se aguantaban y punto. A no ser que el enfado del padre alcanzara grandes dimensiones, como en ocasiones pasaba. Pero no era el caso. Con la madre ya eran tres en el tresillo, y aun así se arrimaron para hacer sitio a Ramón, que seguía recibiendo la bronca. Dejaron aún hueco para el padre, por si se calmaba y quería ver la tele sentado. Estaban apretujados como sardinas en lata. Observaban callados y sin intervenir en la escena de la reprimenda, que no les sonaba ajena por repetida en aquella casa.

El aparato dio señales de vida respondiendo con un zumbido, pero la pantalla seguía negra.

—Está calentando —anunció Damián—; ahora veréis qué bien se ve. Ya la probé en la tienda. Desde ahora podemos ver la tele donde nos apetezca: en la cocina, en las habitaciones... Nos la llevamos con la mesa de ruedas y después le conectamos la antena de cuernos y ya está. Podemos verla en toda la casa, hasta en el patio si nos da la gana. Y cuando den las campanadas en fin de año podremos tomar las uvas en la cocina. —Estaba realmente excitado con su compra.

La pantalla empezó a iluminarse, y surgieron en ella miles de puntitos

blancos y negros que se apagaban y encendían mientras seguía escuchándose un zumbido ya alto y desagradable.

No se veía nada, pero se debía, según Damián, a que era preciso orientar los cuernos. Desde el sofá todos seguían atentos el largo proceso. Estiró bien las dos antenas y empezó a girarlas desde la base que sujetaba la uve que hacían. Formó una uve amplia, abrió aún más los cuernos, los cerró, giró uno hacia atrás, los dos para atrás...

La abuela Carmen entró silenciosa por la puerta al reclamo de tanta expectación y revuelo.

Había días que estaba y otros que estaba sin estar, horas que entendía y otras que parecía no saber de qué se le hablaba ni reconocía a las personas. El tiempo iba y venía en su cabeza como la imagen del televisor con aquella antena de cuernos. Por momentos consolidaba recuerdos plenos y hablaba perfectamente, otras veces las imágenes se movían sin orden ni concierto en su cerebro, y aun había otros momentos más en los que se formaban en su cabeza imágenes antiguas. Eran ratos en los que podía recordar con exactitud el pasado más lejano y olvidaba por completo el presente.

La vieja, quién sabe en qué momento temporal, también se sentó en uno de los sitios reservados del tresillo. Rosa recibió a su suegra con una sonrisa, pero el funcionamiento de la antena centraba toda la atención.

—Ahí, ahí, ahí se ve... ¡Ah, ya no!

—¡Ahora, ahora, para! Déjalo ahí.

—¡Han vuelto los puntos! Dale como antes, un poco para atrás.

La imagen iba y venía. El sonido se mantenía mejor. Por momentos se recomponía entre las distorsiones la cara de Marisa Medina, una afamada presentadora, pero de pronto el rostro de la mujer comenzaba a retorcerse y volvían los puntos blancos y negros. Los tacos que soltaba Damián eran irreproducibles, como la intención que anunció por dónde le iba a meter la

antena de cuernos al vendedor si aquello no funcionaba y resultaba ser un timo.

En el mueble del recibidor sonó inoportuno el teléfono. Ramón salió con urgencia a cogerlo. Después de la llegada del padre a casa, los amigos estaban avisados de que no llamaran porque no era de su agrado. El ring servía de excusa perfecta a Damián para montar un lío y repartir unos cuantos sopapos a los chicos adolescentes. Los acusaba de estar al teléfono durante horas y de «gastarlo».

—No hacéis más que gastar teléfono. ¿De qué carajo habláis si venís de estar con los amigos? Cuando yo era joven no había teléfono. ¡Y no me moría por no hablar una tarde con los demás, ni siquiera por no hablar un día o dos con la novia!

Ramón no podía imaginar quién demonios llamaba a aquellas horas, pero como fuera un amigo suyo le iba a echar una buena bronca. Pero mañana. Hoy con despedirlo enseguida era suficiente, y era todo lo que podía hacer.

En la sala, por un momento la imagen se fijó perfecta. Pero al soltar Damián la mano de la antena, de nuevo se distorsionó, aunque seguía oyéndose perfectamente.

—Si la agarras se ve y si la sueltas no. ¡Deja ahí la mano!

La emoción desbordada del padre al principio se había tornado en un cabreo monumental. No era de extrañar, realmente orientar la antena era un trabajo de habilidad fina y algo de suerte. Pero en una de estas la tele quedó funcionando en plenitud, en blanco y negro como era, pero en plenitud. Y Damián, satisfecho de la compra y olvidando al instante todo lo que había dicho del vendedor y del propio aparato, anunció:

—Ahí la tenéis, una tele portátil. ¡Nos va a cambiar la vida!

Entonces apareció Ramón en el umbral de la puerta.

—Era Roberto el que llamaba. El viejo Anselmo ha muerto.

En la sala todos se quedaron serios de pronto. Roberto y su familia eran, además de vecinos, amigos. Solo la abuela habló:

—Se ha muerto Anselmo, otra vez —dijo mirándose los pies.

—Se ha muerto la primera, abuela —replicó simpático Ricardo, y al instante le cayó un bofetón de su padre en toda la mejilla.

—¡Respeto a la abuela, hostia! ¡Que no tenéis respeto por ella ni por su enfermedad!

—No, la otra vez no se murió, lo maté yo —balbuceó la vieja, pero ya nadie tuvo nada que añadir.

El velatorio se hizo en la habitación en la que murió. La funeraria corrió con todo desde el mismo momento en el que llegaron a la casa. Ellos avisaron al médico para firmar el certificado de defunción y solucionaron los papeles más inmediatos, después prepararon lo demás. Vistieron al muerto y lo arreglaron, lo metieron en un ataúd y trasladaron algunos muebles al cuarto de Ana, la cama incluida, para montar de inmediato unas cortinas de terciopelo granate ribeteadas con flecos dorados que hacían las veces de fondo del cuarto tapando la pared. Delante colocaron la caja sobre un alto forrado también de terciopelo del mismo color; era como el telón de un teatro. Todo parecía un escenario. El cuarto quedó preparado para las visitas no sin antes poner un marco con una foto de estudio del difunto sacada en Argentina cuando era joven, y una corona a cada lado del féretro colgadas en sus respectivos trípodes. El ataúd era de los semiabiertos, de cintura para abajo el cuerpo estaba tapado y de cintura para arriba, al descubierto. Así, los asistentes al velatorio podían ver al fallecido e incluso, los que querían, podían besarlo.

Ana y Roberto nunca habían estado tan cerca de la muerte, ni de un muerto, pero sorprendentemente no daba miedo porque era su abuelo. Lo que daba era pena. Una tristeza infinita.

Anselmo, como casi todo el mundo, tenía el entierro pagado. Llevaba docenas de años abonando las mensualidades de un seguro de decesos para

no dejar cargas a la familia cuando falleciera. Ya había elegido el féretro, la iglesia, el número de curas, la misa cantada, la esquila del periódico y los avisos de la radio, el autobús para la recogida y el traslado de la gente, incluida la lista de todas y cada una de las paradas por los pueblos de varios kilómetros a la redonda donde había familiares o amigos dispersos que podían acudir al entierro, también la lápida, y por supuesto había comprado un terreno en el cementerio para que lo sepultaran en tierra, ya que no le agradaba el asunto de los nichos altos. Estaba todo pagado, incluso el par de coronas: la de los hijos y la de los nietos. Había dejado también testamento y un encargo verbal, repetido incansablemente durante años a la familia, de que debían interesarse y cuidar los asuntos de Argentina donde había hecho su fortuna en la emigración y aún le quedaban negocios.

Por la casa pasó todo el barrio. Estuvieron los amigos y algunos menos amigos. Había gente de bien y cotillas que aprovecharon la ocasión para ver la casa por dentro y mirar si los muebles eran de los buenos y si había suficiente comida y bebida para la gente del velatorio. Aquello duró un mundo, y lo más duro fue la noche sin dormir acompañando al difunto.

Ramón se había portado muy bien. Desde que se enteró de la noticia acompañó en todo lo posible a su amigo Roberto e hizo una impagable función de correo para llevar y traer noticias de Nuria.

En medio de todo aquel teatro, Roberto había reparado en que había algo que hacía que el hombre de la caja no pareciese el abuelo. No era el *rigor mortis*, era otra cosa. Los de la funeraria lo habían maquillado y le habían hecho algo en la boca y en la nariz. Estaba extraño.

—Está... diferente, ¿no? —comentó Roberto a su hermana, apoyados los dos en la mesa de la cocina donde preparaban bandejas con bizcocho cortado en trocitos.

—Algo, sí. Creo que les taponan las fosas nasales y les echan en la boca

una especie de pegamento. Al menos eso fue lo que dijo Divina cuando lo vio.

—¿Y para qué iban a hacer eso?

—No sé; lo de la boca será para mantenerla cerrada, y lo de la nariz... ya sabes...

—No. ¿Qué es lo que sé? —preguntó intrigado Roberto.

—Será por si escapan líquidos de dentro, como lo otro... —Ana hablaba muy bajo, susurraba aunque estaban los dos solos en la cocina. Hablaba bajito, como no queriendo contar nada sobre aquellas cosas tan terribles, feas y desagradables.

—¿Qué otro?

La chica hizo un gesto con el hombro de no querer decirlo, de que no le agradaba aquella conversación sobre la muerte y el muerto.

—¡Cuenta! —Roberto se alteró. Se olía que no le iba a agradar la respuesta, pero le fastidiaba un poco tanto reparo por parte de su hermana para hablar de algo que en el fondo es de lo más normal y natural.

—Lo de los esfínteres... —soltó la chica.

—¿El qué de los esfínteres? ¿Quieres contarlo todo seguido de una vez?

—Pues eso, como cuando se meó. Los cadáveres relajan los esfínteres y se orinan, incluso pueden cagarse encima. Es así. ¿No te has dado cuenta? ¿No has visto que mamá cambió las sábanas de la cama antes de que llegaran los de la funeraria porque le daba reparo que lo viesan meado?

Roberto estaba perplejo; efectivamente, su madre había cambiado las sábanas con la ayuda de Ana. Él las había visto a las dos moviendo el cuerpo, girándolo con bastante esfuerzo sobre sí mismo en la cama, ayudadas de las propias sábanas, y después Lola había salido de la casa al contenedor de enfrente, donde las tiró a la basura, llorando.

—Pero ¿por qué lo hizo? Los de la funeraria estarán acostumbrados a eso.

¿No dices que les pasa a todos los muertos?

—Los de la funeraria sí, pero el abuelo no. ¿Tú querrías que alguien te viese meado?

—No, supongo que no... Pero tampoco querría que nadie me viese muerto.

Había pensado mucho en eso. Era lo que le pasaba con el abuelo, que prefería recordarlo vivo, pero no era capaz de sacarse de la cabeza la imagen de aquellos ojos cerrados con las pestañas rizadas y los brazos cruzados sobre el cuerpo, como si estuviese dormido. La muerte no era tan fea, era más feo todo aquello que se había montado alrededor.

La casa parecía el campo de la fiesta, entraban y salían personas continuamente. Había gente en la cocina, en la sala, en la entrada, por los pasillos, en la habitación del difunto y también mucha fuera, justo a la puerta de la vivienda haciendo ruido. En el velatorio los lloros se mezclaban con las conversaciones demasiado animadas, impropias para el lugar. Incluso se escuchaban risas por momentos. Aquella gente venía a acompañar a la familia, pero lo cierto es que a Roberto le sobraban. Dieron un trabajo infernal. Se pasó la mañana, la tarde, la noche entera y la mañana siguiente trayendo y llevando aguardiente, licor de café, café, bizcochos y galletas para ofrecérselos a todo el mundo. Eran horas interminables.

El párroco también pasó de visita en la víspera del entierro. Entró don César por la puerta y todos callaron. Le abrieron un silencioso y respetuoso pasillo hasta el cuarto. Venía vestido de cura con sotana, no de persona, porque como decía el abuelo: «No son personas, son curas, y tienen que hacerlo notar». Roberto sonreía recordando las cosas del abuelo. En todas aquellas



horas que llevaban de velatorio aún no había hecho acto de presencia, y ya era caso comentado por los asistentes. Bien sabido era que aquella casa, siendo cristiana, no era muy beata, ni siquiera un poco. A la iglesia se iba lo justo e imprescindible. Los padres habían sido hippies, los hijos se habían criado en ese ambiente y don César se traía de viejo algún tipo de rencor de origen desconocido con el abuelo Anselmo.

La gente contaba en los corrillos del propio velatorio que eran de la misma quinta y amigos de la infancia, de juegos y de escuela. Los dos se habían escolarizado en el seminario, como tantos otros niños sin recursos. La diferencia era que don César, por ser de familia humilde, continuó la carrera para cura y Anselmo, por lo mismo, tuvo que abandonar los estudios para echar una mano en casa, y con solo diecisiete años se marchó emigrado, solo y pobre a Argentina. Mucho les había cambiado la vida a los dos desde aquellos años de juventud. Cada uno a su manera, a ambos les había ido bien.

En realidad, la idea de Anselmo era irse por un tiempo, pero la vida nunca respeta los planes que uno hace y no volvió en cincuenta años, ni tan siquiera de visita, ni cuando murieron sus padres. Se casó muy joven con una argentina y tuvieron a su única hija, Lola. Y quién le iba a decir a él que sería ella precisamente la que elegiría volver a vivir en el pueblo, que no conocía más que de oídas.

Lola rehabilitó la casa familiar y se quedó. Sin embargo, Anselmo continuó sin visitar su tierra natal. Ni cuando nacieron los nietos el abuelo regresó para conocerlos. Todas las navidades y todos los veranos pagaba los billetes para que la familia entera se fuera a verlo a Buenos Aires, pero él jamás pisó de vuelta el pueblo. Por eso nadie esperaba que decidiese regresar cuando enviudó. Fue una sorpresa para los vecinos y también para la familia, que no sospechaba tal cambio de idea.

Además del bufete de lujo, Anselmo había pagado la rehabilitación de la

casa y una ampliación inmensa, con jardín y piscina. La construcción era un tanto ostentosa, con piedra de la buena, como los coches y los lujos de la familia. Anselmo, que había salido de emigrante con una mano delante y otra detrás, era evidente que había hecho fortuna; él mismo se encargaba de que se notara. Los negocios habían quedado en Buenos Aires, pero seguían produciendo. Al parecer, allá había una persona de toda su confianza al mando, y el abuelo podía vivir tranquilamente en España sin estar demasiado pendiente del día a día.

Don César avanzaba hacia la habitación del fallecido para comenzar las oraciones en la casa antes del funeral. No recibiría sepultura hasta la tarde del día siguiente. El cura observaba a su paso cuánta gente había allí, y todos los lujos de la casa y del velatorio. No podía negar el párroco que le agradaban los grandes entierros; toda aquella parafernalia de flores en la casa y en la iglesia, la misa con otros curas, cantada y con música de órgano, era de su agrado. No tenía ocasión de hacer muchos entierros así. Y puestos a enterrar, tenía que reconocer que le gustaba que fuesen lucidos. Porque este iba a ser sin duda un funeral lucido.

El cura rezó, se tomó una copita de aguardiente de hierbas, dirigió unas palabras reconfortantes a la familia y se marchó. En total no tardó ni media hora. Lola lo acompañó hasta la puerta y allí lo despidió, pensando en lo poco que la había reconfortado la visita.

Pero el mayor trasiego de gente fue en las horas previas al entierro. Con tanto tiempo de vigilia, toda la familia estaba un poco aturdida. Venían conocidos y desconocidos que apretaban a Roberto y lo colmaban de besos y palmadas en la espalda; de muchos ya ni se acordaba. Las frases eran parecidas: «Te acompaño en el sentimiento», «Era un gran hombre», «Siento mucho la

pérdida» y cosas semejantes. Hacía ya tiempo que Roberto sonreía, abrazaba y besaba mecánicamente.

Fue entonces cuando, al fondo del pasillo que llevaba a la puerta de la entrada, vio asomar el hermoso y largo pelo negro de Nuria. Apareció detrás de Ramón, que le abría paso y le mostraba el camino. Llevaba la cabeza baja y gesto de apuro por entrar en la casa de Roberto. Por supuesto, ningún adulto sabía de la relación entre ellos. A estas edades los noviazgos no son públicos, son a escondidas. Lucía una camisa blanca floja que transparentaba un poco el sujetador también blanco, una minifalda de tablas verde intenso con flores de muchos colores, un cinturón con una gran hebilla dorada y unos zapatos del color de la camisa. El conjunto había dado que hablar a tres o cuatro de las presentes, que consideraron que esa vestimenta era inapropiada para ir a un velatorio.

Los dos amigos se acercaron a Roberto. Nuria le dio dos besos que le olieron a su colonia de siempre, y dijo lo mismo que todos, aunque sonó diferente: «Te acompaño en el sentimiento».

—¿Cómo estás? —preguntó la chica.

—Bien. Bueno..., ya sabes...

—Solo venía a saludarte y a darte un beso. Ojalá pudiese hacer algo más —dijo tímidamente.

—¿Y qué más vas a hacer, mujer? Ya haces mucho. Gracias por venir. — Roberto le rozó una mano con la suya, pero evidentemente aquel no era lugar para cogérsela.

La magia entre los novios se rompió cuando Ramón se movió bruscamente hacia delante y se metió entre los dos empujándolos para ver algo al fondo que llamó su atención. Había entrado en la casa su abuela Carmen. Se dirigió directamente a la habitación del velatorio, pasando entre la gente. Cruzó

también entre los chicos, pero continuó sin pararse con su nieto, a quien parecía no haber reconocido.

La vieja se detuvo en el umbral de la puerta mirando al difunto y todo aquel tinglado que habían montado los de la funeraria con los cortinones y las coronas. Dentro, a la derecha del fallecido, había unas sillas en las que estaban sentadas varias mujeres, y al otro lado, a la izquierda, habían colocado un sofá tresillo de escay granate en el que descansaban la hija y la nieta del fallecido. Había otras personas de pie, sobre todo hombres: el yerno y otros familiares y amigos. Algunos repararon en la vieja Carmen parada en la puerta.

Tenía los ojos fijados en el difunto. Después observó también un buen rato aquella foto que presidía el velatorio y que había sido sacada durante la emigración en Argentina. En ella no debía de tener más de treinta y cinco años. Tras observar todo aquello desde la entrada de la habitación, cuando le pareció, entró despacito, seguida por Ramón, temeroso de la actitud de su abuela. Se acercó al ataúd y se situó al lado. Permaneció allí otro rato largo, callada, mirando. Y cuando ya el nieto iba a intervenir para invitarla a volver a casa en su compañía, la anciana se abalanzó sobre el féretro. Abrazó fuerte a Anselmo, lo besó en los labios y le dijo: «Siempre, siempre, siempre».

Los presentes se quedaron de piedra, no daban crédito a lo que veían.

Había sido tan rápido que a Ramón no le había dado tiempo a hacer nada. Quien lo hizo fue su padre. El chico, pendiente de su abuela, no había visto entrar a Damián, que apareció desde el fondo sin mediar palabra. Se acercó firme pero sin prisa, la cogió muy dulcemente por los hombros y entre el murmullo general de la gente dijo:

—Vamos, mamá. Vámonos a casa. Yo te acompaño, ¿sí?

La anciana no opuso resistencia y salió con su hijo entre las miradas asombradas y el silencio de todos, incluidos su nieto, Roberto y Nuria.

—Estaba frío —dijo la vieja al salir del cuarto.

—Sí, mamá, está muerto.

—Lo sé. Muerto y frío.

Cuando salieron, en la casa se organizó de nuevo un murmullo de conversaciones que iban ganando en intensidad, pero los chicos no comentaron el asunto de la vieja, que evidentemente tenía momentos en los que no estaba lúcida, y aquel era uno de ellos.

Ramón, como si no hubiera visto nada, se ofreció para acompañar a Nuria a casa. Roberto la besó de nuevo en las dos mejillas para despedirse, intentando aspirar en ese instante todo el olor a colonia que pudiese para guardárselo dentro mucho tiempo. Y la vio marchar, hermosa, desapareciendo entre la gente guiada por el brazo amable de Ramón.

Se fueron y el velatorio volvió a lo que era.

La de Nuria había sido una visita relámpago, pero reconfortante. Después continuaron los abrazos, los pésames, los besos y los apretujones de toda aquella gente. Hasta que llegó la hora.

Que Rosa no era feliz en su casa era evidente. Quería con locura a sus tres hijos y por ellos había dejado de trabajar, pero la vida con Damián era difícil de llevar. Se habían casado realmente enamorados, tan enamorados que no veía más que por sus ojos. Todo lo que él le pedía, sugería u ordenaba, ella lo hacía. Rosa vivía para complacerlo de tanto amor que sentía, y cuando el amor se fue debilitando, hacer lo que él quería ya era una costumbre y una obligación. Rosa no existía de por sí. Existía para los demás recibiendo muy poco a cambio, porque incluso para sus hijos, aquella entrega formaba parte ya de la normalidad, de lo que tenía que ser.

Damián no siempre había tenido el carácter tan agrio, aunque tampoco se puede negar que ya antes apuntaba maneras. Cuando eran más jóvenes, él mostraba sus celos como una señal de amor. Si algún otro hombre miraba a Rosa, montaba una bronca inmediatamente, pero no con el mirón, sino con ella. Él siempre encontraba una razón por la que los hombres la miraban, que podía ser la falda demasiado entubada, los tacones de aguja, el lápiz rojo de labios o los pechos demasiado marcados en la blusa entallada. Y así Rosa fue comprando faldas más rectas, bajando el alto de los tacones, evitando los rojos de labios y usando blusas más flojas, pero siempre había una nueva razón y una nueva culpa por las que a Rosa la miraban los hombres por la calle.

—Te lo digo porque te quiero. Te quiero tanto que no soporto que nadie te

mire. No soportaría que me engañaras con otro —se explicaba Damián.

—Pero ¿qué dices, mi amor? ¿Cuándo le he prestado atención a otro? Si no veo más que por tus ojos.

Años después, cuando se casaron y tuvieron a Ramón, el primogénito, Damián dio por hecho que la vida laboral de Rosa había terminado.

—¿Por qué voy a dejar el trabajo en la fábrica? Tu madre se puede quedar con el niño, como hace todo el mundo.

—¿Qué mundo? ¿De quién hablas? ¿De esas mujeres que fuman y llevan pantalones? «Todo el mundo» se queda en casa y cuida de sus hijos, que para eso eres su madre y lo has parido. ¿O es que crees que no gano lo suficiente para mantenerte? ¡A ver si es que no soy lo suficientemente bueno para ti! ¿No tienes de sobra con mi sueldo?

—Por Dios, Damián. ¿Qué tendrá que ver el culo con las tómporas? Tú eres todo lo que yo quiero, lo sabes, y si quieres que deje el trabajo para cuidar al niño, lo dejo. No me tienes que recordar que soy su madre. Lo querré de por vida, pero creo que cuando sea grandecito puedo volver a trabajar, ¿no te parece?

Pero después vino otro hijo y luego la niña, así que Rosa nunca volvió a trabajar, aunque cada vez el dinero era más necesario, y entró en una nueva dependencia que se unía a todas las demás, la de pedir dinero para todo y presentar cuentas por todo. Porque Damián enseguida utilizó aquel nuevo estado de Rosa para someterla aún más a su mando y asfixiar definitivamente su libertad.

Aquel día, Damián entró en la casa con su madre cogida por el hombro. No habían mediado palabra desde que salieran del velatorio. Con ella siempre era extraordinariamente cariñoso y cuidadoso. La vieja venía pensativa pero

tranquila, con la mente quién sabe si aquí, en el pasado o en un tiempo perdido o inventado. Hacía ya un par de años que aquella cabeza había perdido funcionalidad. Antes comenzaba a tener alguna rareza de vez en cuando, pero hacía exactamente dos años que le diagnosticaron la demencia. Desde entonces, empezó a notársele un rapidísimo deterioro de la memoria, aquella memoria traidora que iba y venía sin aviso.

Rosa estaba en la cocina, sentada a la mesa, también pensativa, y se levantó al verlos. Algo había ocurrido. Damián traía los ojos llorosos, o a ella se lo pareció.

—¿Ha pasado algo? —preguntó preocupada.

—Tú a lo tuyo. —Cortó la conversación y se metió en el cuarto.

Rosa acompañó a la vieja a la cocina. Evidentemente había pasado algo que su marido no le quería contar.

—Siéntese aquí conmigo. Nos quedamos juntitas las dos, ¿le parece?

La vieja miró a Rosa con ternura y le sonrió. Se sentó a su lado y le cogió la mano. Después echó el cuerpo hacia delante, se le acercó mucho en un gesto confidente y le dijo:

—Tú tampoco deberías estar aquí. Este no es tu sitio, aquí no estás bien. No estás como deberías estar.

Rosa se soltó bruscamente de la mano de su suegra y se puso en pie. A veces parecía que la vieja no se enteraba de nada y otras parecía que sabía de más.

—Voy a hacer café para las dos, suavcito, ¿sí? —le contestó su nuera con la voz tomada y los ojos llenos de lágrimas.



Del cementerio a casa el silencio en el coche fue absoluto. Nadie hablaba. Ni la madre, ni el padre, ni Roberto, ni Ana, y el quinto asiento estaba vacío para siempre. Era una sensación mezcla entre tristeza y cansancio que no daba lugar a conversación.

Don César había celebrado el funeral en la iglesia parroquial, una misa con otros dos curas. Cantada y con organista, como Anselmo había dejado pagado. La anécdota la había protagonizado el propio párroco. Don César cantaba rematadamente mal, era el ser humano con menos oído y peor voz del globo terráqueo y lo sabía, pero se empeñaba en cantar. Alguna vez, tanto los feligreses como otros párrocos le habían pedido con mucho tacto que no cantara o que lo hiciese bajito, incluso le apuntaron la posibilidad de dar un paso atrás para que la voz no entrase tanto por el micrófono, pero él no atendía a razones y, terco como era, insistía en que el canto formaba parte de la liturgia y de su función y su quehacer. Daba igual tener un coro de voces blancas, un órgano o un ejército de ángeles rubios bajados del cielo; cuando el párroco se unía, estropeaba el conjunto. Era realmente insoportable.

Ana estaba recordando la ceremonia durante el trayecto en coche y no pudo reprimir una sonrisa.

—Lo de don César cantando es una cosa que si no se ve, no se cree... ¿Cómo se puede cantar tan mal y tan desagradable?

Todos sonrieron.

—¿Y habéis oído lo que dijo Simón desde el banco de atrás? —Roberto engoló la voz para imitar al vecino en cuestión—. «Dan ganas de no morirse para no aguantar esto.»

La familia entera celebró con una sonora carcajada la gracia del tal Simón y la risa les vino muy bien a todos.

Ya en casa se pusieron cómodos, fuera la ropa de calle y bienvenidas las batas, los pijamas y las zapatillas. Estaba todo recogido. Ya se había ocupado diligentemente Matilde, la mujer que desde hacía infinitos años, más de los que los más jóvenes podían recordar, trabajaba en el servicio de la casa y que, en cierta medida, había criado a los niños durante las largas jornadas laborales de sus padres. Los de la funeraria habían devuelto los muebles a sus respectivos sitios con pasmoso cuidado. Habían retirado los terciopelos y las flores y habían limpiado los pétalos caídos en el suelo como si allí no hubiese pasado nada. Era un placer volver a casa sin gente y sentarse en el tresillo tranquilamente a descansar, sin rastro aparente del velatorio. Ana y Roberto veían la tele cuando su madre los llamó desde la cocina.

—Sentaos aquí un rato, vuestro padre y yo queremos deciros algo.

—¿Por qué no esperamos a mañana?... —le pidió Antonio.

—Las malas noticias mejor darlas todas juntas —respondió ella, y aquella respuesta puso en alerta a los chavales.

—¿Qué pasa, mamá? —interrogó Roberto.

—Sentaos, por favor, no es algo malo. Es simplemente un cambio. —Lola hizo una pausa buscando la manera y el tono para mantener aquella charla con sus hijos que tantas veces había imaginado. Y lo soltó directamente—. Vuestro padre y yo nos vamos a separar.

—¿Qué? —dijo Ana sobresaltada.

—Veréis, pronto va a ser tramitada la nueva ley del divorcio. Hace ya unos años que se habla de ella, pero realmente no puede tardar mucho más.

Cuando la ley se apruebe, vuestro padre y yo nos divorciaremos, pero mientras tanto hemos decidido separarnos.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo que os separáis?

—Papá buscará un piso donde vivir y...

—¿Qué? Pero esto es una decisión tuya, ¿nosotros no contamos? ¿Incluso habéis mirado lo de la ley? ¡Está todo planeado a nuestras espaldas! — argumentó Ana fuera de sí y puesta en pie.

—Cariño, para acogernos a la ley seguramente habrá que enmarcarse en uno de los supuestos de divorcio, y el abandono del domicilio conyugal va a ser uno de ellos. Para que lo entiendas, será una razón que la ley aceptará para conceder el divorcio. En realidad hace muchos años que la decisión está tomada, pero ni por ley se podía hacer, ni yo podía darle ese disgusto a mi padre.

—¿Un disgusto al abuelo? ¿Y nosotros qué? ¿Nosotros no importamos? ¿Nuestro disgusto no te preocupa? ¡¡Ojalá no aprueben nunca esa ley!!

—La ley se va a aprobar, Ana —habló ahora el padre, Antonio, en tono conciliador. Mientras, la madre se sentó afectada en una silla pensando en lo mal que lo estaba haciendo, con la de veces que había ensayado aquella difícil conversación—. Aunque a algunos no les guste y aunque la Iglesia y parte de la vieja guardia de Franco se opongan y se manifiesten en la calle, no se puede obligar a las personas a vivir juntas cuando ya no se quieren. La ley se aprobará más temprano que tarde.

—Y entonces ¿vosotros no os queréis? —preguntó triste Roberto, cambiando el rumbo de la conversación.

—Nosotros nos queremos con el cariño que se tiene a una persona con la que has compartido una parte muy importante de la vida y con la que tienes dos hijos maravillosos —continuó hablando el padre—. Pero no nos queremos como deben quererse las parejas, los matrimonios. Hace mucho

que convivimos sin sentir amor y aún estamos a tiempo de rehacer nuestras vidas.

—¿Rehacerlas con quién? ¿Hay otras personas? ¿Tenéis amantes? —Ana rozaba la historia, hablaba ya casi llorando.

—No hay nadie más por ninguna de las partes —siguió explicando Antonio, manteniendo la voz en calma—. Pero somos jóvenes aún y en un futuro podemos volver a enamorarnos, no tenemos por qué negarnos eso.

La madre continuó tomando el relevo a Antonio en aquella tensa conversación. Habló muy serena:

—Nadie es culpable de esto, simplemente a veces las parejas no funcionan. La nuestra hace años que dejó de funcionar. Aunque vosotros no lo sabéis, ni lo sabía el abuelo, trabajamos desde hace casi un año en bufetes separados, y ahora que él ha muerto vamos a normalizar la situación.

—¿Cómo que «normalizarla»? Yo no conozco a nadie que tenga a sus padres separados. —Ana seguía visiblemente enfadada y afectada.

—Pues hay parejas que lo están, y hay muchas otras esperando la aprobación de la ley para dejar de vivir juntas o para legalizar las situaciones en las que ya viven. —Antonio abrazó a Ana y ella se echó a llorar. Le habló despacito, acariciándole el cabello—: Estaremos juntos igual, cariño; nos veremos los fines de semana y de vez en cuando entre semana. Yo sigo siendo vuestro padre, las cosas no van a cambiar tanto para vosotros y van a mejorar mucho para vuestra madre y para mí. Estamos seguros de que sabréis superarlo y de que todos nos ayudaremos. El único que nos preocupaba, porque no lo iba a aceptar ni a entender, era el abuelo.

La madre continuó:

—El abuelo y la abuela siempre fueron un matrimonio ejemplar. Se quisieron muchísimo y él la cuidó y la mimó siempre. Recuerdo que cada domingo le llevaba el desayuno a la cama con una flor. Y cuando cayó

enferma no se separó de ella, permaneció a su lado hasta el último día. Por ella sacrificó el regreso a su tierra, y hasta que falleció no decidió volver aquí. Él nunca podría entender que, queriéndonos y respetándonos, ya no nos amemos y decidamos vivir vidas separadas. El abuelo siempre fue feliz con la abuela, no quise darle ese disgusto, y menos con su delicada dolencia del corazón y el infarto. Pero ahora ya no está, y las cosas deben cambiar. Y cambiarán a mejor.

Roberto no sabía muy bien cómo tenía que encajar aquella nueva situación. El día no podía haber sido más extraño e intenso. Su padre les anunció que el traslado sería inmediato, como mucho en un día o dos, y les prometió mil visitas y llamadas. Ana se retiró a su cuarto. Antonio, muy serio, también se fue al suyo. La madre se quedó en la cocina preparando algo de merienda-cena, también visiblemente triste. Y Roberto regresó solo al tresillo sin más intención que evadirse de todo viendo la televisión.

A él no le preocupaban tanto los vivos como el difunto. Le rondaba por la cabeza la imagen del camposanto, aquella tumba de dos pisos, uno inferior en el que descansaba el abuelo y otro superior en el que quién sabe quién de la familia descansaría allí, en un futuro cercano o lejano. La abuela estaba enterrada en Argentina, en Buenos Aires, de donde era y donde se habían casado. Roberto tampoco sabía que las tumbas tenían «pisos» hasta aquel día. Qué poco sabía de la muerte.

Dos hombres de la funeraria, vestidos con un traje barato lleno de brillos de plancharlos sin destreza alguna, fueron los encargados de hacer descender el ataúd hasta el fondo con la ayuda de unas cuerdas. Aquel fue el momento real de la despedida de la familia. Todos lloraron. La caja bajó despacio sujetada por aquellos hombres que iban soltando cuerda al ritmo marcado por

uno de ellos. Hasta que lo posaron sobre el cemento. Después, dos obreros de mono azul bajaron hasta el féretro y colocaron con cemento tres grandes losetas que separaron el piso inferior, donde quedaba el abuelo cerrado, del piso superior, vacío. Y finalmente colocaron una lápida provisional hasta que la definitiva estuviese lista con las letras plateadas con su nombre, que él mismo había escogido, como todo lo demás. Por encima colocaron las coronas y los ramos. Un montón de flores apiladas que ya desde la lejanía señalaban en el gris del cementerio el lugar del entierro reciente.

Allí, pensando en el sofá, Roberto recordó el papel que Anselmo agarraba en su mano cuando murió. Se le había olvidado por completo. Un papelito pequeño. En realidad era un trozo de papel recortado de una libreta de hojas cuadriculadas como las de los niños. Lo había metido en el bolsillo de la camisa sin mirar qué había escrito en él.

¿Qué haría el abuelo durmiendo la siesta con un papel en la mano? El médico que certificó la muerte dijo que, con su historial médico y con los años que tenía, no era necesario hacerle la autopsia, y que la causa probable de la muerte era un nuevo infarto mientras dormía. El doctor había consolado a Lola diciéndole que seguramente no se había enterado. Así que, si la muerte le había llegado de repente, seguramente no pudo reaccionar cuando se sintió mal, como demostraba aquella postura tranquila y reposada en la que lo había encontrado; por tanto, debía de tener el papel en la mano con la intención de hacer algo con él.

Roberto daba vueltas en la cabeza a esa duda cuando recordó que se lo había olvidado en el bolsillo de la camisa. Entonces sintió un terrible presentimiento y se puso en pie de un salto. Era posible que su madre o Matilde la hubiera metido en la lavadora. Así que salió corriendo hacia la cocina.

—¡Mamá! ¿Dónde está mi camisa de cuadros verdes? ¿La has lavado?

—No lo sé. ¿Cuándo te la pusiste?

—Era la que llevaba puesta el día en que murió el abuelo. ¿No la habrás puesto a lavar?

—Yo no puse lavadoras estos días, no sé Matilde. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—¡Dejé una cosa en el bolsillo!

—Mira en el cuarto de la ropa, a ver si tienes suerte. Normalmente Matilde revisa los bolsillos de la ropa. Si la ha lavado y ha encontrado algo, igual lo ha guardado y está por ahí. ¿Qué es?

Roberto no contestó y se fue a mirar en el cuarto de la plancha. A la vista, sobre la lavadora y en los estantes no había nada, rebuscó en el cubo donde estaba la ropa sucia y suspiró aliviado cuando encontró la camisa y comprobó que en el interior del bolsillo izquierdo estaba el papel.

—¡Aquí está!

Un trozo de papel con la letra inconfundible de perfecta caligrafía del abuelo, escrita con bolígrafo azul, que simplemente decía un inexplicable: «Dime que me quieres». Roberto se quedó mirando aquel pequeño papel estirado en la palma de su mano y volvió a leer; no era una confusión, había leído bien: «Dime que me quieres».

Era, cuando menos, extraño.

Lola gritó desde la cocina:

—¿Lo has encontrado?

—¡Sí!

—¿Y qué es?

—¡No es nada! —Eso fue lo que contestó, sin saber muy bien por qué.

Ramón no estaba seguro de si Roberto iba a ir aquel sábado a la cabaña. En todos aquellos años habían ido perfeccionando la construcción y ahora no solo era sólida, sino también cómoda. Estaba en una finca sin propietario conocido, cerca de las casas de los dos. En su día había sido una caseta para guardar aperos. Ahora guardaba vidas y andanzas adolescentes. Tenían de todo: un sofá cómodo aunque viejo, una nevera de playa que usaban en verano para enfriar bebidas, tenían incluso un armarito con algunas bebidas alcohólicas robadas en casa, una manta, cómics de todo tipo, alguna revista *Interviú* que traía interesantes reportajes de investigación pero que ellos compraban por las fotos de mujeres con los pechos desnudos, y últimamente también tenían un condón. Había sido difícil de conseguir, casi todo lo de la cabaña lo había aportado Roberto de su casa, pero lo del preservativo había sido un logro de Ramón, que usó sus contactos con chavales mayores para que le vendiesen uno a precio de oro. Por lo visto era francés y los traía el tío de un amigo del barrio. Y allí estaba, como un trofeo, en previsión de que en un futuro no muy lejano pudieran necesitarlo.

A diferencia de Roberto, a Ramón se le daban muy bien las chicas. Siempre tenía alguna novia, pero ninguna le duraba mucho. Su carácter despierto y divertido agradaba a las mujeres y no tenía los reparos de su amigo a la hora de pedirles para salir. Pero todo el interés de Ramón era ver hasta dónde podía llegar con ellas. La primera intención era conseguir



llevarlas a un lugar tranquilo y reservado como la cabaña, adonde no todas querían ir. De superar esa primera dificultad y conseguir llegar hasta allí, el apartado de los besos y los morreos con lengua en el sofá estaba asegurado. Luego era cuando les metía mano. Ramón dividía a las chicas en dos grupos: las que le dejaban tocarles los pechos por encima de la ropa, y las que dejaban que deslizara la mano por debajo del jersey o de la blusa y que apartara el sujetador para tocarles los pechos desnudos. Si no había resistencia podía soltarle el corchete de atrás y liberarlas del sostén. El siguiente paso, tras un buen manoseo de los senos y de la espalda, era tratar de quitar del todo la ropa superior y poder disfrutar no solo del tacto, sino también de la visión de los pechos desnudos, e incluso acercarles la boca. Y el siguiente y natural paso ya consistía en meterles mano «abajo», pero ese era un asunto más delicado. Solo lo había conseguido una vez con una que hasta le había metido mano a él. Ramón se asustó tanto que frenó en seco el asunto. Aquella chica no volvió nunca a la cabaña y le torcía la cara en el instituto. Seguramente la había hecho sentirse como una fresca siendo ella la incitadora y él quien se negaba a continuar. Pero a Ramón no le preocupaba porque aquella chica no le gustaba y ahora sí que estaba preparado mentalmente para finalizar la faena con la primera que pudiera, por eso había comprado aquel condón. A buen seguro él iba a utilizarlo mil años antes que Roberto por mucha novia en serio que tuviera.

Y precisamente el asunto de Nuria le daba vueltas en la cabeza a Ramón aquella tarde. En realidad desde hacía varios días, los mismos que se había pasado ocupándose de ella y sirviendo de mensajero de Roberto, secuestrado en el velatorio.

La primera vez que fue a verla para darle el recado de la muerte del abuelo de Roberto, la fue a buscar a su casa. Salió y dieron un pequeño paseo por los alrededores del barrio. Estando a solas le pareció distinta, la encontró más

hermosa, y mucho más despierta y madura. Parecía una mujer adulta y no una de aquellas niñas del instituto con las que tonteaba a menudo. Hablaron muy entretenidos y al final del paseo, corto en realidad, cuando la dejó otra vez en la puerta de su casa le dio dos besos y Ramón sintió el penetrante olor de la colonia en su piel. No pudo evitar decirle:

—Qué bien hueles.

—Es perfume. Me lo regaló mi madre.

—Es el perfume en tu piel. En cada piel huelen diferente —precisó Ramón con verbo ágil e incisivo. Nuria se ruborizó y al tiempo le sonrió, agradada con el comentario.

Al día siguiente fue a verla por la mañana, para llevarle otro recado, y también por la tarde, para ir al velatorio. Le resultaba extremadamente agradable conversar con ella; era extraordinaria, fascinante, lista, tenía opiniones y puntos de vista interesantes, hilaba un tema con otro y daban ganas de no dejar nunca de hablar con ella. Comenzaron charlando sobre el injusto segundo puesto de Betty Missiego en el Festival de Eurovisión, que iba ganando hasta que España, en la última votación, le dio los doce puntos a Israel, que finalmente quedó la primera. Aquello se había convertido en un tema de Estado. Lo comentaba todo el país y todo el mundo se había sentido abatido por la mala suerte de aquella última votación en la que el propio país de la cantante la hizo perder. De ahí pasaron a hablar de la tele en color o en blanco y negro. Ramón seguía viendo el mundo sin colores en su pantalla, igual que casi todo el mundo, pero tanto Nuria como Roberto tenían televisor en color, aunque ella sostenía que el blanco y negro tenía más encanto, como sucede en la fotografía. Y así pasaron a hablar de fotografía. Con Nuria se podía charlar horas, y también uno podía mirarla durante horas, porque era realmente bonita. El pelo oscuro, largo, liso, con raya al medio como se llevaba; los ojos grandes, verdes y expresivos, contorneados por unas espesas

pestañas negras y una gruesa línea perfectamente delineada con lápiz de ojos negro por arriba y por abajo, bordeando todo el ojo y haciéndole ganar en amplitud y en intensidad de su verde natural; la nariz recta y con unas pocas pecas alrededor; los labios rosados, finos y un pequeño lunar junto a la boca, como el de la vieja canción, «*ese lunar que tienes, cielito lindo, junto a la boca*». Aquel lunar le resultaba a Ramón casi hipnótico.

No podía negar que sentía una atracción muy especial por ella, y la única razón por la que no entraba en sus planes pedirle para salir era Roberto. Después de oír y aguantar todas sus confesiones de enamorado durante meses, ahora no podía robarle la novia, y menos con el golpe que acababa de llevarse con la muerte de su abuelo. Pero allí, en la soledad de la cabaña, acostado en el sofá mientras esperaba a su mejor amigo, no podía quitarse a Nuria de la cabeza. Parecía que aún sentía en la mano el tacto de la suya, cuando se la cogió camino del velatorio para darle seguridad ante los nervios de entrar en la casa y ver a la familia de Roberto. Ramón sabía hacer esas cosas, dar confianza y apoyo a las mujeres. Aunque normalmente era una seguridad proporcionada de manera absolutamente interesada para camelarlas. Pero esta vez no.

Con Nuria, no.

Roberto llegó bastante tarde y no tenía muy buena cara. Nada más entrar, los dos se dieron la mano en un gesto muy diplomático, pero inmediatamente se fundieron en un abrazo que era lo que Roberto necesitaba y Ramón le quería dar después de aquellos días difíciles.

—¿Cómo estás?

—¡Bah! —contestó encogiéndose de hombros—. No te voy a decir que bien.

Ramón también había pensado alguna vez en cómo sería cuando se muriera su abuela. La quería tanto que no podía imaginar lo que sería perderla. Él siempre había sido su preferido, por lo menos hasta que empezó con aquella demencia que a veces hacía que no conociese a las personas o que las confundiera en vagos recuerdos con otra gente de su juventud que hoy en día eran viejos como ella pero se empeñaba en recordar de jóvenes. Con todo, en los momentos en los que le brotaba la luz en la cabeza, él seguía siendo su favorito. No podía decir que hubiera sentido lo mismo por el abuelo, que había fallecido dos años antes, cuando se trasladó la abuela Carmen a vivir a casa de Ramón. La de ellos también había sido una firme historia de amor, porque siendo ella muy joven había tenido que dejar el país y marcharse emigrada a Uruguay. Allí la esperaba su tía, que llevaba años trabajando en Montevideo.

Damián, el padre de Ramón, siempre decía que hay que ser muy valiente y muy fuerte para marcharse siendo una jovencita, sola en un barco de los de la época, y cruzar el Atlántico para ir a ganar dinero fuera y salir de la miseria. Y la abuela Carmen lo había hecho. Zarpó del puerto de Vigo con veintidós años sin más compañía que una pequeña maleta con ropa y cuatro pertenencias, y allí, entre cientos de emigrantes más que llenaron un barco, comenzó su aventura americana. Atrás dejaba no solo a la familia, sino también a su novio, Evaristo, con el que se carteó durante diez largos años y con el que finalmente se casó a su regreso al pueblo. Ramón había bromeado con ella sobre eso en más de una ocasión.

—Abuela, entonces tú allá, él aquí y el océano en medio; lo de las relaciones prematrimoniales nada, ¿no?

—Bah, tienes cada cosa. Antes era distinto, había mucha gente que moceaba por carta.

—Sí, pero no durante diez años. ¿Y no habéis tenido otros novios?

—Hombre, no todo fue fácil. Evaristo dejó de cartearse conmigo durante tres años, y parece que en ese tiempo tuvo otra novia, pero después volvió a mandarme cartas. Yo fui muy guapa, ¿sabes?

—¿Y tú no te encontraste a un uruguayo guapo?

—Los uruguayos son muy cameladores para mi gusto. Mira, se parecen a ti... —Rió sonoramente la abuela—. Yo volví para casarme con Evaristo.

Se casaron, y aquel matrimonio duró hasta que el abuelo falleció. Ramón nunca los vio discutir. Siempre tuvieron un trato amable entre ellos.

De la muerte del abuelo no le quedaba mucho recuerdo. No se lo habían dejado ver y la caja estaba cerrada, pero estaba seguro que cuando le tocara a la abuela, iba a sufrir más.

Le preguntó a Roberto, que ya estaba también sentado en el sofá con las piernas cruzadas, como los indios.

—¿Y cómo es?

—¿Cómo es qué?

—Lo de ver a tu abuelo muerto. ¿No me has dicho que te lo encontraste tú?

—Sí. Pues es... confuso.

—¿Confuso? ¿Y qué coño es que es confuso?

—Pues eso, que es como algo que parece tranquilo, como dormir. Pero ni se sueña, ni se despierta. Luego está lo de los esfínteres... y el velatorio. Toda aquella gente y el entierro... Todo eso es feo.

—Feo, claro, no va a ser bonito. Hay que ver qué mal te explicas. ¿Y qué es lo de los esfínteres?

Hubo un instante de silencio. El chaval miró al suelo y contestó con la mirada perdida entre las tablas:

—Mis padres se van a separar. —Cambió drásticamente de tema, tanto que Ramón no pudo más que abrir la boca sin que saliese ni una palabra de ella,

así que Roberto continuó hablando—: Mi padre se va de casa. Parece que hace años que lo habían decidido, y cuando aprueben la nueva ley del divorcio se van a divorciar. Solo esperaron a que muriese el abuelo para decírnoslo.

—¡Vaya! Qué fuerte. No te has aburrido estos días... —lo dijo como le salió, sin ánimo de ser gracioso, pero lo fue, y a los dos les entró una risa que rompió la tensión del momento.

—¿Y por qué se separan? ¿Tu padre tiene alguna querida?

—No, no es cosa de eso. Dicen que es porque ya no se quieren...

—¿Que ya no se quieren? ¿Y eso qué? Los míos tampoco se quieren, es más, yo estoy seguro de que a veces mi madre odia a mi padre, pero eso no hace que se separen. Si todos anduvieran separándose porque no se quieren, quedarían solo cuatro casados. Eso es natural con el paso de los años. Ni cuatro quedarían.

—Pues tampoco es normal estar juntos llevándose mal, Ramón.

—Pero ¿no dices que no se llevan mal?

—Los míos no, hombre, los tuyos. Tu padre está siempre faltándole al respeto a tu madre. La trata como si fuese un trapo. ¡No me dirás que se llevan bien!

—Ya, hombre, pero siempre fue así, no se van a separar por eso. Mira, a los tuyos lo que les pasa es que son medio hippies, y como son tan modernos pues les da por esas cosas. Además, al ser abogados saben de la ley esa que va a venir y ya aprovechan, pero normal no es, Roberto. No lo es. ¿Tú no estás fastidiado?

—Sí, supongo que sí.

—Pues eso, lo que yo te digo, que no está bien. Uno se casa para siempre. Ya verás la que van a armar cuando aprueben la ley del divorcio. Se va a separar un montón de gente. Los míos no, yo estoy seguro. Además, mi

madre no es como la tuya, que estudió y trabaja. ¿De qué iba a vivir la mía sola? Tiene que estar con nosotros, que es su sitio —se explicó Ramón.

—Pues entonces lo que pasa es que a tu madre no le queda más remedio que aguantar. Y que aunque no quiera, tiene que fastidiarse y seguir con tu padre.

—Igual es eso, pero yo lo prefiero. Es mejor que estemos todos juntos y que cuide de nosotros... Y es mejor también para ella.

—No lo sé, Ramón, no lo sé...

Lo bueno que tenían Roberto y Ramón es que podían hablar de cualquier tema con plena confianza. Se conocían bien y de años, se respetaban y confiaban. Esos eran los fuertes pilares que apuntalaban aquella amistad. Allí estuvieron unos minutos más en los que Roberto principalmente se preocupó por saber de Nuria, aunque a Ramón no le apetecía mucho hablar del tema y además era tarde.

—Yo me voy, Roberto. Ya casi son las nueve y ya sabes cómo es mi padre. Los sábados quiere que veamos todos juntos la tele en la cocina. Ya sabes, con los cuernos nuevos —dijo poniéndose dos antenas en la cabeza con los dedos índices.

Rieron y se abrazaron fuerte antes de despedirse.

—No hay problema, vete. Yo voy a quedarme un poco más.

Damián llegó aquella tarde un poco más borracho que de costumbre. Todos los días hacía una parada en la taberna para tomarse un vino, que siempre terminaba por convertirse en dos o tres. Pero los sábados iba a jugar la partida después de la comida y pasaba allí toda la tarde. Así que entre el café con gotas y los vinos, acostumbraba a llegar a casa un poco ebrio. Ahora, con la novedad de la antena de cuernos, le daba por querer ver la tele en familia en la cocina. Tampoco era mala cosa. El único problema es que había que estar puntuales y eso limitaba bastante a los chavales para quedar con los amigos.

Rosa había pasado la tarde en casa con su suegra. Juntas habían estado haciendo limpieza de algunos armarios, habían lavado y tendido un montón de ropa de cama, e incluso mantas, aprovechando el buen tiempo. La anciana ayudaba en todo lo que podía, pero el grueso del trabajo era para Rosa. Lavar aquellas mantas doblada sobre la bañera con la pastilla de jabón y golpeándolas contra una tabla de madera era un infierno, sobre todo con el peso que tenían al mojarse y lo difícil que era retorcerlas. Por eso Rosa se moría por una lavadora. También había cocinado para cenar un bizcocho y unos filetes con patatas para todos, menos para ella, que iba a comer las sobras del día anterior para no tirarlas, porque no estaban los tiempos para tirar la comida. De tanto hacer esas cosas, ya parecía que le correspondían. Cuando quedaban sobras se daba por hecho que eran para Rosa, que daría cuenta de ellas en uno o varios días.



Para otras cosas los chicos eran solidarios entre ellos; por ejemplo, rotaban el turno para llevar la tele con la mesa de ruedas desde la sala hasta la cocina y ponerle la antena de cuernos antes de que llegara su padre. Era mejor, así no se alteraba si tardaba en calentarse, si encendían fuera del orden establecido el estabilizador y el interruptor de la tele, o si le arreaban un golpe al aparato cuando tardaba en captar la señal e insistía en mostrar solo puntos y reproducir zumbidos. Aquella tarde le había tocado a Ricardo.

Hacía ya un año que Televisión Española emitía en color. Primero durante varios años habían estado emitiendo algunos programas en blanco y negro y otros en color, a modo de prueba. Pero el año pasado el color había llegado a toda la programación. Cuando Ramón empezó a oír hablar del color pensó que la cosa iba a tardar, pero fue bastante rápido. El único problema era que por mucho que Televisión Española emitiese ya en color, era preciso tener un televisor también en color para poder verlo. Aquello había sido una decepción y motivo de varias broncas en casa. Para Damián no era prioritario comprar una tele nueva, y menos con el precio que tenían las de última generación. Mientras la que tenían funcionase, no iba a entrar otra por la puerta. De momento había mucha más gente con tele en blanco y negro que en color, pero mucho se temían los tres hermanos que ellos iban a ser de los últimos en cambiarla. Eso era lo que los fastidiaba.

En casa, el dinero andaba más que justo. Vivían del sueldo del padre y de la pensión de la abuela, por eso allí no había lujos y todo se reutilizaba y se arreglaba. La ropa pasaba de unos hermanos a otros. Con los abrigos, cuando ya estaban viejos, se le daba la vuelta a la tela antes de tirarlos, y así aún era posible ponerlos un tiempo más; tampoco en eso se gastaba porque cosía Rosa. Había que ahorrar y gastar poco. Se tenía cuidado de no encender la luz, de no despilfarrar gasolina del coche, ni comida, ni nada. Además, Damián no era amigo del asunto de los plazos ni de las cuentas. Mucha gente

pagaba por apuntes, se llevaban las compras de la tienda y abonaban la cuenta por semana o por mes; pero ellos no, ellos pagaban al contado. Últimamente en las tiendas de electrodomésticos, e incluso en las de los automóviles, había carteles con el pago aplazado. Se compraba el producto y se iba pagando mes a mes, en veinticuatro plazos, treinta y seis o los que fuesen. Salía algo más caro porque la tienda también ganaba por vender a crédito, pero era la única manera por la que alguna gente podía llegar, por ejemplo, a tener una lavadora. En casa de Ramón, no. El asunto de la venta a plazos a Damián le parecía una humillación y una vergüenza: «En esta casa, si hay, se compra, y si no hay, se pasa. Y no hay más que hablar. ¡No hay tele en color! Se ve perfectamente la que tenemos». Así que no había más que insistir en el tema.

Los chavales también habían organizado por turnos el cambio de canal. Se podía sugerir, pero Damián era el que tenía la última palabra para pasar de la primera a la segunda y viceversa.

—Papá, ¿miramos qué hay en la segunda?

—¡Bueno!

Entonces a quien le tocase, que hoy era a Ramón, se levantaba del sofá y pulsaba el botón de VHF para poner la primera o de UHF para poner la segunda. Después de pulsar el botón, se giraba la rueda en la que se buscaba el canal y que tenía pintados los números del uno al setenta y dos, aunque en realidad solo había dos canales: la primera si estabas en VHF y la segunda si habías pulsado el UHF.

—No sé para qué coño le ponen tanto número si solo hay un canal en cada banda... Ganas de complicar las cosas.

—Habla bien, Damián... —se quejó Rosa una vez más.

—¡Hablo como me sale del nabo, y tú calladita! Ya habló la atontada esta.

Aquel sin duda no era buen día para llevarle la contraria. Cuando venía con

unos vinos de más se le notaba ya al entrar. Tropezaba con las cosas y tenía la lengua algo espesa para hablar, pero sobre todo se ponía agresivo con nada, así que no compensaba llevarle la contraria. Era mejor seguirle el cuento. Como siempre, con la única con la que era amable era con su madre.

De lo que había pasado en el velatorio nunca se había hablado en la casa. Damián no se lo quiso contar a Rosa, pero ella se enteró de lo sucedido porque las cotillas del barrio no perdieron ocasión para fastidiar y le preguntaron en la tienda mientras esperaba su vez.

—¡Ay tu suegra, la pobrecita! Dicen que dio que hablar el otro día en el velatorio de Anselmo —le dijo una de aquellas víboras—. Le dio al difunto un beso en los labios, ¿no?

Rosa odiaba a aquellas mujeres, cotillas profesionales que no hacían más que meterse en la vida de los demás, en vez de gobernar la propia.

—Lo confundió con su marido, que hace solo dos años que lo enterró. Tiene la memoria a vueltas, por la demencia.

—Qué penita dar que hablar de vieja, una mujer tan buena y tan recta, que nunca dio que hablar de joven —añadió la mayor de ellas, que ya debía de andar por los sesenta.

—Ninguna de nosotras está libre de dar que hablar de viejas, y algunas ya estáis bastante cerca de la vejez. ¡Que no os caigan las soberbias! —Les cerró la boca.

Rosa no le había contado aquello a su marido porque de haberlo sabido se iba a montar una bien gorda. Era capaz de pararlas por la calle y llamarles la atención, por eso prefirió callárselo y simular, como siempre hacía, que de esto tampoco se había enterado.

Sirvió la cena; primero a Damián, que no esperó por nadie, después a la vieja,

luego a los chicos, Ramón y Ricardo, y finalmente a la niña y a ella. Y comieron como siempre, primero en silencio y después se fue animando la conversación mientras veían el televisor.

La anciana era la que menos atención prestaba a la tele, no le interesaba mucho ni ahora ni antes de tener demencia.

*Informe semanal* era uno de los programas que nunca se perdían, un informativo con largos reportajes sobre las noticias más importantes de la semana. Los chavales habían empezado a verlo obligados por Damián, que insistía en que «hay que saber qué pasa en el mundo, que andan las cosas muy revueltas». Lo cierto es que normalmente eran noticias importantes e interesantes que a todos les agradaba conocer.

—Me gusta mucho esta presentadora —decía Damián refiriéndose a Rosa María Mateo—. Hay que ver qué bien habla. No como otras tontas que las ponen a presentar por guapas y después no se desenvuelven al hablar, que solo saben enseñar los dientes. Esta es guapa y lista; sí, señor.

Rosa María presentó el siguiente reportaje. Andaban las cosas alteradas también en Argentina con la presidencia de Videla y la Junta Militar. La gente pedía libertades y la represión en las calles crecía. Las imágenes mostraban los problemas del país contados por políticos, militares y también por la gente de la calle. Todos escuchaban en la mesa.

—Escuchad bien lo que pasa en el mundo. Hace solo unos pocos años, nunca habrían emitido un reportaje así en la televisión, todo se silenciaba. Aquí no sabíamos lo que pasaba en el mundo porque no querían que lo supiésemos. Aprovechad ahora que lo podemos saber... La ignorancia aturde a las personas. Cuando uno no ve más que la punta de sus morros no es capaz de ir más allá de ellos —dijo Damián con la lengua suelta del vino.

Entonces la vieja Carmen desde la mesa, ajena a la conversación, levantó el brazo con el dedo índice señalando el televisor y dijo:

—Eso es Buenos Aires, qué bonita es. Cómo me acuerdo de ella, tantos años que pasé allí, y tan feliz que fui. Fueron los años más felices de mi vida. —Hablabla reposadamente, serena, tranquila. Hablabla para ella, sin esperar respuesta de nadie, como si nadie más hubiese allí—. Esa es la plaza de Mayo. Está en el mismito centro porteño, frente a la Casa Rosada, en el barrio de Montserrat. Yo vivía no muy lejos de ahí, en el cuarto piso de la calle del Tango, qué nombre tan precioso para una calle. La calle del Tango... —repitió—, número veinticinco, cuarto piso, letra A. Dentro de la puerta había un mundo y fuera, otro. Allí dentro yo era feliz.

—Abuela, tú no has vivido nunca en Buenos Aires; tú vivías en Uruguay, ¿no te acuerdas? En Montevideo, con tu tía, que te llamó para que te fueras a vivir con ella, ¿no lo recuerdas? —dijo Rita.

La vieja se calló. Ya había desconectado del mundo y de la memoria.

La tele seguía contando lo que pasaba en Buenos Aires. Un reportero dio explicaciones *in situ*:

«Aquí, en la plaza de Mayo, es donde tuvieron lugar los mayores disturbios...»

—¡Es la plaza que ha dicho la abuela! —se sorprendió visiblemente Rita.

—¡A callar, coño! —Damián se levantó al golpe de un puñetazo en la mesa—. ¡La abuela está mal, y vosotros os calláis!

La vieja revolvía con una cuchara una taza de leche con miel y cachitos de pan, que flotaban y después se iban hundiendo en la leche según se empapaban de ella. Con la cuchara enredaba en empujarlos uno a uno hacia el fondo de la taza con una leve sonrisa esbozada en los labios.

Una persona muere cuando muere, pero para los que quedan sigue muriendo un poco cada día que pasa. Muere con el velatorio, muere con el entierro, muere con la ausencia, muere con el papeleo, muere cuando hay que tirar la ropa que llena los armarios y rebuscar en sus cosas. Muere y sigue muriendo y doliendo hasta que un día, mucho tiempo después, uno se da cuenta de que ha dejado de doler, o que duele diferente, sin lágrimas, incluso con la sonrisa del recuerdo. Pero aún era pronto para eso.

Ana y Lola estaban sacando ropa de los armarios y seleccionándola en dos lotes: para tirar y para dar. El viejo Anselmo tenía un montón de ropa. Le gustaba vestir bien, como comer bien, vivir bien y, en general, aparentar que había hecho dinero en el extranjero, porque efectivamente lo había hecho con trabajo, sufrimiento e ingenio. Así que se merecía que el mundo supiese de ese triunfo, y su manera de anunciarlo era ostentando. Al regresar de Argentina mandó que le envasen cinco baúles, un par de ellos con ropa nueva y también vieja, porque conservaba un par de trajes, uno gris y otro azul de raya diplomática, de cuando era joven, de aquellos primeros años en Argentina. En los otros tres baúles se había llevado diversas cosas, objetos que no quería dejar allá, y recuerdos de los que no se quería deshacer. A Roberto le tocó buscar en los baúles y seleccionar lo que era para tirar, para dar y para guardar, por si había algo de valor real o sentimental. En el trastero se guardaban tres baúles vacíos y otro lleno, y en el propio cuarto del abuelo

estaba el quinto, también repleto de objetos. Roberto comenzó por ese para tener la compañía de su madre y su hermana, que limpiaban los armarios.

—Cuando acabemos con esto, ya me pongo yo con las mesillas de noche, que ahí debe de haber muchas cosas para guardar —dijo Lola—. Roberto, me separas todos los papeles que encuentres. Muchos serán de las empresas y de la fábrica, esos los quiero ver yo después.

El chaval abrió el baúl con una rosca de llaves que estaba en la mesilla de noche. Fue probando hasta encontrar la que abría. Levantó la pesada tapa y de dentro asomaron un montón de cosas, objetos, cajas, papeles, todo con bastante orden.

—Esto me va a llevar el día entero. Qué montón de cosas, ¡y lo que debe de pesar! No sé cómo han atravesado el cielo con cinco de estos. Hay que ver cuánto peso aguantan los aviones.

—Llegó por barco —dijo Lola—. Llegaron los cinco por barco hasta Vigo y de allí en un camión de transporte hasta casa. Ay, no sé si dejarte hacer eso a ti, me da miedo que tires algo importante.

—¡Que no, mamá!

—Ni nada que no sea para tirar, hay que respetar los recuerdos del abuelo. Algunos podemos conservarlos en un baúl. Juntamos todo en uno solo y lo dejamos en el desván; los demás se tiran. Mira bien, no te deshagas de nada que no sepas lo que es, ¿vale?

—¡Que sí, mamá!

Roberto se arrodilló delante del baúl y se puso a trabajar. Al poco de empezar, sintió algo semejante a cuando vio al abuelo muerto. Aquello era como violar la intimidad de las personas, meterse en lo más íntimo, en lo privado, en lo que no se debe entrar. Casi se sentía como un delincuente. Todos tenemos nuestras cosas, nuestros secretos, nuestro reservado, y aquello era adentrarse demasiado en la vida del abuelo. Roberto no estaba cómodo

rebuscando en el baúl. Fue parándose en cada cosa que encontró, sintió que lo menos que podía hacer era escogerlas bien. Si el viejo Anselmo había decidido recoger su vida americana en cinco baúles, poco debía haber en ellos para tirar, pero lo importante para una persona puede ser basura para otra.

Dentro de una pequeña caja de cartón gris había una especie de ramito blanco de flores artificiales, muy bonito, pero sin duda viejo.

—¿Qué es esto, mamá? ¿Te suena?

Lola se acercó desde el armario donde revisaban los bolsillos de cada prenda que cogían.

—A ver... ¡Ay! —Suspiró—. Es el tocado que llevé en la cabeza cuando hice la primera comunión, tenía nueve años. La hice un año más tarde que las demás niñas de mi curso porque era muy enclenque y pequeña. —Rió—. Siempre lo guardó mamá. Se ve que papá lo trajo cuando ella murió. —Los ojos de Lola se llenaron de lágrimas, como los de Ana y Roberto al ver la emoción de su madre—. Lo separas para guardarlo, ¿sí, cariño? —Y besó en la frente a Roberto.

Había unos platos de cerámica dibujados con vistas de Buenos Aires. El chico sonrió cuando los vio al recordar el empeño del abuelo en colgarlos en el salón cuando llegó de Argentina y la oposición firme de Lola a llenar las paredes de su modernísima casa con aquellos platos dibujados. Por eso seguían en el baúl. Y también los separó, por feos que fuesen no los iba a tirar si al viejo Anselmo le gustaban tanto. Había dos libros antiguos, manuscritos, con los que había aprendido a leer. Formaban parte de las pocas pertenencias que se había llevado a América y después había traído de vuelta.

—Mamá, ¿te importa si me quedo yo con estos libros?

—¿Qué son? —preguntó la madre sin volver la cabeza, revolviendo cosas internada en el armario.



—Son los dos silabarios de aprender a leer del abuelo, me gustaría tenerlos.

—Claro que sí, quédate con ellos. Pero si son dos, dale uno de recuerdo a tu hermana para que lo conserve.

Aparecieron también carpetas de papeles que Roberto separó sin abrirlas para que las revisase su madre. Sin duda, eran todos papeles de los negocios del abuelo. En una caja de puros encontró guardadas un montón de vitolas curiosísimas. Una colección preciosa de la que el nieto no sabía y en la que se detuvo un buen rato observándolas con mucha curiosidad. Las había con las caras de presidentes argentinos, de intelectuales cubanos, de paisajes americanos, de inventos del siglo xx, de plantas y flores, de pintores y músicos. Estaban ilustradas a todo color y con muchísima meticulosidad. A Roberto le recordaban a los sellos de correos, solo que estas procedían de los puros de las tabaqueras cubanas. Había que fumar muchos puros para tener tal cantidad de vitolas. Era otra de las costumbres ostentosas del abuelo: fumaba puros. Lo hacía tras las comidas durante un rato y después los apagaba y los guardaba en el bolsillo del pecho de la camisa; cada uno le duraba varios días. Normalmente la gente fumaba puros en las bodas, en las primeras comuniones y en los bautizos, pero lo de Anselmo era a diario, en parte porque le gustaba y en parte porque podía permitirse ese lujo.

Aparecieron también dos álbumes de fotos. Fotos viejas en blanco y negro, y en sepia, algunas amarilleadas. Las había de borde liso, pero la mayor parte tenían los bordes aserrados, cortados en ondas. Estaban fijados a las hojas de papel con unos esquineros transparentes en los que se metía la foto adaptándose a sus dimensiones, y eso también era curioso. Las fotos actuales son prácticamente todas del mismo tamaño, excepto las que hace la Polaroid instantánea, que son algo más pequeñas, pero allí había una enorme variedad de tamaños: fotos pequeñas, medianas y grandes, fotos de estudio y de calle.

Eso sí, en todas los protagonistas posaban y miraban a la cámara, absolutamente conscientes de aquel momento inmortalizado.

A Roberto le gustaban las fotos modernas de la Polaroid: una cámara de autorrevelado que no era asequible para todos los bolsillos. Habían sido de los primeros en tenerla, hacía ya varios años. Con ella se tiraba la foto y se esperaba un rato hasta que el propio aparato la sacaba en papel. Luego había que aguardar unos minutos más hasta que se fijaba la foto y ya se podía manipular sin miedo. La Polaroid permitía sacar fotografías reveladas al instante. Decían los puristas que la calidad era inferior, y sin duda tenían razón. Muchas veces salían amarillas, borrosas o con manchas, pero permitía una libertad total para hacer fotografías en cualquier sitio y de cualquier manera. Tanto era así que Ramón, en cierta ocasión, se la había pedido a Roberto con la intención de sacarle fotos eróticas a una de sus conquistas. A él no le agradó mucho el asunto, pero accedió a prestársela para ese fin. El cuento acabó en nada porque fue la chica la que no quiso ser fotografiada sin sujetador, como pretendía Ramón. Y Roberto, la verdad, se alegró porque no le parecía correcto.

Las fotos del abuelo eran de cuando era muy joven, flaco y presumido. Sin duda de los primeros años en Argentina. Situado delante de monumentos, bien estirado, bien vestido y bien peinado; las fotos de un triunfador. Algunas con sombrero, todas con traje, en una de ellas incluso parecía que llevaba el traje de raya diplomática que se había traído en uno de los baúles, sin duda uno de los primeros que pudo comprar. Era un hombre apuesto y seguro de sí mismo, y así siguió siendo hasta la muerte.

Roberto fue pasando las fotos de los álbumes, parándose en cada una de ellas. Su madre lo observó y se percató de la lentitud con la que iba el proceso de selección del baúl, pero no dijo nada. Entendió que aquello estaba siendo también un descubrimiento para Roberto.

Uno de los álbumes, el verde botella, tenía la tapa de la cubierta de atrás un poco despegada en la esquina inferior, y Roberto decidió ir a buscar un poco de pegamento para arreglarlo. Cuando volvió con él, lo cogió y examinó ambas tapas para comprobar su estado. Entonces reparó en que la cubierta posterior no estaba cosida. Tenía una pequeña abertura por la cara interna que no era un roto, estaba hecho así. Aquella cubierta alojaba, cuando se tiraba de ella, un espacio bastante oculto para meter fotos dentro. Roberto la puso de canto y la agitó para ver si de allí salía algo. De pronto, asomó una foto de bordes recortados. Tiró de ella con mucho cuidado y vio una foto pequeña y vieja, de las más antiguas del álbum, de una mujer muy joven, hermosa y bien trajeada, sonriente y posando para el fotógrafo, sentada en el muro de una fuente entre unos jardines. Era la abuela. Feliz y guapa.

Roberto arregló el álbum y cogió el segundo, color granate, para ver si también necesitaba algún adecentamiento. Aquel estaba intacto. Comprobó si también tenía un bolsillo escondido, pero no vio ninguno. Fue pasando las hojas; allí había más fotos de los primeros años y las de la boda, poco tiempo después de llegar a Argentina. Había escuchado mil veces la historia de aquellos retratos que el abuelo ya le había enseñado y que no habían sido sacados el mismo día de la boda, sino semanas después porque no había dinero. Las fotografías las hicieron cuando se pudo y con un ramo prestado por el fotógrafo que firmaba en el borde del papel. Eran dos guapos jóvenes, con una reluciente sonrisa retocada a pincel por el fotógrafo. Pero entonces Roberto reparó mejor en el retrato. Había algo que no encajaba. A veces el cerebro observa cosas que la razón no detecta y hace que desconfiemos. Sabía que había algo extraño. Siguió su impulso y buscó la foto del bolsillo oculto para compararla con las de la boda, y confirmó lo que sospechaba. Aquella no era la abuela. Era otra mujer, a lo mejor más hermosa y desde luego más sonriente que ella.

Guardar la foto de una chica no tenía ninguna particularidad, podía ser cualquier amiga o familiar, si no fuera por la extrañeza de que la había conservado en un bolsillo secreto del álbum.

Roberto se levantó y fue a hablar con su madre.

—¿Quién es esta mujer, mamá? —preguntó sin contar su origen.

Lola la miró atentamente porque sus dimensiones así lo requerían, era una foto pequeña sacada de cuerpo entero.

—No lo sé. Alguna conocida de ellos.

—Sí —afirmó Roberto, desconfiando de la identidad de la misteriosa mujer, y volvió a meter la foto a escondidas en el bolsillo oculto, donde por alguna razón debía estar guardada.

También se lo ocultó a su madre, aun sin saber por qué lo hacía.

Lola era una gran mujer, una madre moderna, una persona con la que hablar y a la que también se podía considerar una amiga. Aquella familia había sido construida sobre los pilares de la libertad, de la responsabilidad y de la confianza entre sus miembros. No tenía mucho que ver con otras, con la mayoría de las familias de los chavales del instituto. Cuando fue tiempo de hablar de sexo y de explicarlo, se habló de eso, abiertamente, sin tapujos. Tanto Lola como Antonio conversaron con sus hijos de todo lo que fue necesario. Estuvieron allí para escuchar sus preguntas y sus dudas y para solventarlas sin vergüenza, con naturalidad. Podían hablar de chicos y de chicas: de los que les gustaban, de lo que hacían los demás o contaban que hacían en sus primeras experiencias amorosas. Los padres estaban allí siempre para escuchar y responder a lo que fuese. Nada que ver con el caso de Ramón. En su casa no había conversaciones de chicos ni de chicas, ni mucho menos de sexo. Las pocas veces que Damián había hablado de eso

había sido para decirle a su hija que si se quedaba preñada de cualquier vago la echaba de casa, y a Ramón, que si dejaba preñada a cualquier fresca tendría que mantenerla para siempre jamás, a ella y a su hijo. «Y ya puedes darte por jodido para toda tu vida, porque yo no te voy a ayudar. Cada uno que apande con lo que hace. Así que nada de chorradas, ten en cuenta lo que te digo.»

Pese a todo, Roberto era reservado con sus cosas. De Nuria solo había hablado un poco con su madre, que sabía de su existencia y del interés extremo de su hijo por ella, e incluso que eran novios. Pero no quiso llevarla a la casa, ni contar de todas aquellas semanas, meses de angustia, felicidad y tristeza infinitas antes de pedirle salir. No le agradaba hablar en alto de todo aquello. Lo hacía en pocas ocasiones y casi siempre con Ramón en la cabaña. Y la propia Nuria no quería cariños en público. En su casa sí que no sabían nada, ni sería bien recibido un novio. Fuera quien fuese, en especial siendo hijo de unos padres tan progresistas como ellos.

Con lo del abuelo, también había reservas. Y dolor. Ahí el problema principal era el dolor.

Roberto le dio muchas vueltas a la cabeza al tema del papel que tenía en la mano cuando murió: «Dime que me quieres». Aquel extraño trozo de papel escrito en su perfecta letra inclinada: «Dime que me quieres». ¿Qué haría con aquel papel en la mano? ¿De cuándo era? ¿Para quién era? Había tantas preguntas. Pensó muchas veces que debía habérselo mostrado a su madre ya en el primer momento, pero por alguna razón había tenido aquella reacción de ocultarlo. Fue como todo lo demás, como verlo muerto, como la orina en la cama, como rebuscar en sus cosas. Pertenecía claramente a la intimidad de las personas, a su intimidad más sagrada, a lo oculto, a lo que no se cuenta en vida y nadie tiene que saber después de muerto. ¿Para qué?

Y por eso no había dicho nada.

Y por eso tampoco le contó a su madre, a esa madre comprensiva y

cómplice, el tema de la foto escondida. Por algo sería que estaba allí. Sería un amor de juventud, una novia, alguien que tuvo o que quiso tener. Podían ser muchas cosas, pero estaba claro que pertenecía a lo que uno calla y no cuenta. Y eso hay que respetarlo. El respeto a los demás también se enseñaba en aquella casa tan moderna y avanzada.

En un par de horas Lola y Ana ya habían reunido trece bolsas llenas de ropa: cuatro para tirar con ropa menuda: calzoncillos, calcetines, ropa un poco vieja o muy usada, y nueve para dar a los pobres con ropa en buen uso: trajes, camisas, pañuelos, chaquetas, corbatas, jerséis, pijamas, batas de casa e incluso una bolsa de zapatos. Todo con los bolsillos comprobados. Tardaron poco; se tarda poco en hacer algo así. El encargo de Roberto, revisando los recuerdos y los tesoros, ya era otro cantar, aquello llevaba mucho más tiempo.

—¿Y tú qué has separado? —preguntó Lola.

—Todo eso ya está repasado, lo voy sacando. —Roberto señaló los montones que había ido depositando fuera del baúl—. Esto no es de correr, mamá, hay que mirar bien.

—Ya lo sé, hombre, no te digo nada. Tómame el tiempo que necesites. Pero ¿cuáles son las cosas para tirar? Que ya las meto en una bolsa y las llevo también a la basura.

—No hay nada, de momento. Nada es para tirar.

—¡Roberto! —Su madre se cruzó de brazos en un gesto de enfado—. Hay que tirar, no puedes guardarlo todo.

—¿Y por qué no? En el baúl no estorba. No hay nada para tirar. De verdad, mamá.

—Escoge lo que tú veas, pero solo nos vamos a quedar con un baúl. Lo

demás se tira, así que selecciona bien y tira cosas. Si no eres capaz de hacerlo me lo dices, que lo hago yo. ¡Ana! —se dirigió a su hija—. Coge unas bolsas. Las que daremos van al maletero del coche, las que tiraremos las dejamos delante de la puerta, que ya las saco yo a la basura. —Lola dio por acabada la conversación y salió con unas cuantas de aquellas grandes bolsas en la mano.

Detrás salió Ana, arrastrando, y mal, otras pocas que pesaban bastante. Al pasar delante de su hermano hizo un movimiento rápido, le metió algo en la mano y susurró:

—Mira esto. Después hablamos.

Era una pequeña llave y un papel también de pequeñas dimensiones, doblado.

Roberto lo desdobló. Decía: «Dime que me quieres».

Se quedó petrificado.

Las dos mujeres fueron vaciando la habitación de bolsas. Lo hicieron en varios viajes y allí se quedó Roberto, revisando los tesoros del baúl, pero ya con otra intención bien clara, la de encontrar la caja que tenía que abrir aquella pequeña llave. Había examinado meticulosamente la mitad, así que quedaba por revisar otro tanto. No debería ser difícil de encontrar si estaba allí.

Y la encontró.

En la esquina inferior derecha había una caja clara forrada de láminas de piedra blanquecina irisada con vetas en gris y negro. Una cajita muy bonita, de mediano tamaño y con un candado en el que la llave encajaba perfectamente.

El bufete de Antonio era muy céntrico. Estaba situado en una buena calle, aunque no era tan elitista como el de Lola, que durante años habían compartido. En realidad, aquel despacho de abogados primigenio en el que los dos habían iniciado sus carreras profesionales con más ilusión que experiencia era de ella. Había sido pagado por el viejo Anselmo, como casi todo, y aunque la placa de la puerta decía: ANTONIO MATARRÁNZ. MARÍA DOLORES MAYER. ABOGADOS, la propiedad era de Lola. Un bien privativo en el que él no tenía parte por ser consorte. En todos aquellos años de carrera común las cosas habían ido bien. Habían hecho un buen equipo y habían trabajado duro. Eran dos brillantes profesionales implicados en los casos que tenían que llevar. Entusiastas e incansables, fueron aumentando en consideración, que se incrementó con algunos pleitos que les dieron repercusión mediática y prestigio profesional. En aquel bufete se ganaba dinero, pero, de igual manera, si alguien tenía una necesidad se le echaba una mano, porque la justicia no puede ser para élites pudientes. Habían ido reuniendo una buena cartera de clientes particulares, empresas e instituciones; llegaron a ser uno de los grandes despachos de abogados de la ciudad con un buen puñado de empleados. Por eso, cuando decidieron preparar aquella separación amistosa, pensaron en el futuro de Antonio. Repartieron equitativamente la cartera de clientes y juntos buscaron un nuevo local bien ubicado que acondicionaron sin escatimar en gastos. Repartieron también



algunos trabajadores. No era posible hacer más con las leyes actuales. Hasta que se divorciaran no podían separar los bienes de cada uno, y en aquel nuevo bufete de Antonio, Lola en realidad tenía parte como bien ganancial. La ley del divorcio estaba tardando demasiado.

Ella no quiso meterse en todo. Dejó, por ejemplo, el tema de la decoración por completo a Antonio, aunque sí participó con alguna idea en las obras. No quería dejar allí su huella, prefería que en aquel nuevo espacio, que representaba el inicio de la independencia de los dos, no hubiese nada recordando permanentemente la separación a su futuro ex esposo. En el bufete no se le explicó a los empleados, que lo entendieron y no preguntaron. Los clientes se lo tomaron como una ampliación del negocio, y Anselmo simplemente nunca lo supo.

El despacho era amplio, confortable y serio, pero muy moderno. Sofás de escay verdes con módulos que se podían cambiar de posición, el papel de las paredes con motivos geométricos en beige y toques también en la gama de los verdes, y cuadros de rascacielos americanos. Todo muy funcional. Los ceniceros con pie eran una de las cosas que más le gustaban a Antonio. Más de una vez había cogido alguno en la mano para darle vueltas y apreciarlo bien. Eran de plástico blanco, con una gran bola por cabeza en la que había una tapadera metálica que se abatía para tirar dentro las colillas. Curiosos. Llamativos. A la última moda.

Y sobre todo, aquel despacho estaba presidido por un gran ventanal al que él se asomaba muchas veces, como ahora, pensando en los negocios, en los casos que debía defender, en Lola, en los niños que eran ya tan mayores, en la vida. En la nueva vida que tenía por delante. Pensaba apoyado en el alféizar de la ventana, mirando aquella calle de mucha actividad comercial, y allí, saliendo de una tienda, como muchas otras minipersonas que iban y venían vistas desde el séptimo piso en el que estaba, distinguió a Rosa, la

madre de Ramón. Era ella, sin duda. Siempre había sido muy hermosa. De jóvenes, cuando tenían la edad que ahora tenían sus hijos, habían compartido pandilla, durante los años en los que todos despertaban a la vida, al amor y a las pasiones guiadas por las hormonas enloquecidas. Años de diversión, de muchas conversaciones interminables y cómplices sentados en grupo en la intimidad de un solar vacío en medio de la calle, al que accedían por entre unas tablas que lo tapiaban y en las que un día Rosa se había roto la falda con una punta que sobresalía en la madera. Lo recordaba perfectamente con una sonrisa, allí apoyado en el alféizar de la ventana de su despacho del séptimo piso y viéndola moverse por la acera como una pequeña hormiga. Siempre había tenido una bonita manera de andar. Se pasaban tardes enteras charlando en aquel solar. Nunca faltaba un tema del que hablar, siempre sobraba de qué reír. La juventud es así. Allí estaban hasta que anochecía, y aun así el tiempo no llegaba para compartir con los amigos. Eran años felices. Después vino la universidad; Antonio se marchó a estudiar a Madrid y allí entró Lola en su vida para quedarse. En aquel momento pensaba que para siempre.

Ya antes de los tiempos universitarios Rosa tonteaba con Damián, un tipo que a Antonio no le gustaba nada para ella. A ninguno de los chicos y las chicas de la pandilla les gustaba para ella. Era un joven atractivo, apuesto, trabajador y correcto en el trato, pero desde el comienzo absorbió a Rosa de una manera muy poco sana. Era de esos hombres que se hacen dueños de las mujeres. La cortejó con dulzura, palabras hermosas, regalos, la cautivó y ella se dejó cautivar y se entregó a una espiral de posesivo control en aumento que él disfrazaba de amor absoluto. Cuanto más andaba Rosa con Damián, menos salía con la pandilla. Comenzaron los celos, el tener que dar explicaciones por todo, por las cosas más absurdas, incluso por hablar en la calle con un amigo de toda la vida como Antonio. Damián fue extendiendo sus tentáculos pegajosos a todas las relaciones sociales de Rosa, la fue

aislando; ella era para él y para nadie más. Y Rosa confundió toda aquella situación enfermiza con el amor.

En una ocasión, cuando ella ya casi nunca (o nunca) estaba con la pandilla, se cruzó con Antonio en la calle. Era verano, él tenía vacaciones en la facultad, había sacado el curso limpio y con buenas notas y traía muchas ganas de descontar aquel invierno de encierro entre las cuatro paredes de una residencia de estudiantes madrileña enterrado entre libros de leyes. Vio a Rosa y le entró una gran alegría en el cuerpo. Venía de frente, caminando con aquellos andares tan alegres, tan danzarines, tan bonitos de ver y de quedarse mirando, y dibujó en la cara una gran sonrisa de recibimiento. Ella también lo vio y se le acercó. Se abrazaron y se besaron con corrección, más de la que a Antonio le hubiera gustado en aquel momento. Pero Rosa lo había obsequiado con un formal par de besos y un abrazo no demasiado apretado, aunque su rostro también dibujaba una enorme y cálida sonrisa. Hablaron un instante, de las ganas de verse, de los estudios de él, de los buenos resultados, del trabajo de ella, de la pandilla de la que casi no sabía nada.

—No frecuento mucho a la gente de antes. Ya sabes..., con el trabajo ando siempre con mucho lío y vas dejando de verlos.

—¿Sigues con Damián?

—Sí, claro; si todo va bien, nos casaremos el año que viene.

—¡Vaya! —Antonio no ocultó su escasa alegría por la noticia—. Es una importante decisión. ¿Lo has valorado bien?

En aquel momento, Rosa, que durante toda la conversación había mirado esquivamente a los ojos de Antonio y se había dedicado a echar vistazos alrededor escudriñando toda la calle, se cuadró. Se puso firme como los soldados en la explanada de un desfile.

—¡He quedado aquí con Damián! ¡Ahí viene!

A Antonio le pareció nerviosa por el encuentro. Damián se acercó y, al

tiempo que saludaba a Antonio, cogió del brazo a Rosa en un gesto de posesión, acercándola hacia él y alejándola aún más de aquella distancia reglamentaria que mantenía con su amigo.

—¡Vaya, Antonio! ¿Qué hace un universitario de la capital como tú por aquí, en provincias?

—Pues vengo a casa a pasar el verano, con muchas ganas de volver, la verdad —contestó, algo molesto por el comentario y por la actitud un tanto grosera.

—¿Sabes que nos vamos a casar?

—Precisamente se lo estaba contando —se explicó Rosa.

—¿Ah, sí? ¿Te lo estaba contando? ¡Muy bien! —dijo Damián, conciliador y satisfecho—. Bueno, Antonio, pues que lo pases bien, nosotros ya nos marchamos.

Y poco más, Rosa balbuceó unas torpes y apresuradas palabras de despedida, sin beso, por supuesto, y él estrechó la mano de Antonio, que se quedó allí, en la calle, viéndolos marchar con la mano de Damián apretando firme el brazo de Rosa y dirigiéndola por la calle y por la vida.

Y se sintió triste. Sin duda aquel casorio no era una buena noticia para ella, aunque no lo supiese o no lo quisiese saber. El amor no se puede controlar. Las personas no se pueden acordonar. Y uno no puede obligar a querer. Todo lo contrario, el amor es libre, es una elección, se elige a quien se quiere. Pero, por supuesto, también se puede decidir que ya no se quiere, como Antonio y Lola habían decidido, y por eso es tan grande, y por eso hay que cuidarlo, cada día, alimentarlo, acariciarlo, besarlo, pero nunca controlarlo. El control mata el amor. Sintió pena por Rosa, que estaba entrando por su propio pie dentro de una jaula y entregándole las llaves a Damián.

También ahora Rosa se había perdido entre las demás pequeñas personas de la calle vistas desde la ventana del edificio. Antonio la siguió con la vista hasta que se confundió por completo entre la gente. En aquel momento sonó el teléfono en el despacho. Era Lola anunciándole su inmediato viaje a Argentina acompañada de Roberto para poner en orden los negocios del viejo Anselmo, que ahora eran suyos y de los que debía hacerse cargo y tomar las riendas. Ana se quedaba y Antonio se ofreció, no solo para cuidar de su hija, por supuesto, contento del encargo y de los días de complicidad que tenía por delante con su niña, sino también para ayudar en todo lo preciso en el viaje o en el papeleo y las decisiones empresariales para las que precisase consejo.

Y se sintió bien.

Los envoltorios son importantes. Nadie envuelve un regalo en un papel de periódico viejo, arrugado y lleno de manchas. Un regalo se rodea de un papel hermoso, porque su contenido es valioso, más allá de su precio, independientemente de él. Es valioso porque es algo que entregas feliz y con la mejor intención para agradar al otro. Una joya se guarda en un joyero, un tesoro, en un cofre de madera tallada o de metales preciosos, el licor, en bonitas botellas y los perfumes más aún. El envoltorio habla de lo que guarda en su interior y de la importancia que tiene. Aquella llave que había encontrado Ana en el bolsillo de una chaqueta del abuelo, junto al papel, abría una caja hermosa, antigua y secreta. Escondida en el fondo del baúl de los recuerdos de la vida en Argentina del que Roberto no había sido capaz de tirar nada. Uno no atraviesa el Atlántico con un baúl lleno de tonterías, ni disponiendo de cinco baúles. Todo lo que el abuelo se había traído de cincuenta años de vida fuera tenía una razón para estar allí, para ser transportado en tan largo viaje y para permanecer hasta el final de sus días, incluso más allá. Y allí estaba aquella caja, en manos de Roberto. Una caja delicada, hecha de madera y recubierta de láminas finísimas de alguna piedra semipreciosa gris irisada. Sin duda el material era frágil y, aun así, aquella caja había hecho una larga travesía, primero en barco y después en camión, y permanecía intacta. Dentro, a buen seguro que tenía que haber algo de valor y secreto, porque era lo único que había en todo el baúl guardado bajo llave.

Roberto no había querido abrir la caja en casa. Su impulso natural fue esconderla y llevársela a la cabaña, donde podría abrirla con la intimidad que merecía. Tuvo que ocultarla todo el día. La metió debajo de la chaqueta y pasó por delante de su madre con el corazón golpeándole fuerte en el pecho, notando la sangre bombearse por el cuerpo. Aquello no pintaba bien; si había dos papeles con el mismo extraño mensaje («Dime que me quieres»), uno en la mano del abuelo y otro en una chaqueta que aún se ponía, no parecía nada del pasado. Era del presente. La caja permaneció toda la noche debajo de la cama y por la mañana Roberto salió temprano para dejarla en la cabaña, de nuevo escondida. Y después se marchó a toda prisa al instituto y allí no dejó de pensar en ella. En el interior de la caja y en el interior del abuelo.

Ya por la tarde, por fin llegó el momento de volver a la cabaña, pero allí se encontró con algo con lo que no contaba. Ni estaba la caja, ni la llave, ni los dos papeles del abuelo que había guardado junto a ella. La había dejado en la única estantería que había, cubierta con una pequeña manta con la que en las tardes de invierno se tapaban del frío que entraba por los respiraderos de la pared que daban luz, pero por los que también entraba el fresco y a veces la lluvia. No había otra posibilidad donde guardarla y le pareció un buen sitio. Se enfureció buscándola. Sin duda allí no estaba, y solo la podían tener dos personas, o Ramón o Ana, que era lo más probable. La rabia fue en aumento, pensando en la posibilidad de que su hermana hubiese utilizado la caja a la ligera, que hubiese mostrado el contenido a sus padres o a cualquiera y, sobre todo, que hubiese manchado la memoria del abuelo. Roberto no tenía certeza de lo que podía contener, pero estaba absolutamente rendido a la evidencia de que era un secreto del abuelo que debía respetarse.

Cuando escuchó la risa de Ana en la puerta a punto de abrirla, enloquecido

se abalanzó sobre ella y la metió dentro bruscamente agarrándola por los antebrazos. Casi ni reparó en que venía acompañada de Ramón.

—¿Dónde está la caja? ¡Idiota! —chilló fuera de sí.

—¿Qué caja? ¿Estás loco?

—¡La caja del abuelo y la llave!

—¿Qué dices? ¡Me estás haciendo daño! ¡Idiota tú! —Ana braceó para soltarse y Ramón intervino apretando fuerte la mano de Roberto, obligándolo a abrirla de dolor.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Te has vuelto loco? —lo increpó mientras Ana se frotaba los brazos doloridos.

—¡Tú no sabes de qué va esto! Ella ha cogido la caja del abuelo.

—Pero ¿qué caja? ¿Estás loco? —se defendió Ana.

Roberto reflexionó un rato.

—La guardé ahí, en la estantería. Cubierta con la manta. Si tú no has sido entonces la tiene Ramón...

—¡Hala! ¡Lo que faltaba! Pero ¿de qué caja hablas? ¿Es dinero? ¿Una caja con el dinero de tu abuelo? —preguntó Ramón, que tampoco sabía nada.

Roberto se sintió derrotado y se serenó como le pidieron. Había perdido los estribos más allá de lo razonable. Los tres charlaron un buen rato sentados. Sin duda, ninguno sabía del paradero de aquella caja, ni tan siquiera de su existencia.

—Una caja con cerradura en el fondo de un baúl... ¿Qué va a haber allí? ¡Dinero! Si tu abuelo estaba forrado... Había dinero, fijo —especuló Ramón.

—Seguramente tengas razón —confirmó Ana.

—No lo creo —terció Roberto.

—Y entonces ¿qué iba a ser? —preguntó su hermana.

—No lo sé... Fotos, papeles, notas... Cosas... Cosas personales del abuelo.



—¿Y por qué iba a tener ese tipo de cosas bajo llave en una cajita tan fina como cuentas? ¡Qué va, hombre! ¡Había dinero! —sentenció Ramón.

—Yo también lo creo, en la caja tiene que haber billetes porque él siempre andaba con mucho dinero en el bolsillo. Ya sabes cómo era. Estoy segura de que tenía billetes en casa. Si no, ¿por qué iban a robarla?

A eso sí que Roberto no tenía respuesta.

—Tenéis toda la razón. Mejor que de momento mamá no sepa nada de todo esto, no le iba a gustar —dijo a su hermana—. Bueno, en todo caso tendréis que ocuparos vosotros de buscarla, porque yo me marcho en unos días a Buenos Aires con mamá a arreglar papeles de las empresas. Os escribiré, pero igual regreso yo antes de que recibáis mis cartas. Ya sabéis cuánto tarda el correo internacional. Te he anotado la dirección de nuestro piso en un papel —dijo, dándoselo a Ramón— por si precisas escribir tú primero. No sé qué número de teléfono tendrá, los de las empresas tampoco los conozco, y desde que el abuelo vendió su casa no hay otro lugar adonde llamar. Nos vamos a alojar en un piso pequeño que quiso conservar en Buenos Aires, y allí no hay línea instalada.

—En la calle del Tango, mira qué nombre más bonito —comentó Ana leyendo el papel con la dirección.

*Santiago de Compostela,  
21 de junio de 1941*

Bienquerido Anselmo:

No debiera contestar a tus letras, que tampoco debieras haberme enviado, y mucho menos hacérmelas llegar a través de don César. Sé que no podías comunicarte de otro modo porque no puedo recibir cartas tuyas, y también es cierto que don César sabía de nuestra relación en secreto de confesión, pero has debido enloquecer para hacerle llegar esa carta que me ha entregado. No te puedo ocultar que recibirla me hizo un enorme agujero en medio del pecho, y comprendo que quieras y precisas saber de mí, pero esto no debe repetirse. Y lo escribo con un dolor tan fuerte como el día que cerré aquella puerta en la calle del Tango, sabiendo que nunca más iba a volver a verte y que dejaba atrás tantos años de vida contigo, compartiéndote, pero contigo.

Querías saber de mí, pues te voy a contar. Me he casado, sí. Con Evaristo, como debió ser siempre. Me trata bien, me cuida, me acompaña, es mi enamorado y mi amigo, y estoy embarazada de un hijo deseado que nacerá a principios del año que viene. Eso es lo que acordamos tú y yo, lo que querías para mí, que fuese feliz, me casase y tuviese hijos. Pues así es, como los dos deseábamos. Tengo un marido bueno, que me quiere y me respeta, y yo soy buena para él. Lo quiero, lo cuido y lo respeto.

Pero todo esto podías saberlo por el propio don César, así que supongo que no me escribes para enterarte de lo que cualquiera puede contarte. Y también te voy a decir lo que realmente quieres saber: no, no te olvidé. Sigo enamorada de ti y así será siempre. Consigo disfrutar de las cosas pequeñas, de la luz de cada día nuevo, de las caricias, del calor junto a él, e intento no pensar en lo que tuve cuando llevaba la felicidad impresa en la piel, cuando nos dábamos tanto amor que nos cegaba nuestra propia luz. Cada noche

cierro los ojos para soñarte y volver contigo a aquel piso de la calle del Tango, y cada mañana me despierto con la suave presión de tus labios en los míos. Estás en cada aliento, en cada latido del corazón, en cada segundo que pasa. Sé que eres el amor de mi vida y que nunca podré enamorarme así de mi marido, pero sé también que, como tú con ella, nunca lo abandonaré. Merece todo el querer del mundo y voy a dárselo. Seremos felices. Estoy segura de que también lo serás, y cada día nos encontraremos en la calle del Tango. Siempre me pareció un nombre hermoso para una calle. Allí sigo contigo en aquel piso en el que me acompañabas todas las horas que robabas a tu otra vida. Me encontrarás allí cuando cierres los ojos. Siempre estaré allí. Queriéndote detrás de una puerta.

No habrá más cartas. Nunca.

Seremos felices en nuestras vidas.

Te veré esta misma noche, amor, como todas.

Siempre, siempre, siempre.

CARMEN

La vendedora se limpió el dorso de la mano con una toallita húmeda de papel y borró todas aquellas muestras de sombra de ojos que había extendido con un pincel con punta de esponja a modo de paleta de pintor para mostrarle a Lola cómo le quedarían en la piel.

—Yo me llevaría una sombra dúo verde con un toque irisado. Verde claro y verde oscuro. El oscuro lo aplica usted dibujando el arco del ojo, ¿ve? — dijo marcándolo en la cara con los dedos—. Y el más claro por todo el párpado móvil para agrandar el ojo y por encima hasta las cejas. Aunque a usted no le hace demasiada falta porque los tiene muy grandes, pero sí que le va a resaltar el verde de su mirada. A la belleza natural hay que ayudarla un poquito. —La vendedora rió; era una mujer de unos cincuenta años, perfectísimamente maquillada.

Lola escuchaba sus consejos y al tiempo pensaba. Le apetecía cambiar cosas. Cosas suyas, no solo de la vida. Se había cortado el pelo, cuatro dedos más o menos, y se había dejado un flequillo francés, tal y como lo llamó la peluquera. A los efectos era un gran flequillo recto que caía sobre la cara desde casi la mitad de la cabeza. Le sentaba bien e incluso le había quitado años de encima. Se miraba en los escaparates cuando caminaba por la calle y se gustaba. Era una mujer de éxito, independiente, dueña de su vida. No muchas podían decir eso. En realidad, muy pocas podían decirlo.

Había tenido una adolescencia rebelde, pero tenía que reconocer que aquel

carácter independiente había sido siempre fomentado por su padre. Se lo debía a él, que en aquella época de mujeres sumisas la había educado como a un hombre, en el mejor sentido de la expresión. Por supuesto no tenía hermanos y podía parecer que el viejo había criado así a su hija a falta de un varón, pero no era cierto. Su padre la educó para ser libre, independiente, líder, para ser emprendedora, para tomar decisiones aunque se equivocase y, en tal caso, volver sobre lo andado, pedir disculpas y arreglarlo. Otros podían pensar que era para hacerse cargo de todos aquellos negocios y empresas de los que era única heredera, pero tampoco era la razón. Anselmo le había dicho mil veces que buscase su camino en la vida, que hiciera lo que quisiese, que fuese libre para buscar una profesión y un futuro, y que, por supuesto, si lo que quería era trabajar en las empresas de la familia, eso estaba siempre asegurado.

Su padre la quería libre. La quería feliz: «No dependas nunca de nada ni de nadie, cariño mío. Vive tu vida, no la que se espera que vivas. Busca tu camino. La auténtica felicidad está en gobernar tu propia vida, aunque te equivoques, pero que sean equivocaciones tuyas, no las de otros».

Pocos padres decían cosas como esas. Anselmo, sí.

Ella lo veía como un referente, un hombre que había emigrado con una mano delante y otra detrás, casi sin escuela, y había conseguido crear un pequeño imperio. Trabajador como el que más, listo como un ajo, y con una clara idea de cómo quería que fuese su empresa: «Hay que empezar desde abajo, hay que saber qué hace cada uno de tus empleados y cómo se hace. No vale de nada tener grandes cabezas gestionando la empresa si trabajando tienes a unos impresentables y vagos del carajo. La columna se hace desde la base, y ahí es donde recae el peso y se refuerza, en la base, para que se tenga en pie. Y de esa base es de donde deben salir los jefes, de dentro, competentes, que sientan la empresa como suya y la conozcan palmo a

palmo. Yo no quiero ni un solo trabajador que no haga bien su trabajo; no sabes a cuántos hijos de don Tal y de don Cual he rechazado. Aquí trabaja el que vale. Aunque sea para llevar paquetes».

—Me voy a llevar esta sombra dúo, entonces. La verde, sí.

—Quedaría muy bien con un lápiz de contorno de ojos también verde; espere, que le enseño uno. Vengo en un segundo.

Era sin duda una excelente vendedora, así se lo hubiera parecido a Anselmo. «A los clientes hay que ofrecerles los productos, sin atosigarlos, pero hay que recomendar lo que hay. Cuando cerréis una venta no olvidéis nunca ofrecer alguna oferta, algún complemento. Así se vende», les decía siempre a los vendedores.

Le habría gustado aquella dependienta. Una excelente trabajadora, aunque posiblemente no le quedaría mucho tiempo en aquel puesto. ¿Dónde se ha visto a una mujer con arrugas vendiendo cosméticos y cremas antiarrugas? Seguro que la cambiarían a otro departamento en breve, algo más acorde con su edad. «Aspiradores», por ejemplo. Allí podría ser que no hubiese conflicto con la edad. Se pueden vender aspiradores arrugada, cosméticos no, porque precisamente todas aquellas mujeres que adornaban las cajas de pinturas y cremas no envejecían, y las que compraban tampoco querían hacerlo. La vida es así de absurda. Y más con las mujeres.

—¿Qué le parece? ¿Ve? Combina perfectamente. Contornea usted la raya después de la sombra, nunca antes, así remarca el ojo. Le da fuerza a la mirada. Profundidad.

Lola sonrió.

—No, gracias; es mucho verde junto, con las sombras tengo de sobra.

—De acuerdo. Pues venga por aquí que le cobro. Y si aún se lo piensa,

puede volver cualquier día a por él.

Siguió a la vendedora hasta la caja y allí pagó la compra. Advirtió a una mujer mirando lacas de uñas. La reconoció. Era Rosa.

—¡Por Dios, cuánto tiempo! —exclamó Lola.

Rosa respondió con su amplia sonrisa, franca y sincera. Se besaron.

—No me hubiera imaginado que te encontraría aquí. Si tú no te pintas nunca. Otras necesitamos adornarnos, pero tú no, con ese cutis tan maravilloso.

—No... No iba a comprar nada, pero me gusta mirar las lacas de uñas, los colores de temporada, esas cosas. Pero yo no uso, no. Hace muchos años que no me pinto.

—Pues deberías.

Lola bien sabía o intuía que el déspota de Damián no le permitía pintarse desde que se casaron, o puede que un poco después, igual desde que nació Ramón.

Las dos se pusieron a conversar.

—En realidad no hace tanto que no nos vemos, estuve en el entierro de tu padre, pero había mucha gente, ni te acordarás. Lo siento mucho, era un gran hombre. Yo le tenía afecto.

Lola le propuso tomar un café. «Rapidito», añadió, pensando que Damián seguro que incluso le controlaba el tiempo. Contra todo pronóstico, Rosa aceptó. Las dos salieron charlando y se metieron en una cafetería cercana a hablar, a reír y a contarse cosas.

El olor del café llenaba todo el local. Lo molían allí, al momento. Pocas cosas hay más deliciosas que el olor del café recién molido. Fue el café, la luz tenue y delicada, y quién sabe qué más lo que hizo que las dos diesen en hablar y

hablar; de los niños, del padre muerto, de las arrugas que comenzaban a mostrarse, de la salud de Carmen y de su cabeza que va y viene, y entonces Lola se lo contó:

—Antonio y yo ya no estamos juntos.

—¿Cómo que no estáis juntos? —La frase era bien clara, pero Rosa no daba crédito a lo que oía y por eso hizo aquella absurda pregunta.

—Estamos separados. No vivimos juntos. Él ha alquilado un piso, relativamente cerca de casa, y yo sigo allí, con los niños.

Lola explicó, explicó todo e incluso se sintió bien contándoselo a alguien fuera del círculo familiar y de un par de amigos que lo sabían. Se lo fue explicando despacio y al tiempo la explicación le sirvió de reflexión y ensayo de cómo hacer entender a otros aquello que habían decidido.

Le contó cómo en todos aquellos años juntos desde la universidad habían ido cambiando las cosas. Antonio y Lola se habían amado, sin lugar a dudas, se habían amado mucho, con locura, y también, después, más tranquilamente. Habían vivido una historia de amor enloquecido que los llevó a convivir y a casarse en cuestión de meses, aún sin terminar la carrera, pero era la única posibilidad de poder vivir juntos en aquellos tiempos. Lola recordaba perfectamente aquel amor loco del principio, el enamoramiento desmedido, el corazón golpeando fuerte en el pecho, la necesidad vital y absoluta de estar juntos, de tocarse, de hacer el amor a todas horas, la manera brutal y dolorosa de extrañar cualquier ausencia por corta que fuese. Y recordó las complicidades y cómo juntos nacieron a la vida de adultos, a la de los hijos, el trabajo y las responsabilidades, y siguieron amándose y al tiempo eran un equipo perfecto que hacía funcionar todo aquel engranaje de la maquinaria de la familia. Se apoyaban, se entendían y se respetaban. Pero de alguna manera aquello se fue transformando en otra cosa. Pasó despacio, casi sin percatarse. Con los años, el amor asentado fue ganando terreno. No el amor tranquilo y



sereno, que llega pasada la brutalidad hormonal del enamoramiento, no se refería a eso, sino al amor asentado, confiado en exceso, un poco abandonado porque ya es costumbre cruzarse, hablarse, besarse, verse, convivir, y así perdieron interés uno en el otro, perdieron la capacidad de sorpresa y de admiración.

—Fuimos perdiendo el amor. Un día, simplemente te das cuenta de que aquella relación se ha convertido en otra cosa, entonces es como si en vez de vivir con tu esposo, vivieses con un primo a quien quieres muchísimo pero del que no estás enamorada. Compartes recuerdos, piso y vida, pero no amor.

—Pero ¿os lleváis mal? ¿Hay alguien más?

—¡¡No!! No hay nadie más, te lo estoy contando. No es eso, es que no nos queremos como deberíamos, no sentimos el amor que tiene que haber.

—Pero, Lola, no va a ser igual siempre, las cosas cambian, la vida cambia, las personas también cambian. ¿Quién está enamorado después de mil años juntos, viéndose cada día, conociendo los defectos y las miserias del otro? Sin embargo hay otras cosas, está la casa, los hijos... Hay que adaptarse y apandar.

—No entiendo nada. Resulta que si Antonio y yo le dijésemos a la gente que nos dejamos porque estamos enamorados de otra persona, se entendería, aunque nos pusiesen verdes, pero se entendería. Pero si decimos que el problema es que no nos queremos, ¿eso no se entiende? ¿Y cuál es entonces la razón para estar juntos? ¿No debe ser quererse? Pues no quererse es la razón lógica para dejar de convivir.

—Las razones lógicas, Lola, son las que te dije: la casa, los hijos, la familia... Si os separáis, ¿quién va a cuidar de todo eso y quién va a cuidar de él? ¿Y la vergüenza para vuestros hijos? Por no hablar de los problemas con la ley, o con la Iglesia. Porque podéis separaros, pero no estáis divorciados; estar, estáis juntos para cualquier papel, cualquier trámite, y no podéis

casaros otra vez. Y para la Iglesia no hay divorcio que valga. No. Hay que aguantar. Es lo que queda. Es como hace la gente.

Lola guardó silencio un momento.

—Antonio y yo ya no nos queremos. Somos jóvenes, y podemos volver a encontrar una persona que nos ilusione. Lo haremos lo mejor que podamos para nuestros hijos, y esperaremos a que salga la ley del divorcio para separarnos de verdad, con papeles. Pero la vida es corta, muy corta, y merece que la vivamos como queremos. No me arrepiento de estos años, ni siquiera de los últimos, cuando las cosas ya no funcionaban. Pero no quiero vivir así para siempre. Quiero risas, quiero amor, quiero besos, quiero caricias, quiero sentir cosas que ya no podemos sentir juntos. No me llega con pasar los días y dejar morir el tiempo hasta que sea el tiempo quien nos mate a nosotros. Quiero vida.

Rosa escuchaba y opinaba, pero sin decir una sola palabra sobre ella y su relación con Damián. Nada de nada. Aunque lo pensaba. Cada palabra de Lola hacía que pensara en su propia vida, donde faltaba lo elemental: el respeto. Había estado tan ciega tantos años que fue cediendo todo su terreno a Damián, hasta que gobernó toda su vida por completo. Y cuando fue consciente de que los celos no son amor y de toda la libertad que Damián le había robado, ya era muy tarde para recuperarla. Había perdido valor y juventud, pero sobre todo había perdido fuerza y ganas de luchar.

En su casa ella estaba para todos y nadie se ocupaba de ella. Tampoco los chavales, que habían crecido sin ver otra cosa. Pero Rosa sabía que había otros mundos, había otras maneras de amar sin que uno domine al otro. Y allí delante tenía a Lola, valiente, decidida, dispuesta a cambiar su vida. Claro que también sabía que su situación era muy diferente. Las cosas no solo hay que querer cambiarlas, también hay que poder. Porque Rosa no podía. Rosa dependía no solo emocionalmente, sino también económicamente, de

Damián. No tenía casa propia, no tenía trabajo, ni ahorros. Por mucho que la ley dijese que lo que hay en el banco era de los dos, la realidad era que no disponía de un duro; todo lo tenía que pedir, y después devolver las vueltas con las cuentas explicadas. Rosa no tenía donde caerse muerta, como tantas veces le recordaba Damián.

Miró el reloj.

—Me vas a disculpar, Lola, pero yo tengo que regresar, tengo que hacer cosas en casa.

—Por supuesto, vamos, que hoy ya hemos arreglado bastante el mundo.

Las dos rieron. Se acercaron a la barra y Lola sacó la cartera para pagar. El camarero dejó la vuelta en un platillo y recogió el cambio. Rosa estaba unos pasos más atrás. La miró y le cedió el paso, pero paró de pronto y le dijo:

—Un momento.

Volvió a la barra y preguntó al camarero:

—Estaba leyendo ese cartel... ¿Necesitan una cocinera?

—Sí. Para echar una mano a la que hay. Desde que damos menús tenemos mucha gente.

—¿Y en qué horario?

—Solo de mañana, media jornada, de doce a cinco, cuando hay más apuro. Diez mil pesetas al mes, asegurada. Sábados también, y los domingos trabajando dos cada mes.

—Deme el teléfono, por favor, y le llamo.

Apuntó el teléfono y salió.

Lola estaba sorprendida.

—No sabía que buscabas trabajo.

—Ni yo tampoco.

Eran idénticas.

Exactamente iguales.

Ramón se había cobijado detrás de la cama, en el suelo, sentado con las piernas en arco y entre ellas había colocado aquellas dos cajas recubiertas de láminas de una piedra blanca irisada con vetas oscuras. Había cerrado la puerta con llave. Tenía la suerte de que su puerta era la única con llave de todas las habitaciones. Había sido por casualidad, su hermano y él compartían cuarto, mientras que la niña dormía sola. Hacía años, en uno de aquellos juegos bárbaros que desquiciaban a su madre, habían golpeado la puerta con una silla y la habían agujereado. La bronca fue monumental, con bofetadas incluidas para escarmiento de los chavales, y la puerta se había quedado durante mucho tiempo así, con aquella fina chapa de madera levantada y un agujero, que si bien no la atravesaba, poco le faltaba. Hasta que un día el padre trajo otra puerta de la carpintería. Era vieja, usada, procedía de una casa en obras donde la habían sustituido por una nueva, pero por lo menos estaba entera. Y tenía llave. Los dos hermanos le daban buen uso a aquella cerradura con la que no podían dejar fuera al padre, a riesgo de una somanta de golpes, pero en muchas ocasiones dejaban a su madre, que desde el pasillo voceaba enfurecida por el desaire. Habitualmente se encerraban por tonterías como no hacer la cama o no ir a buscar el pan, o para leer una revista «de chicas» de

las que rulaban por el instituto. Pero hoy la llave aislaba a Ramón y su secreto del resto del mundo encerrado fuera.

—¡Mierda, mierda, mierda! —repitió compulsivamente allí sentado agitándose hacia delante y hacia atrás—. ¿Qué coño es esto? ¿Qué coño es esto?

Recordaba perfectamente la primera vez que había visto aquella caja, una de las dos, la que tenía a su derecha. Fue cuando la abuela Carmen se instaló en casa para quedarse a vivir allí.

La noche de la muerte del abuelo, Damián había llegado a casa con su madre agarrada del hombro. Venía desolada, derrotada, con muy mala cara. A todos les dolía aquella muerte, pero, evidentemente, a ella más. Había perdido a su compañero de toda una vida, a su amor. Aunque a Ramón le costaba ver amor en la gente mayor. Para él el amor era lo que se daba entre la gente joven, quedarse prendado del otro, mirarse atontados, pasión, deseo, ir de la mano, corazones latiendo fuerte. Sin duda lo de los abuelos era otra cosa, como también lo de sus padres. Era difícil imaginar a los abuelos o a sus padres enamorados como adolescentes, pero estaba claro que en algún momento fue así.

Aquel primer día, la abuela llegó con lo puesto y Rosa tuvo que ir a casa de los viejos a recogerle algo de ropa para llevar en las horas previas de velatorio, y después en el entierro. Como no había suficiente ropa negra, las dos salieron temprano por la mañana a comprar el luto: un par de faldas y unos jerséis, incluso un abrigo negro para la abuela. Estricto luto negro. Y desde aquel día, Carmen se quedó negra para siempre, sin otro color en su ropa ni en su horizonte. También Rosa se compró una falda y una camisa negras. Con aquella ropa y un abrigo gris oscuro había acudido al entierro de su suegro. Los chavales no tenían por qué guardar el luto, pero Damián quiso

que los dos varones llevasen, como él, una corbata negra. No hubo gasto, porque enseguida un par de vecinos se ofrecieron a prestárselas.

Un coche fúnebre trasladó el ataúd desde el hospital hasta la casa de los viejos para velarlo, pero pasado el entierro, Damián dispuso que su madre se fuese con él y la obligó a quedarse a vivir en su casa. No la quería sola. A los chavales les daba igual. Rosa estaba de acuerdo, aunque su opinión no contaba. Y la vieja entendió que, fallecido su marido, ahora debía hacer lo que su hijo mandase.

Ramón ayudó en el traslado. Poca cosa: ropa y una cómoda con cajones llenos de mudas, papeles y objetos. Carmen insistió en que quería llevarse la cómoda. Podía prescindir de todos sus muebles, pero la cómoda la quería en su nuevo cuarto. Así que para trasladarla le sacaron los cajones y se metió todo en una pequeña furgoneta DKW, prestada por los dueños de la taberna donde paraba siempre Damián. Fue en aquel traslado cuando Ramón vio por primera vez la caja. Había reparado en el asunto porque le pareció que la abuela estaba comportándose de manera extraña, nerviosa, ocultando algo. Y enseguida el nieto pensó en el dinero. Él nunca tocaría el dinero de la abuela, pero sí que sintió curiosidad por ver qué cantidad guardaba, así que no tardó en descubrir la caja. Decepcionado, observó que estaba cerrada con llave, y la llave colgaba de la cadena de oro que llevaba al cuello junto a una medalla de la Virgen del Carmen. La abuela era desconfiada, como todas las viejas, por eso siempre la llevaba consigo. Así que poco había que rascar allí. Pronto dio el caso por imposible y lo olvidó, no sin antes averiguar que el destino final de la caja fue el tercer cajón de la cómoda, oculta bajo los camiones.

Y allí, precisamente, la había ido a buscar ahora para ponerla al lado de la otra y comprobar lo evidente: que eran idénticas.

Probó con la única llave que tenía, pero no abría la de la abuela, solo la otra, la que Roberto había ocultado en la cabaña. Eran iguales, pero tenían distintas cerraduras.

En todos aquellos años nunca había vuelto a pensar en la caja. Ni la había visto, ni la había buscado hasta que aquella tarde llegó temprano a la cabaña, se sentó en el sofá y se sirvió un trago de licor como un hombre, y como un hombre también comenzó a pensar en Nuria. En su piel blanca, en aquellos pechos de tamaño perfecto y duros, que no había dudado en rozar disimuladamente como hacía con todas siempre que podía; pero a diferencia de las demás, pensó también en su sonrisa, en su voz, en los gestos que hacía con el pelo con aquella naturalidad. Era tan dulce y al tiempo tan sensual que no podía quitársela de la cabeza. El calor del licor bajando por la garganta y el esternón no hizo más que acelerarle el ritmo cardíaco y los pensamientos.

Estaba semiacostado en el sofá con el vaso en la mano, posiblemente demasiado grande para ser de licor, y fue entonces cuando se percató de que había algo cubierto con una manta en la estantería. Se levantó a comprobar qué era y tras tirar de la manta desveló una caja de mediano tamaño, sin duda la caja de la abuela y a su lado la llave. Pero ¿cómo había llegado hasta allí si estaba en su cómoda? Ramón estaba perplejo. Cogió la caja y la llave y volvió al sofá, donde las posó. La miró bien. Estaba seguro de que era la caja de la abuela. Inmediatamente, introdujo en la cerradura la llave y la giró con facilidad. Abría perfectamente, aun teniendo docenas de años. Dentro, la tapa recubierta de espejo le devolvió su imagen estupefacta y nerviosa. En el interior, forrado de terciopelo gris, encontró una carta y un montón de pequeños papeles. Todos iguales, todos con la misma letra inclinada, todos diciendo: «Siempre, siempre, siempre». Menos otros dos papeles enrollados que estaban fuera, al lado de la caja, también escritos pero con distinta letra y que decían: «Dime que me quieres». Sin duda, petición y respuesta.

Con un gesto ágil recogió todo, la caja con el contenido y los otros dos papeles, más la llave, y salió camino de su casa como llevado por el demonio.

Allí estaba ahora, otra vez en su habitación, y fue allí donde leyó la carta.

Aquella carta.

De ella a Anselmo.

De su abuela al abuelo de Roberto.

Una carta de amor, como nunca antes había leído ninguna. Una carta de promesas infinitas de amor desbordado a otro hombre, y por tanto la carta de una mentira terrible para todos los demás, de un engaño que acababa de descubrir.

Sintió una cólera profunda, una ira inmensa y ganas de romperla, de destruir la prueba de aquella historia terrible del pasado que volvía al presente como un hierro candente, quemando. A punto estaba de romperla cuando llamaron a la puerta.

—¡Qué pasa! —chilló fuera de sí, pensando que era su madre. Pero desde fuera sonó la voz animosa de Ana, que muchas veces lo iba a buscar para ir a la cabaña a charlar. Eran visitas frecuentes desde hacía ya meses y que sin duda tenían alguna explicación que Ramón no quería reconocer siendo como era la hermana de su mejor amigo.

Por eso tuvo que dejar la caja, que empujó debajo de la cama, y volvió a la cabaña con ella, donde entendió que había sido Roberto quien la ocultara en la estantería, y que no era la caja de su abuela. Esta era de él, de Anselmo. Seguramente había aparecido ahora tras su muerte y por alguna razón la tenía Roberto. También comprendió que el chaval no la había abierto; de haberlo hecho sabría de su contenido y no se hubiera tragado su explicación del ladrón cuando le faltó de la cabaña, pero sí creía que sospechaba algo. Sintió la necesidad de poner a salvo aquel secreto terrible del que se abochornaba,



por eso dijo lo del dinero y fingió no saber nada, y por supuesto, no confesó que había sido él quien se la había llevado.

De vuelta a la soledad de su habitación, aislado del mundo por la puerta cerrada con llave, intentaba pensar con claridad y ordenar lo sucedido, pero no lo conseguía por completo. Tenía dos cajas iguales; por tanto, muy posiblemente eran de la época en la que los dos eran amantes. Una tenía aquellos extraños papeles pequeños, todos iguales, y la carta. Una única carta pero muy explícita. No hacía falta más para entender que los dos habían tenido una historia de amor. Ahora su atención estaba en la otra caja, en la que permanecía cerrada, la de su abuela, que había sacado de la cómoda de su habitación. Estaba convencido de que allí también había cartas de amor, regalos o cualquier cosa de aquel tiempo.

No podía salir de su asombro, ni de la cólera que lo invadía leyendo promesas de amor eterno, y pensó hasta dónde llegaba aquella mentira. ¿Carmen no había vivido nunca en Uruguay? ¿No había ido a vivir allí con su tía? Y entonces cayó en un par de preguntas consecuentes con todo aquello que acababa de descubrir. Se preguntó si Anselmo había regresado por ella, y si estaban ahora juntos otra vez. Pero aún quedaba otra pregunta no menos importante para guardar aquel secreto deshonesto: ¿quién más lo sabía?

Ramón estaba absorto en estos pensamientos cuando sobrevino un sonido ensordecedor, una gran explosión en la sala que hizo retumbar la casa entera y se oyó en todas las vecinas. Los cristales de las ventanas de varias habitaciones saltaron por los aires. La onda expansiva llenó la sala y parte del recibidor en una nube de piezas metálicas y cristales volando que se

incrustaron en las paredes. Y hubo suerte porque no atrapó en medio a nadie, pues de lo contrario le habría destrozado el cuerpo.

Fue un ruido aterrador. Ramón se levantó de un salto, abrió la puerta y en el acto todo se llenó de humo que procedía de la sala. Salió aturdido y encontró la casa llena de restos de cristales, madera, metales, la pintura de la pared incrustada de marcas, humo, el mueble de la sala acribillado por docenas de agujeros de metralla y la tele destrozada, ardiendo.

La abuela entró desde la huerta a la llamada del ruido y muy desorientada. Rosa regresaba del café con Lola y estaba a tres pasos de la puerta; cuando oyó la explosión, echó a correr chillando y todos confluyeron en la sala, estupefactos.

—¡¡Saca a la abuela de aquí!! —gritó Ramón entre el humo a su madre, que no paraba de chillar y de preguntar qué había pasado—. Lo primero es apagar el fuego.

No tardaron en llegar vecinos a echar una mano. A Damián lo fueron a buscar a la taberna y a los otros hermanos también los habían avisado. Todo eran nervios, gritos, un ir y venir de gente hasta que las llamas se apagaron y ya se pudo echar un vistazo a todo con serenidad.

El televisor había explotado, y había sido una suerte que la explosión no hubiese matado a nadie.

Damián miraba los restos de la tele con un par de vecinos. Sin duda allí se había iniciado el fuego, las lámparas de vacío del interior se habían convertido en una especie de olla a presión que hizo el efecto de una auténtica bomba llena de metralla con los propios componentes del aparato.

—Si esto llega a coger a alguien aquí, Damián, le deshace la cara y el cuerpo —aseguró un vecino—. Fue una suerte que no hubiese nadie viendo la tele.

Desde atrás el chaval también estaba presente en la conversación cuando

su padre se volvió hacia él con muy mala cara.

—¿Quién carajo tenía el televisor encendido sin estar aquí? ¿Quién coño dejó la tele encendida?

Ramón bajó la cabeza.

—¿Qué os he dicho? ¿Para quién hablo yo? ¡¡Os dije miles de veces que hay que tener encendido el estabilizador, que los cambios de tensión pueden destrozar la tele!! ¿Lo dije o no lo dije? —Damián agarraba a Ramón por el cuello de la camiseta en una actitud muy agresiva y absolutamente fuera de sí —. ¿Lo dije o no? ¡Que la tele se calienta! ¡Que hay que estar pendientes y no dejarla hablando sola para el aire! ¡¡¿Cuántas veces lo he dicho, coño?! ¡¿Cuántas?!

Al momento, mientras con una mano sujetaba y zarandeaba violentamente al chico, con la otra le soltó un tremendo golpe en la cara con el puño cerrado que le hizo sangrar por la nariz.

Rosa chilló tirándole del brazo para soltarlo, pero él continuaba agarrándolo con fuerza y pegándole.

—¡¡Por Dios, Damián!! ¡¡Por Dios!! ¡¡¡Deja al niño, que lo vas a matar!!!

Rosa tiraba y tiraba, y hasta pegaba a Damián con sus manos pequeñas, delgadas, endebles contra aquellos brazos fuertes, gruesos y llenos de ira de su marido.

—¡¡Suelta al niño!! ¡¡Suelta al niño!! —gritaba aterrorizada.

Y Damián bajaba el puño una y otra vez, siempre en la cara, en toda la cabeza.

Fue un vecino quien puso fin a la paliza.

Cuando lo soltó, Ramón cayó al suelo a plomo, lleno de sangre no se sabía muy bien de dónde: de la nariz, las cejas, el labio... Todos los gritos eran de Rosa, desconsolada, apretando a su hijo contra el pecho.

—¡¡Lo has matado!! ¡¡Lo has matado!! ¡¡Me has matado al niño!! ¡¡Me

has matado al niño!! —chillaba acunándolo contra ella en el suelo, con la ropa nueva con la que había llegado de la calle toda ensangrentada.

—¡¡No está muerto, no!! ¡¡Y así aprenderá a hacer las cosas como es de ley!!

Los vecinos fueron saliendo, despidiéndose por lo bajo. Rosa a duras penas puso en pie a Ramón semiinconsciente y lo llevó al baño para limpiarle las heridas y recoger los daños de aquel destrozo en la sala lo antes posible. En la casa se hizo el silencio.

La sangre se lava, el dolor pasa, las heridas cierran y sanan, pero el miedo no se lo lleva un poco de agua oxigenada. El miedo se queda, crece como la hiedra enraizando en las paredes del cuerpo, ocupándolo todo como una hierba venenosa, ahogando el sitio para otros sentimientos y el aire para gritar y deshacerse de él. Porque el miedo hay que gritarlo. Echarlo fuera gritando fuerte desde el fondo de los pulmones, plantándole cara.

Rosa era puro miedo. En su interior no había otra cosa. Todo era miedo desde hacía ya muchos años. Pero en aquel mismo baño en el que ahora lloraba tragándose los sollozos para no ser oída, allí mismo, días antes, cuando limpiaba la sangre de Ramón, había sentido cómo le nacía en el esternón la furia más profunda. Lloraba, sí, porque le dolía, pero a diferencia de otras veces, en esta ocasión iba a reaccionar. Iba a gritar fuerte el miedo y a espantarlo fuera del cuerpo, porque simplemente aquello dolía más de lo que cualquier ser humano puede soportar. Había asimilado el desprecio, los desaires y las humillaciones como parte de la rutina de su vida, pero ahora ya no era ella sola quien sufría, era su hijo, a quien creyó muerto por un instante, y eso, eso había despertado a la mujer que dormía amedrentada en su interior. En aquellos días se había encerrado muchas veces en el baño para llorar; lloraba lágrimas nuevas cargadas de fuerza para enfrentarse a su marido, porque no podía evitar pensar que de haberlo hecho hace años él nunca le hubiera puesto la mano encima al chico. Se sentía culpable de no haberle

puesto freno, de dejarse ir y abandonarse a su dominio. Lloraba y se desahogaba, pero sobre todo se arrancaba el miedo del cuerpo, porque ya todos los límites se habían sobrepasado.

Ramón se pasó tres días sin salir de casa. La nariz se le había hinchado, seguramente estaba rota, pero como había dicho su madre, era de esas fracturas que curan solas, como cuando se rompen las costillas. Poco se podía hacer. En el ojo derecho tenía un derrame que teñía de sangre todo lo blanco, y estaba muy hinchado también. El labio estaba partido, y en el oído derecho sintió durante casi una semana un zumbido, día y noche, que casi lo vuelve loco. La hinchazón lo había desfigurado, pero fue lo que menos duró. Fue mucho más largo y escandaloso lo de los moratones, que duraron una eternidad cambiando de color en la gama de los violetas, morados, marrones, hasta los amarillos. Fueron degradándose acelerados por un unguento preparado por su madre que se untó frecuentemente y que tenía como principal ingrediente el vinagre, que «se come la sangre», decía ella. Rosa se desvivía por cuidarlo, presa de su sentimiento irracional de culpa.

Roberto lo había ido a visitar en la víspera de su viaje a Argentina.

—No vayas a venir con Nuria, ¿eh? No quiero que me vea así —le había dicho por teléfono.

Así que fue solo, pese a que la joven había insistido e insistido en acompañarlo.

Realmente se quedó espantado cuando lo vio.

—¡Caray, Ramón! ¿Cómo te ha hecho esto?

El chaval se encogió de hombros y Roberto lo apretó fuerte. Le sentó muy bien aquel abrazo sincero e inesperado.

Damián pegaba a los chavales desde siempre, como casi todo el mundo. No era tan raro en aquellos tiempos que un padre pegase a sus hijos. No todos eran tan modernos como los padres de Roberto. Pero aun estando los manotazos a la orden del día, Ramón era consciente desde hacía algún tiempo que lo de su padre era diferente. En alguna ocasión se le iba la mano y los golpes le hacían sangrar la nariz, o le dejaban un zumbido en el oído que duraba días. Y no era solo eso, era el miedo, las palabras malsonantes, los gritos, las contestaciones agresivas a diario y por cualquier cosa. Aquella casa se movía por el miedo, todo su engranaje giraba en torno a él. Cada cosa que su padre quería se convertía en una orden para todos, por las buenas o por las malas.

Y de todas, la peor parte era para Rosa.

Ramón también había comenzado a darle vueltas desde hacía un tiempo a lo de su madre. No era bien tratada por nadie. Era casi como una esclava para todos. Su padre le hacía continuos desprecios y a base de tratarla como si fuese tonta y no tuviese opinión ni inteligencia, todos terminaron por aprovecharse de ella, que había asumido su situación y nunca se quejaba. Era cómodo tener una esclava. Cómodo para todos, también para él, debía reconocerlo.

Ramón sabía que no todas las mujeres vivían así. Lo sabía desde hacía tiempo, pero no hay peor ciego que el que no quiere ver. Durante años había escuchado en su casa que la madre de Roberto era una hippy forrada de dinero. «Es muy fácil ser hippy cuando tienes un padre millonario», había dicho mil veces Damián. Pero realmente Ramón observaba que la casa de su amigo era muy diferente. No había gritos continuamente, no había sobresaltos ni malas contestaciones en el momento menos esperado, no había

golpes, no se vivía con el corazón en un puño. Había otra educación y otro comportamiento.

Pero tampoco llegaba a comprender del todo la actitud de su madre. Aquella pasividad extrema. Aquel dejar que todos mandasen, ordenasen, pidiesen. Aquel buscar continuamente excusas para no revelarse. Porque algunas veces la oían lamentarse de su suerte, pero siempre para excusarse con las razones por las que seguía allí, las fuerzas que la retenían y la esclavizaban: la falta de dinero, los hijos, no tener adónde ir. En ocasiones incluso decía cosas que dolían: «Si no hubierais nacido todos vosotros, yo hoy no estaría aquí, aguantando esto». Excusas. Fuertes excusas. Tan fuertes que la retenían allí, viviendo sin vida. Y todo aquello tampoco jugaba a su favor para que los hijos la ayudasen, porque, a sus ojos, le faltaban ganas de salir. Si de verdad era tan duro para ella, pensaba a veces Ramón, ninguna excusa valdría. Si de verdad quieres algo, luchas por conseguirlo. Pero Rosa no luchaba, se dejaba ir. Se lamentaba de vez en cuando, se excusaba a diario y se dolía de su suerte porque estaba falta de fuerzas para hacerlo. Ya no creía en sí misma. Y así fue pasando el tiempo sin que nadie de la casa la ayudase. Por eso hoy las cosas estaban como estaban.

La visita de Roberto era reconfortante y sanadora.

—Ayer me vino a ver las heridas... —dijo en bajo Ramón.

—¿Quién? —preguntó Roberto.

—Mi padre. Estos días casi no he salido de mi cuarto, solo para ir a comer y a cenar, porque nos quiere a todos en la mesa, ya sabes, pero yo no estoy muy hablador, Roberto. ¡Es todo una mierda! Ayer entró en mi habitación. Yo estaba tirado sobre la cama. Me paso así horas, pensando; ni siquiera estaba leyendo un tebeo, ni haciendo nada; estaba mirando el techo,



pensando. Entró y se sentó en la cama a mi lado. Me puse firme como una roca e intenté levantarme, pero me sujetó con cuidado y me dijo que me dejase estar. Me preguntó si estaba bien, si tenía dolor...

—Estará arrepentido.

—No, Roberto, no. Aquí las cosas solo pueden ir a peor. No va a cambiar. Nunca. —Lo miró a los ojos—. Pensé mucho, ¿sabes? —Bajó la vista de nuevo—. Mucho. Y aquí no va a cambiar nada. Me pegó como a un animal. Yo ni me defendí porque es mi padre. ¿Cómo le iba a pegar yo a mi padre? No pude hacerlo ni para defenderme, así que dejé que me diese golpes hasta que se cansó. Hasta que descargó todo el enfado del televisor en mí. Pero él sí que era capaz de pegarme. Me golpeó tanto, Roberto, no lo puedes imaginar. No sé cuánto tiempo fue, se me hizo eterno, hasta dejó de dolerme. Solo sentía calor, no sé si era de la sangre que me resbalaba. Sentía calor y los gritos de mi madre, que oía muy lejos, aunque estaba a mi lado.

A Ramón le resbalaban las lágrimas por las mejillas, a Roberto también.

—¿Y ahora qué?

—Ahora nada. —Ramón continuó hablando, secándose las lágrimas con voz firme y decidida—. Hay que cambiar las cosas, pero bien, para siempre, no hacer un apaño de dos días para que vuelva a las mismas. Voy a buscar un trabajo. Quiero trabajar y llevar a mi madre conmigo y que ella también busque trabajo, que no es tonta y puede trabajar, y llevarme también a mis hermanos. Que se quede solo como un perro. Pero hay que hacerlo bien. No me importa esperar. Aprenderé un oficio, con un par de años de aprendiz será suficiente, y después a trabajar, y a cambiar esta mierda para siempre.

Era duro escuchar a Ramón, parecía que había madurado veinte años de pronto. No era el adolescente dicharachero de siempre, este era otro. Un hombre.

En realidad, los dos habían madurado mucho en aquellos días, y en ambos

casos había sido por las bravas: uno por la brutalidad de encontrarse de frente a la muerte del abuelo, y el otro por la brutalidad de encontrarse de frente con la realidad por la que se había dejado avasallar.

Estuvieron juntos una hora en la que charlaron, compartieron estados de ánimo y se ayudaron mutuamente. Nuria también salió en la conversación. La verdad es que salía en todas las conversaciones de Roberto, todo iba siempre a terminar en ella porque su mente permanentemente giraba sobre su novia. Es lo que tiene el amor. A Ramón le vendría bien tener un amor en aquel momento, también lo pensó.

Y después de toda la conversación sanadora, Roberto decidió marcharse. Se levantó de la silla en la que estaba sentado allí, en el cuarto de su amigo, pero antes de poder dar un paso, Ramón lo agarró por el brazo y lo obligó a sentarse de nuevo.

—Hay una cosa más...

—Pues si no es muy urgente, tendrá que quedar para otro día, tengo que irme. Mañana nos marchamos temprano.

—Quédate un segundo, por favor. —Ramón tenía un semblante serio.

—¿Qué pasa?

—Hay algo que tienes que saber. En estos días he pensado mucho sobre qué hacer, incluso si dejarlo correr y no hacer nada, pero creo que debes saberlo. Y creo también que eres una persona responsable que puede con esto.

Roberto se preocupó.

—¿Qué pasa? Ya estamos hablando de otra cosa, ¿no? ¿De qué? ¿Tiene que ver con la caja?

A Ramón le sorprendió aquella respuesta. Roberto continuó hablando:

—Sé que la tienes tú, por lo menos lo sospecho muy firmemente. Primero me tragué de verdad que podían haberla robado, pero luego lo analicé en

profundidad y no puede ser. No estaba forzado el candado de la puerta, ¿y quién más iba a saber de ella? ¿O quién iba a buscar allí nada de valor? Creo que la tienes tú y creo que dentro no había dinero. Y yo también confío en ti y también sé que eres una persona responsable.

Ramón se sorprendió de la entereza de su amigo y de que no le hubiera dicho nada antes. Entendió que su bienestar tras la paliza le preocupaba más que ninguna otra cosa, y valoró mucho aquel gesto adulto y generoso de Roberto.

—Sí. Yo cogí la caja y no tenía dinero dentro. Cuando explotó el televisor la tenía delante, aquí, en este cuarto, sentado en el suelo, ahí mismo. — Señaló detrás de la cama—. Y cuando la abrí y vi lo que guardaba, me olvidé del mundo y se me quedó el televisor encendido sin el estabilizador puesto, y todo reventó. Esa fue la última vez que las vi, porque son dos, ¿sabes? Dos cajas idénticas, una de tu abuelo y la otra de mi abuela. Carmen y Anselmo, que se querían. Y yo ya no las tengo.

El mismo día que Roberto se marchó con su madre a Argentina, Ana se trasladó a vivir temporalmente al nuevo apartamento de su padre. Fue ella quien lo quiso así. Sus padres habían acordado que Antonio sería quien regresara de nuevo a la casa aquellos días, pero Ana no había aceptado. Dijo no, en un gesto que intentó que fuese cariñoso para él. Era como decirle: «Acepto la nueva situación, acepto que tienes otra casa y ahora soy yo la que voy allí, y no pasa nada». Lo hizo como un signo de normalidad, y así lo recibió Antonio. De hecho, el piso no era un piso de soltero o de separado, era un piso muy grande para él solo, con sitio para los chicos, que formaban parte imprescindible de su vida, casado o separado, y muy cerca de la casa en la que vivían para poder atenderlos sin demora cada vez que lo necesitasen. Para él no era fácil irse, de hecho era lo más duro de todo, pero tenía la complicidad de Lola para explicarles a los niños, y dejarles bien claro, que el amor por ellos no había cambiado ni un ápice.

El avión partía muy temprano por la mañana desde el aeropuerto de Lavacolla, en Santiago de Compostela, y no era directo, hacía escala en Madrid para seguir hasta Buenos Aires. Salieron a las seis y media de la mañana en el coche, conducido por Antonio, que los había ido a recoger a casa. El trayecto había resultado entretenido. No habían parado de hablar, como siempre. Parecían cualquier familia normal; viéndolos, nadie podría sospechar que aquellos padres no estaban juntos. Roberto y Lola estaban

entregados a la conversación como distracción de la preocupación del viaje transoceánico y de tantas horas de avión. No es que le tuviesen miedo, pero sí les producía cierta intranquilidad. En la conversación, por supuesto, había salido el estado de salud de Ramón. Roberto relató lo acontecido, la explosión, la paliza, las heridas y sobre todo el estado de ánimo de su amigo, la sensación de que había madurado de pronto, de que era otra persona.

Lola se echó las manos a la cabeza. Culpó a Damián de haberse convertido en un animal y sintió lástima por Rosa, con la que llegaba de tomar el café aquella misma tarde en la que sucedió la explosión, y esperó que aquel incidente fuese definitivamente la gota que desbordase el vaso para decir basta. «Ninguna mujer puede consentir que la traten así, ni golpes, ni desprecio ni control, que es tan dañino como las palizas; Rosa ya no recuerda quién era, ese es el problema.»

Pero de todos, Ana era la más impactada. No tenía ni idea de que las cosas habían sido tan graves y ya no pudo apartar el pensamiento de Ramón, ni durante la espera en el aeropuerto ni en el viaje de regreso con su padre. Por eso tan pronto se instaló en el piso, deshizo las maletas y colocó todo ordenadamente en el armario. Decidió pasar por su casa y coger un par de tebeos que le servirían de excusa para volver a verlo.

El amor tiene muchas caras. Es el más intenso de los sentimientos para lo bueno y para lo malo, porque los amores no correspondidos hieren y rompen el corazón. Ana ya no recordaba cuándo había comenzado a enamorarse de Ramón, pero hacía mucho. Siendo aún una niña ya se moría por sus visitas, siempre alegres, siempre con ojos para ella. Pero al hacerse mayor comprendió perfectamente que para Ramón solo era la simpática hermana pequeña de su mejor amigo. Nada más. Vio cómo, una tras otra, muchas

chicas del instituto caían en sus brazos; vio los besos furtivos escondidos en el patio del colegio, y cómo las llevaba de la mano y del hombro. Lo vio también salir colorado de la cabaña, ahogado de calores que no se correspondían con la temperatura del día, sino más bien con las faldas y las blusas arrugadas de aquellas chicas que entraban con él. Todo aquello la desgarraba por dentro. Además, no pudo dejar de notar en los últimos días algo realmente doloroso. O mucho se equivocaba, o Ramón amaba calladamente a Nuria. Ana se había acostumbrado a observarlo de lejos, a mirarlo sin ser vista, apreciando sus movimientos que ya conocía bien. Sabía cómo se comportaba cuando estaba nervioso, cuando se pavoneaba cortejando a alguna chica, cuando estaba feliz y eufórico y era el centro de atención, cuando se sentía entristecido y quería pasar desapercibido. Había aprendido todos sus gestos, siempre desde la sombra, como la enamorada sin posibilidades que era. Y por eso conocía perfectamente cómo miraba a Nuria, porque lo hacía exactamente igual a como ella lo miraba a él. Sin ser visto, desde la sombra, acechándola y disfrutando de cada movimiento, cada respiración suya, como un enamorado sin posibilidades de conseguir aquel amor o, si las tenía, renunciando a ellas porque era la novia de su mejor amigo.

Ana nunca lo había visto comportarse así, amando. Solo lo había visto persiguiendo y consiguiendo mujeres, pero en todo aquello muy dudosamente mediaba nunca el amor. Por eso le fastidiaba y le dolía, porque le habría gustado que la hubiese mirado así a ella, que lo quería tanto.

Pero ahora lo que importaba era su estado de salud física y mental, por ese motivo lo fue a ver, con la excusa de prestarle aquellos dos tebeos nuevos. Se plantó delante de la casa y con decisión llamó al timbre y esperó a que le

abrieran. En el umbral apareció Ramón y la única reacción al verlo herido y enfermo fue lanzarse a sus brazos y darle un inmenso abrazo lleno de amor y dolor. Un abrazo que a Ramón le resultó conmovedor. En otras circunstancias lo único que hubiera sentido sería el tacto de sus pechos duros contra él, pero en esta ocasión sintió una descarga de cariño y amistad. Cuando se separó, a Ana le resbalaba una lágrima por la mejilla que Ramón limpió con el dedo pulgar.

—Todo está bien, Ana, estoy bien.

Ana forzó una sonrisa.

—Te traigo unos tebeos, pero en realidad era solo una excusa para ver cómo estabas.

—Estoy bien, de verdad. ¿Roberto ya se ha ido?

—Sí. Lo fuimos a llevar al aeropuerto. El avión salió en hora, deben de estar ya volando desde Madrid a Buenos Aires; llamarán al llegar.

—Pasa. ¿Quieres quedarte un rato?

Y Ana dijo que sí.

Pasó allí la tarde, acompañándolo, gozando de su cercanía, de tenerlo solo para ella, de su sonrisa y de todas las palabras, pero no dejó de sentir que para él era la hermana pequeña de su mejor amigo.

Primero miró en la iglesia, pero allí no estaba. Revisó las dos pequeñas capillas laterales y metió la cabeza por la puerta entreabierta de la sacristía. Nada. Así que se dirigió a la casa rectoral, donde vivía el párroco. Igual no era buena idea hablar con don César, pero Ramón precisaba entender. Había mil preguntas que le rondaban la cabeza. Hasta llegó a pensar que su padre podría ser hijo de Anselmo, pero lo descartó porque las fechas no parecían cuadrar.

La desaparición de las cajas tenía que ser cosa de su padre. Sabía que no había sido su madre, porque de haber sido ella estaba seguro que habría hablado abiertamente con su hijo después de compartir aquel secreto. Lo más probable es que también se quedara al margen de esto, como de todo. La vieja Carmen y Damián eran las posibilidades más firmes. Había podido ser que la abuela se encontrara las cajas y se las llevara, de hecho para ella eran un poderoso recuerdo de juventud, precisamente lo que ahora tenía más fresco en aquella revenida memoria. Pudo llevárselas y guardarlas. Eso explicaría que su caja se encontrara ahora donde siempre, en el tercer cajón de la cómoda, bajo los camisones. Ramón había comprobado que estaba de nuevo en su sitio. De la otra no había rastro. Podía habérsela llevado a la calle y perdido por ahí. Lo que era seguro era que no estaba en casa. El nieto la buscó a conciencia y no la encontró. No podía explicarlo, pero estaba



convencido de que había sido su padre quien la había cogido después de la explosión, mientras su madre le limpiaba la sangre de la cara en el baño.

La casa rectoral estaba pegada a la iglesia. Solo había que seguir el muro que la rodeaba y allí estaba. Había una mujer que se ocupaba de ella: limpieza, comida y huerta incluida. Se llamaba Felisa, pero no vivía allí. «Solo faltaría», pensó Ramón, y sonrió ante su propia ocurrencia. La mujer no vivía con el cura, pero pasaba allí casi todo el día porque no tenía más vida que la rectoral y la iglesia, así que probablemente al llamar a la puerta con la aldaba saldría ella. Pero no fue así. Apareció en persona don César, que visiblemente se sobresaltó al ver el aspecto amoratado de Ramón.

Lo mandó pasar apurado y lo besó en la frente al entrar. El cura siempre había estado cerca de la familia. Tenía buena relación con Carmen y con Rosa, prácticamente debía de ser de la edad del viejo Anselmo y algo mayor que Carmen, pero estaba mucho mejor conservado física y mentalmente que ella.

No tuvo que preguntarle qué había pasado porque a buen seguro que no habían faltado beatas informantes de la explosión y de la represalia de Damián con el culpable del destrozo. Los dos habían sido temas sonados. Lo llevó a la cocina en vez de al salón y lo invitó a sentarse en una silla delante de una mesa con un mantel de hule a cuadros verdes y blancos sobre el que lucía un frutero de cristal amarillo lleno de fruta. Sacó de un chinero una botella de vino Sansón, cogió en la despensa un plato con bizcocho y lo puso en la mesa con dos pequeñas copitas. No comenzó a hablar hasta que hubo terminado aquel ritual hospitalario.

—¿Vienes a hablar de tu padre? —dijo el cura sin rodeos—. Sé que desde que hiciste la confirmación no vienes demasiado por aquí, solo de vez en cuando y supongo que obligado por tu madre. No te lo echo en cara, es bastante habitual que a tu edad os sintáis un poco dispersos, con la cabeza en

otras cosas, pero yo siempre estaré aquí para recibirte, y me gusta que acudas a mí para buscar consejo y alivio. Él también vino por aquí, ¿sabes? Hace unos días. No está precisamente contento de lo que hizo, debes saber que a él también le duele.

Ramón no iba a hablar de aquello, no tenía la más mínima intención de hablar con el cura de lo que pasaba en su casa. Eso quedaba en el ámbito de lo privado. Su madre iba a veces a donde el párroco para buscar alivio y consejo. Llevaba años yendo, antes con más frecuencia que ahora, pero fue durante años para oír siempre lo mismo: que había que aguantar, que una se casa para toda la vida, que él cambiaría, que la quería y eso era lo importante, que había que atender a la familia y deberse a ella. Bien sabía Ramón que su madre iba por allí cuando la realidad se hacía muy insoportable, pero de lo que no tenía idea era de que su padre también hablaba con el párroco. Le pareció increíble, nunca se lo había oído contar, nunca había hecho ninguna referencia a ir a la iglesia fuera de las misas ineludibles como la de la patrona y los domingos, cuando Rosa lo obligaba a ir a base de mucho insistir, pero no sabía que en otras ocasiones iba por propia iniciativa. Aquel dato acaparó toda la atención del chico.

—¿Mi padre viene a hablar con usted?

Don César explotó en una sonora carcajada.

—Te sorprenderías de cuánta gente viene por aquí, y de quién viene. Cuando pica mucho la conciencia, el cuerpo no calma y hay que buscar alivio espiritual porque uno puede llegar a enfermar.

Ramón oyó aquello y se inflamó de rabia con el recuerdo.

—Él no tiene conciencia. Me pegó como un animal. Como si fuese un espurio, no su hijo, que algo le debía de doler. ¡Me reventó la cara! —Ramón gesticulaba mostrando las heridas y acercándose al cura—. Se me llenaron los ojos de sangre y hasta dejé de ver, y el zumbido de los golpes en los oídos

tampoco me dejaba oír. Sentía calor... —Calló en una pequeña pausa—. Y que no terminaba nunca. No fui capaz de defenderme porque era mi padre, pero a él no le importó darme una paliza. No tiene más que mirarme. ¡Mire cómo estoy aún! ¿Y ahora él viene a buscar alivio?

—¡Lo sé! Sé bien que es un hombre impulsivo y se descontrola, pero tienes que pensar en el estado en el que se encontraba con el susto de la explosión que dejó la casa medio reventada...

El chico lo miró serio y sereno.

—¡Le estoy diciendo que me pegó como un animal! Y no me defendí porque no era capaz de golpear a mi propio padre. Aguanté sin resistirme, pero él siguió bajando el puño mil veces más. La tele explotó, sí. ¿Y cree usted que por eso se pega así a un hijo?

—Hay gente que tiene muy mal pronto. Se pasó, sí. Claro que sí, no te lo voy a negar. Bien que se lo dije, pero te aseguro que está arrepentido.

Aquellas palabras exculpatorias enfadaron aún más al chaval.

—¿Y quiere que haga como si nada? ¿Y si vuelve a pasar y la siguiente paliza es a mis hermanos, o a mi madre con cualquier excusa, por quemar la leche, por llegar tarde, porque no se hacen las cosas como él ordena? Entonces ¿qué hacemos? ¿Seguimos haciendo como si nada hasta que nos mate?

—¡No va a matar a nadie, qué chorrada! ¡Tienes que perdonarle!

—¡No tengo que perdonarle! —chilló indignado—. Ni que olvidar lo que pasó.

—No me gusta nada lo que dices, Ramón. No pareces el niño que yo enseñé durante tantos años de catecismo, de acompañaros en casa. El perdón no se le niega nunca a nadie. El corazón que no perdona se mustia con la rabia.

Ramón se puso en pie, cogió la copa del vino dulce y se la bebió de un

trago sintiendo cómo bajaba caliente por la garganta. A él siempre le picó un poco en el esternón aquel vino que bebían curas, enfermos, viejas y niños. Muchas veces se lo había dado su abuela Carmen cuando los catarros del invierno, o cuando estaba demasiado delgado, para alimentarlo acompañado de un pedazo de bizcocho. Y siempre le causó esa misma sensación de quemazón en el esternón y calor en el cuerpo que sentía ahora.

El cura lo contempló sentado, con una sonrisa, interpretando aquel gesto de bajarse de un soplo el vino como si devorase con él la rabia que traía. La rabia no es buena, carcome a las personas. Él había visto hombres hechos y derechos consumirse víctimas de ella, sobre todo durante aquellos tiempos tan duros que habían pasado en la guerra, en la posguerra tan larga, cuando todos desconfiaban de todos y cualquiera escondía secretos que ocultaban por seguridad pero que les enlodaban el alma. Heridas que nunca cierran por los muertos de una reyerta injusta, miserable y mezquina en la que vecinos puerta con puerta peleaban entre ellos y se acusaban encubiertamente. Rabia que llevaba a venganzas, y venganzas que abrían heridas frescas de rabia nueva. Y así se destruyeron generaciones enteras.

Don César conocía aquel sentimiento que no quería para Ramón. Por eso le había dicho todo aquello que en realidad no pensaba del todo. Damián merecía un escarmiento, y la promesa de un infierno para los malos actos no era suficiente; merecía un escarmiento real e inmediato que hiciese que volviera a ser como el niño que había sido.

Lo recordaba bien.

Un niño demasiado rubio, como su padre, que casi parecía de un país del norte de Europa. Alegre, cantarín, amable y extremadamente cuidadoso de su madre, a la que quería más que a su propia vida. Lo recordaba así durante

toda la infancia y la adolescencia. Ni siquiera en ese período hormonal convulso había sido un chico revoltoso o de difícil trato, como tantos otros. Él no. Su cambio vino después, ya de adulto, joven pero adulto, antes de conocer a Rosa. Comenzó a comportarse de otra manera, un cambio evidente, y él sabía bien qué era lo que lo roía por dentro: la rabia. También con él había acabado, lo había transformado en otro ser, en el que era hoy en día ya totalmente embarrado de su propia rabia interior.

Y así pensaba don César cuando Ramón, en vez de despedirse y marcharse, se sentó de nuevo.

—Yo no he venido por eso.

—¿Qué quieres decir? —Don César estaba sorprendido de aquel cambio y de aquella fuerza repentina después de verlo tan hundido minutos antes.

—Yo he venido para preguntarle por mi abuela Carmen.

El cura cambió su gesto, tensó la expresión, y después hizo un esfuerzo por suavizarlo para hablar con voz calmada:

—Carmen, pobre... No tiene todo el sentido. Es una enfermedad del demonio eso de la demencia, muy dura, sobre todo para la familia, porque ella, la pobre, ya ni sabe muy bien quién es ni qué le pasa. Nadie está libre de ella, pero la verdad es que le avanza muy rápido. Hay que ver cómo perdió el sentido en un par de años. Tenéis que tener paciencia con ella, Ramón, porque de salud se ve bien, puede durar muchos años así. Hay que ser pacientes y cuidarla, como ella cuidó de vosotros y de tu padre. Fue siempre una mujer entregada a su familia. Y eso es lo que importa, que fue una buena madre, esposa y abuela, tiró por la vida y por todos vosotros en los tiempos más duros, así que ahora hay que acompañarla en estos años difíciles, aunque le falte la memoria de quien fue.

Ramón lo miraba sin pestañear. Realmente don César tenía habilidad para llevar las conversaciones a su terreno, para hacer un sermón de cualquier cosa. Pero el chaval no había dado el paso de ir a hablar con él para quedarse con aquella reflexión en alto de lo que ya todos sabían.

Así que insistió:

—No he venido tampoco para hablar de la memoria de mi abuela. O sí, en cierto modo sí. Leí una carta. La contestación de mi abuela a la carta que Anselmo le envió a través de usted. Una carta de amor entre ellos dos estando él casado. Y ahora sé lo que pasó y quiero entenderlo, saber por qué llegaron a eso que nunca sería capaz de imaginar de ella. Creo que tengo derecho a saber, pero ya no se lo puedo preguntar. Y usted lo sabe todo, porque en la misma carta dice mi abuela que se lo contó. Así que a falta de ella, vengo para que usted me cuente lo que sabe.

Don César se levantó de la mesa, arrastrando la silla con un fuerte estruendo. Estaba visiblemente molesto por aquella reclamación del chaval, que venía a agitar el pasado.

—No sé nada de esa carta. No sé de qué me hablas. Va a ser mejor que te marches ya. Tengo que decir la misa de las siete.

—No me mienta, sí que lo sabe, lo dice la carta, está escrito. Que mi abuela se lo contó en secreto de confesión, y que le llegó a usted la carta de Anselmo e hizo de correo entre los dos.

—Yo no leí esa carta de la que hablas. Deja que las cosas sigan como están. Anselmo ha muerto y tu abuela ya no tiene memoria de lo que pasó. ¿A qué viene esto ahora? Deja reposar el pasado.

Aquella era su manera de confirmarle que todo era cierto, pero que no quería hablar del asunto. El cura invitó de nuevo a Ramón a salir y lo cogió del brazo tirando de él fuera de la cocina hacia la puerta de la entrada, sin brusquedad pero con firmeza. El chaval se revolvía y pedía insistentemente

una respuesta mejor que no hubo. Y entonces desde el pasillo vio a través de la puerta del salón, donde el cura no lo había hecho pasar al entrar, algo que llamó su atención. Allí, en la estantería de un mueble de madera de nogal, estaba la caja.

Ramón se soltó de don César, que seguía tirando de él, y se fue derecho y en silencio hacia la caja. La cogió en la mano. La levantó hasta la altura de los ojos, la giró, la revisó. Sin duda era la que faltaba. Observó que la cerradura no tenía la llave pasada, la abrió y de nuevo el espejo interior le devolvió su propia imagen asombrada, pero esta vez llena de marcas de golpes, y allí, en el terciopelo que recubría el fondo, estaba la carta.

La cerró de nuevo y se volvió hacia don César mirándolo firmemente. El viejo permanecía en la entrada del salón con aspecto avergonzado.

Ramón hizo un gesto con la caja para que le explicara qué hacía allí.

—Por eso me pasó a la cocina, para que no viese esto. No esperaba que yo viniese y la dejé a la vista en el salón. Si entraba ahora, aquí la iba a encontrar.

El cura, abatido, suspiró y se dejó caer en una butaca, mientras el chaval, de pie, esperaba por fin una explicación a todo aquello.

—Hace años, muchos ya, llegó por la puerta un chico espabilado como tú, en una actitud bastante arrogante, como la tuya. Buen chaval, también como tú, y demandándome algo parecido a lo que hoy vienes a pedirme. Que le hablase de Carmen, de lo que sabía de aquel asunto que ya por entonces era viejo, y en la mano traía una carta internacional, de esas de sobre blanco con borde de rayas rojas y azules. Una carta «por avión» con matasellos de Argentina. La que hay en esa caja que tienes en la mano muy probablemente tiene matasellos de España y es contestación de aquella otra.

—¿Cómo que un chaval le preguntó por la carta? ¿Quién?

—El mismo que hace unos días me trajo esta caja. Tantos años después,

cuando yo había pensado que ya había muerto aquella historia, todo vuelve a reaparecer otra vez, y sin comerlo ni beberlo, vuelvo a estar en el centro del huracán. Maldita la hora en la que llegó aquella carta de Anselmo a la rectoral.

Ramón lo interrumpió.

—¡Mi padre!

—Sí, Damián. Pocos más años tenía que tú ahora cuando encontró la caja de Carmen y dentro la carta que Anselmo me escribió con un sobre dentro de otro, unas letras en las que me pedía que no abriese el segundo sobre y que se lo entregase a ella. En mala hora lo hice. Cuando tu padre encontró la carta ya era vieja. Había sido escrita antes de que naciera, pero siempre pensé que lo que descubrió fue demasiado peso para un hijo tan cuidadoso y amante de su madre. Damián adoraba a Carmen y sé que sigue adorándola, pero aquello fue un mazazo para él. Recuerdo todo como si hubiese sido hoy. Vino aquí fuera de sí, no parecía el adorable chico que era. Chilló, lloró, me amenazó y hasta me zarandéo pidiéndome que le explicase, que le contase lo que había pasado en Argentina, donde nadie sabía que Carmen había estado. Pero yo poco podía decirle. El secreto de confesión es sagrado. No podía por entonces, ni puedo ahora, revelar lo que ella me confesó. Damián se enfadó, agitó la carta en la mano y me pedía una y otra vez que le explicase qué historia había habido entre ella y aquel hombre que él nunca había visto, del que nunca había oído hablar y que sin duda tenía un pasado oscuro con ella. Llegó a ponerse algo violento, aunque solo verbalmente, pero tuve que echarlo de aquí. En todo aquello yo lo único que hice fue cumplir con mi deber cristiano de escucharla en secreto de confesión, y mi único error fue atender las súplicas de Anselmo para que le entregase la carta, que me aseguró y juró que era la última, que no habría más y que únicamente quería despedirse y saber de ella tras su regreso, del que ya había pasado un año sin



noticias. Y lo cumplió. Yo no tuve más que ver, y lo que sé no lo puedo contar, ni antes ni ahora, por ser secreto de confesión. En aquella ocasión, le dije a tu padre que solo ella lo podía explicar todo y que no debía hacerla pasar por ese mal trago, tantos años después de que la historia hubiera terminado. Hoy ya no hay posibilidad de que ella te cuente nada, Ramón, y las cosas están bien así. Con Anselmo y con la memoria de Carmen debe morir también esta historia. ¿Para qué revolver, Ramón? ¿Para qué? Deja que las cosas mueran, ellos mismos las enterraron hace muchos años.

El joven escuchaba atentamente todo aquel mundo extraño, lleno de mentiras y secretos que estaba descubriendo.

—Pero ¿usted sabe si ahora estaban juntos otra vez? Yo creo que sí. ¿Y sabe si ella ya no quería a Anselmo? Porque yo también creo que sí. Creo que es de los escasos recuerdos que conserva. Por eso fue a besarlo a su velatorio. Para despedirse.

El viejo hizo un gesto de negación, no por negar las tesis de Ramón, sino porque no aprobaba toda aquella absurda investigación de algo que de saberse sería para callarlo nuevamente.

El chaval posó la caja donde estaba y enfiló la puerta dejando al párroco allí sentado en la butaca. Pero antes de salir de la sala, ya delante de la puerta, se volvió e hizo la última pregunta:

—¿Y mi padre habló con ella?

—Sí. Y no debería haberlo hecho. La verdad lo llenó de rabia, y la rabia le arruinó la vida. No cometas tú el mismo error.

Nadie puede juzgar a otra persona. Nadie puede entender las decisiones, el comportamiento, el pensamiento de otro. Nadie puede criticarlo, ni censurarlo sin estar en su piel, sin haber vivido su pasado y su presente. Porque todos tenemos dentro normas, una guía que nos dirige seamos o no conscientes de ello. Porque cada vez que elegimos, cada vez que decidimos, hay un mundo de fantasmas ocultos que hablan y deciden por nosotros. Que nos marcan lo que debemos hacer. Que distinguen entre lo esperado, lo útil, lo respetado, lo recomendado, lo digno, lo recto y una larga lista de adjetivos para discernir entre lo que nos conviene y lo que no nos conviene en la vida.

Nuria era dulce, sensible, lista, inteligente, segura, asentada. Todo eso aparentaba y todo eso era, pero había más, mucho más que pocos conocían y que algunos, de saberlo, lo criticarían severamente. Porque ella era también firme, sabía lo que quería y lo conseguía en cualquier terreno de la vida. No era sumisa, gobernaba el rumbo de su vida y tenía claro qué quería de ella. También en el amor, donde siempre se esperó de las mujeres una actitud pasiva en las formas. No estaba bien visto que una chica persiguiera a un chico, ni que le pidiera para salir, ni que besara la primera, ni que le pusiera las cosas fáciles. Era la decencia de la que tanto hablaba su padre. «Hay que ser decentes», decía. Las mujeres que no lo eran, no se casaban y no tenían futuro. Los hombres se aprovechaban de ellas, las cortejaban, satisfacían sus ansias sexuales y luego se marchaban a buscar a otra más decente que no

hiciese todo aquello con cualquiera, y a esa la escogían para casarse. Nuria vivía en un entorno represor, en el que oía estas cosas a diario desde muy pequeña. Con el tiempo había aprendido a sobrevivir a su manera entre tanta norma. Muchas veces salía de casa con una discreta falda de tablas por la rodilla y en la habitación de cualquier amiga se la cambiaba por una minifalda, o se remangaba en la cintura la que llevaba. Otras veces se quitaba la camiseta interior y dejaba a la vista las transparencias de la camisa, o se pintaba una gruesa raya en los ojos que borraba antes de volver a casa. Nada que no hicieran todas las demás, pero ella tenía que hacerlo a escondidas.

Eran tiempos extraños, revueltos. Convivían familias en las que todo era apertura y libertad, como la de Roberto, con otras represoras, repletas de rígidas normas de anticuada moral para los nuevos tiempos, como la de Nuria. Era el reflejo de la propia sociedad inmersa aún en los años secos de una dictadura recién terminada donde convivían los que se aferraban al régimen que estaba sufriendo los estertores de su final tras la muerte de Franco y los que se embarcaban en los sentimientos de liberación y libertad que otorgaban los nuevos tiempos con una incipiente democracia, que si bien aún no estaba asentada y corría el riesgo de durar dos días, prometía tiempos felices, nuevos, modernos y sin el olor a naftalina de todo lo que quedaba atrás entre los restos de la vieja dictadura conservada durante años ya sin fuerza ni respaldos.

Todo estaba mudando en muy pocos años. Habían pasado cosas que muchos nunca habrían esperado ver. Se legalizaron los partidos de izquierdas. Los comunistas, tantos años perseguidos y cazados, volvían del exilio y se instalaban de nuevo en España paseando entre los demás sin tener que esconder sus ideas. Había una Constitución, tan joven que solo tenía un año de vida, donde se permitían los partidos políticos, manifestarse libremente, donde se volvía a instaurar una monarquía y se sentaban las bases

de la democracia y de la convivencia en paz de todos. Y junto con aquellas hordas de gente que celebraban los cambios, que se abrían a la modernidad a pasos de gigante, estaban los otros, los que se resistían. Los que no querían perder privilegios y echaban en falta la mano firme del gobierno franquista e incluso de los militares. Y entre estas últimas se encontraba la familia de Nuria.

Eran «gente bien» de la de antes, no «progres» nuevos ricos de la emigración como Roberto, ni pobres de salario más que justo para vivir como Ramón. Ellos tenían «apellido» y larga tradición familiar de médicos, abogados, militares y gente de recta moral y dinero. Pero los tiempos habían cambiado. El dinero no era tan abundante como antes, cuando la fuerza del propio régimen pagaba favores contratando al bufete de abogados de su padre. Su madre, por supuesto, no trabajaba. Era una «señora» con trabajadoras en el hogar, sirvientas, que hacían con uniforme el trabajo que en la casa de Ramón era propio de Rosa sin remuneración ni consideración alguna. Y el dinero precisamente tenía mucho que ver en que el noviazgo con Roberto, que aún ignoraba el padre de Nuria, en cambio fuera bendecido en secreto por su madre, que si bien no le gustaban aquellos posibles suegros «hippies», sí le entusiasmaba la fortuna americana del viejo Anselmo y la amplísima cartera de clientes del bufete de Lola y Antonio.

—Ganan mucho dinero, y ya verás cuando salga la ley del divorcio... Esta gentuza, que no tiene moral cristiana, se va a forrar a pleitear en casos de divorcios. Todos los que nosotros no vamos a llevar en el bufete de tu padre, que ya sabes que es muy contrario a todo eso —decía su madre en las largas conversaciones con su hija en materia de lo que convenía y lo que no convenía en su futuro.

Pero aquella estricta moral para algunas cosas podía, en cambio, pasar por otros sacrificios, como casar a las hijas por conveniencia.

Entre toda aquella presión familiar, la realidad era que el amor de Nuria por Roberto había nacido de manera espontánea. Ella había ido observando las intenciones cada vez más claras del chico hacia ella. Lo que eran simples miradas esquivas fueron pasando a convertirse en miradas más abiertas e intensas, y en tiempo juntos, mucho tiempo juntos en el que se enteró de que era un encanto de amigo, y de sus hermosos ojos verdes como los de ella, y de su corazón limpio y entregado. Nuria se fue enamorando, latiendo cada vez más fuerte por su presencia y extrañando cada vez con más dolor sus ausencias. Hasta que llegó aquel día en el que quedaron como siempre, él se acercó más de lo habitual y cuando parecía que iba a hablar y ella esperaba que por fin le pidiese para salir, lo que hizo fue besarla y aquel beso selló el amor. Aunque después se lo pidió, como debe ser:

—¿Quieres salir conmigo?

Y ella contestó un simple:

—Sí.

Y volvieron a besarse. El primer beso de millones que vendrían, ya de novios.

Todo iba bien, todo era hermoso y natural, hasta los días del velatorio y el entierro del abuelo de Roberto, cuando pasó lo inexplicable, y Nuria, sin enterarse, comenzó a poner sus ojos en un chico en el que jamás se hubiera fijado, poco estudioso, pobre, chulo y mujeriego. Ramón.

Lo había visto mil veces en el instituto piropear a las chicas, muchas bebían los vientos por él. Tenía éxito con las mujeres, pero curiosamente nunca antes lo había mirado con otros ojos que no fueran los de simples compañeros de curso, que ni siquiera de clase. Sin embargo, aquellos días en los que Ramón desempeñó la tarea de acompañante de Nuria, que Roberto le había pedido, ella había tenido ocasión de descubrir a un Ramón que no conocía ni imaginaba. Inteligente, atento, buen conversador, simpático,

sensible, cariñoso y, desde luego, muy guapo, con un irresistible atractivo en cada gesto, en cada frase, en cada sonrisa; tenía una personalidad arrebatadora. Nuria sentía con él una inesperada felicidad. Sonreía. Pero no solo ella, el mundo entero sonreía cuando él llegaba.

Y también había advertido que el sentimiento era recíproco. No era difícil de ver y de sentir. Aquellas miradas profundas que le dedicaba lo decían todo. Sus ojos hablaban de amor aunque sus labios no lo habían expresado nunca, porque algo que ya había conocido también era su nobleza. Nuria sabía que nunca daría con ella aquel paso que había dado con tantas otras. Nunca la besaría, nunca la llevaría cogida de la cintura, nunca dejaría que sus labios hablasen de amor porque Nuria era, sobre todo y por encima de todo, la novia de su mejor amigo.

Por eso en su cabeza estaba muchas veces Ramón, apareciendo y desapareciendo, a veces oculto tras el amor que sentía por Roberto, pero otras veces renaciendo con fuerza propia como un nuevo amor estremecedoramente fuerte y vivo. Y cuando supo de la paliza, hizo todo lo posible por verlo. Intentó por todos los medios ir con Roberto el día que lo visitó, pero él se había negado a llevarla de manera tajante, y ante la insistencia de la joven le dijo aquellas palabras que la torturaban desde ese día y que no podía arrancarse de la cabeza:

—No puedes venir, Nuria; me pidió expresamente que tú no vinieses.

Había sido un mazazo saber que no quería verla. Un mazazo, porque ella no deseaba nada con más fuerza que saber cómo estaba.

Aquella misma tarde, ya casi de noche, antes de retirarse a dormir, Roberto la había visitado y habían hablado un buen rato en la parte trasera de la casa. Advirtió que estaba raro, le pareció que escondía algo que había pasado, pero repitió insistentemente a cada pregunta de Nuria que Ramón estaba «lo mejor posible, dentro de lo que cabe». También le contó que lo había visto fuerte,

incluso mayor, adulto, muy herido en la cara y en el alma, pero firmemente decidido a reponerse.

Roberto quería sobre todo llevar la conversación a su terreno. Eran las últimas horas antes de diez días de ausencia, que se le iban a hacer eternos sin ver a su amada. Así que por muy amigo que fuese y muy malo lo que le había pasado, con ella de lo que quería hablar era de amor y besarla y apretarla para llevarse todo aquello que ella le daba almacenado de camino a Argentina. Y así fue, Nuria le dio amor, hermosas palabras, promesas de amor, mimos, besos y cariños para llevar en el viaje. Y cuando se despidieron y entró en casa, se quedó pensando en cómo se iba a apañar para ir a ver a Ramón y para que la recibiese.

Roberto llamó pocos días después de llegar a Argentina, a una hora prudencial para que no estuviese su padre, tal y como habían acordado, y habló un buen rato en carísima conferencia con su novia, que esperaba aquella llamada. Estaba bien, contento, disfrutando del país y de la amabilidad de sus gentes. Le había contado que estaban trabajando a diario con el administrador de las empresas y habían pasado horas revisando papeles y haciendo los trámites oportunos para tomar las riendas de las propiedades, aunque seguiría estando todo como hasta el momento, con el mismo rumbo y la misma gente de confianza que Anselmo había escogido cuidadosamente. Había tiempo también para visitar la ciudad, realmente hermosa. Pero como la última vez que lo había visto, la mayor urgencia de la conversación era el amor, el amor intenso, el gran sufrimiento de la distancia, de no verse ni oírse a diario. Y de eso hablaron principalmente, de amor.

Cuando colgó el teléfono, Nuria se sintió feliz de saber que estaba bien y enamorado, tan enamorado de ella. Y no pudo evitar pensar que tenía noticias

de Roberto, que estaba a miles de kilómetros, y en cambio no sabía nada de Ramón, que vivía a menos de un kilómetro de su casa. Simplemente, no podía soportarlo.

El vacío, las ganas de verlo, la necesidad de comprobar cómo estaba fueron creciendo cada día. Pensó en Ana. Si la encontrara podría saber de él a través de ella, pero había cambiado de casa temporalmente. Se había ido a vivir con su padre durante el tiempo del viaje a Argentina, así se lo había dicho Roberto, y no tenía manera de localizarla, siendo el único nexo que tenía a mano para acercarse a Ramón.

Solo se le ocurrió una opción: ir a buscarlo ella misma a su casa o a la cabaña. Tenía que ir, ver cómo estaba y puede que también preguntarle por qué no había querido recibirla; esa negativa la corroía y no llegaba a comprenderlo.



Ramón, tendido en la cama mirando al techo de su cuarto, como se había pasado tantas horas en aquellos días, pensaba en las razones que habían podido llevar a su padre a conservar las cajas con el recuerdo que más le dolía del mundo. Con la evidencia de un pasado del que no querría saber ningún hijo, y que, según el párroco, fue una herida abierta desde el día en que la descubrió. Pero sorprendentemente, Damián no las había tirado a la basura ni había quemado la carta. Le sorprendía porque la destrucción había sido el primer impulso de Ramón cuando leyó aquellas letras de amor. Él había querido romper la carta, pero su padre no, la guardó. Se la llevó a quien no podía rechazar su custodia, a quien sabía todo y no podía hablar, a don César, a quien también aquella historia lo había enredado desde hacía tantos años. Y la otra simplemente la devolvió a su madre, aunque ya no la recordara.

Optó por retornarle a la vieja su recuerdo y por llevar a un lugar seguro la otra caja. Era sorprendente, pero incluso podía ser que Ramón hubiese descubierto finalmente la razón por la que Damián obró así: por respeto a su madre. Por eso le devolvió la caja, y por eso no se deshizo de la de Anselmo, aunque no la quiso bajo su mismo techo. Se la llevó lejos, pero no la tiró.

Fue por respeto.

Por respeto a su madre.

Sabía que para Damián también había tenido que ser duro encontrar

aquellas cajas en el cuarto de su hijo, el regreso inesperado a un pasado oculto que volvía a estar presente en aquel preciso momento con la casa llena de humo, astillas y marcas en las paredes, y tras darle la paliza de su vida al hijo que, como él hacía muchos años, acababa de descubrir el secreto más inesperado.

Igual ni sabía que había dos cajas idénticas, igual nunca había sabido la respuesta de su madre a aquella otra carta, sin duda también de amor, de Anselmo. Tal vez no la había querido leer, aunque Ramón apostaba a que sí lo había hecho, a pesar del dolor. Pero aquella carta también explicaba cosas. Explicaba el fin voluntario que dos personas habían puesto a un amor inmenso para no dañar a una tercera persona que de cierto murió sin saber nunca que su marido amaba de aquella manera a otra mujer.

Ramón también se preguntaba qué pensaba su padre de que él tuviese las cajas o de cómo se había hecho con ellas. Sabía que también Damián tendría todas esas preguntas sobre su hijo rondándole la cabeza.

Lo único que no le extrañaba era que no hubiera hablado con él sobre aquel hallazgo. Eso no le extrañaba nada. Simplemente su padre entendía que no hablar era ignorar, e ignorando lo acontecido y con las cajas desaparecidas, se acababa la historia. Sabía que su hijo iba a sospechar que había sido él quien se las había llevado, pero le daba igual. Si Damián no hablaba del asunto, no había pasado, no existía, no era. Como todo. No se hacía y punto, porque él lo había elegido así. Y lo que él quería era lo único que contaba en aquella casa. Damián había escogido el silencio sobre el pasado, y silencio había.

Aquella actitud habría valido en cualquier otra situación, en cualquier otro momento antes de la paliza, pero ya no. Con la paliza de por medio las cosas habían cambiado y Ramón sabía que había que buscar las fuerzas necesarias para enfrentarse a él en ese asunto tan espinoso, porque no era dueño de la

gente, como tampoco era dueño de los recuerdos de su madre, ni del pasado, ni del presente.

Ramón pensaba y repensaba recuerdos allí tirado en su cuarto. Hacía un par de días Rosa le había dicho que de nada servía pensar tanto, que era mejor y menos doloroso hacer por mejorar, por superar, pero Ramón se había enfadado con aquellas palabras de su madre que tenían buena intención.

—Que olvide, que lo deje correr... ¿Es eso lo que me pides? ¿Es lo que haces tú cada día? —Así como lo pronunció, se arrepintió de sus palabras y su madre salió herida de su cuarto, llorando.

Ella tampoco quería olvidar, nunca olvidaba. Vivía con toda esa pesada carga a sus espaldas, pero ciertamente no era lo que quería para su hijo. Le demostraría más temprano que tarde que todo aquel sufrimiento no había sido en vano y que ella estaba decidida a hacerse con las riendas de su vida. Pero necesitaba tiempo para encaminarla.

Rosa sabía que Ramón le había hablado rabioso por el dolor. Aún era temprano, e igual que las marcas seguían en la cara y la hinchazón no había desaparecido del todo, así Ramón tenía una profunda herida invisible en el pecho que debía cicatrizar y que solo el tiempo haría que dejase de verter dolor.

Por eso la visita de una chica le parecía una excelente noticia, y con esa feliz expectativa que se creó se lo fue a comunicar a Ramón a su habitación, mientras ella esperaba en la puerta.

—Ramón, tienes visita —llamó desde fuera sin abrir, aunque él no había pasado la llave—. Es una chica —añadió.

La noticia hizo efecto de inmediato. El chico salió sonriendo y contento, con una repentina alegría, a saludar en la puerta a Ana, que tanto lo cuidaba y

tan bien le quería. Pero al llegar allí no era Ana quien esperaba, sino Nuria, y la alegría se tornó en una violenta taquicardia que lo ahogaba.

Así como lo vio, a Nuria también le faltó el aire, pero del dolor. Habían pasado días de sobra como para no esperar que estuviese aún tan mal. La paliza había sido sin duda más de lo que Roberto le había contado. Y como había hecho Ana días antes, se abalanzó a sus brazos con los ojos húmedos, pero esta vez Ramón sí que sintió los pechos duros de la joven apretados contra el suyo, que latía tan fuerte que ella también podía sentir aquel latido enloquecido. Lo apretó y posó la cara en su hombro. Su olor inundó a Ramón de amor y deseo al tiempo, confundido en el tacto terso de una mujer hermosa a la que amaba aunque no quisiera reconocerlo.

Salieron de la casa camino de la cabaña y sin saber quién había sido el que había cogido la mano de quién. El caso es que iban de la mano, sin importar nada, porque nada más había. Únicamente estaban los dos, que entraron solos en la cabaña, y el resto del universo se quedó fuera. Roberto también.

Podían haberla llevado los de la tienda, pero Damián quiso hacerlo él en persona. Entró en la casa exaltado, como el día de la antena de cuernos, llamando a todos, que una vez más salieron de sus distintos rincones habituales.

—¡Mirad! ¡Mirad! ¡Venid todos! ¡Mirad lo que traigo!

Se encaminó con una caja grande y pesada hacia la sala. Ya no había tele ni mesa de ruedas; el mueble grande tenía un par de cristales nuevos; en la madera y en la pared había marcas enmascaradas del suceso de la explosión. Damián solo, sin querer ayuda de sus hijos, había ido reparando todo en aquellos días. En la madera echó una especie de resina de un color semejante al original, con la que había cubierto los huecos, y después la barnizó por encima, y en la pared había tapado las marcas con yeso y también había pintado para disimular los impactos de la metralla. Poco se notaba si no te fijabas.

Posó la caja e intentó romper con las uñas el paquete sellado con cinta adhesiva, pero fracasó.

—Rosa, coño, ¿no ves que esto no abre? Muévete, trae unas tijeras. A ver si espabilas por un día.

Rosa no respondió, fue a la cocina a coger las tijeras de cortar el pescado.

—¡Mirad! ¿Sabéis qué es, eh? ¿Lo imagináis? —Rió sonoramente—. A

ver, ¿estáis todos para verlo? ¿Dónde está Ramón? —Se percató de la ausencia.

—Ha salido a dar un paseo.

—Carajo, no salía nunca y ahora no para en casa, no hay quien entienda a este chico. Pues ya lo verá. Venga, poneos todos ahí.

Los dos hijos y la mujer se sentaron en el tresillo, bastante menos entusiasmados que Damián, que descubrió los cartones de la caja para dejar a la vista un nuevo y flamante televisor. Todos sonrieron. Aquellos días se habían percatado de cuánto se llega uno a acostumbrar a ver la televisión, y cuánto se echa en falta cuando no se tiene.

—Ahí lo tenéis. ¡En color! Nuevo de estreno. Bonito, ¿eh? ¡Y grande! ¡Es de veintiuna pulgadas, que no todo el mundo tiene uno así!

—¿Y tenemos dinero para pagar esto, Damián?

Todos esperaron un impropio aún mayor que los anteriores con aquel comentario sin duda acertado pero muy poco prudente de la madre, pero curiosamente no lo hubo.

—Bueno, mujer, algún día teníamos que estrenarnos con el pago a plazos. Ahora paga así todo el mundo.

Y Rosa pensó en la lavadora que seguía sin tener y en que, por lo que se veía, ella no estaba tan equivocada en lo que llevaba predicando tantos años de que pagar a plazos los iba a desahogar un poco. Pero se calló.

Ramón volvió para cenar y se encontró la televisión en color sobre la mesa camilla. Ya no había mesa de ruedas ni tampoco antena de cuernos, porque había ardido con todo lo demás. En el tresillo estaban todos viéndola, encantados de descubrir un mundo de colores donde antes solo había blanco y negro.

Rita lo miró y le habló:

—Se hace raro, ¿no? Es solo al principio, después te acostumbras a ver en color; es una maravilla.

—Papá anduvo ajustando la rueda del color, y la saturación, el contraste o no sé qué. A mí me parece que lo ha dejado todo un poco anaranjado, ¿no os parece? En las caras se nota más. Un día que no esté ya lo pongo yo bien — comentó Ricardo—. ¡El fútbol en color va a ser la hostia!

Ramón miró el aparato último modelo, y bien grande, por cierto. Solo unos días antes se hubiera puesto a dar saltos por la casa y llamaría a Roberto para contárselo inmediatamente, pero hoy Roberto estaba a miles de kilómetros y él sentía un inevitable rencor hacia la tele que no tenía culpa, y también hacia su padre, e incluso hacia aquel gesto con el que bien sabía que en cierta medida pretendía ganar su perdón, porque Damián era conocedor de que Ramón se moría por una tele en color. Así que comprarla era también para eso, para ponerse a bien, para comprar el perdón, que no para pedirlo, porque estaba seguro de que nunca se lo iba a escuchar decir.

Pero el televisor ya no era lo más deseado, Ramón había encontrado lo más deseado en Nuria. Tres días llevaban viéndose a todas horas desde aquella primera visita en la que espontáneamente nació la relación y fueron a la cabaña a amarse como nunca antes había amado. Nada más entrar, Nuria se sacó la camiseta y detrás el sujetador, como un regalo, luego tomó asiento en aquel sofá bien poco limpio después de cubrirlo prudentemente con la manta que tenían, y se ofreció a él. Con naturalidad, con amor, con toda la sensualidad del mundo, y allí fue donde pasó. No el primer día, sino hoy mismo, hacía un par de horas. Ramón había usado aquel preservativo que los dos amigos guardaban para una primera ocasión que nunca imaginó que hubiese podido ser así.

Había sido maravilloso, dulce, enloquecedor. Por eso a Ramón ya le

podían poner hoy delante toda una galería de televisores, que vivía en el recuerdo de lo que acababa de pasar por primera vez y que sabía que los dos iban a recordar toda la vida; eso bien lo sabía.

Pero lo más curioso es que no tenía la sensación de haber hecho nada malo, mucho menos un pecado, como tanto trataban de inculcarles a los jóvenes, ni por el propio acto del amor ni por ser la novia de Roberto. Ya no era de él, era suya, suya, suya, y quería que lo fuese para siempre. Estaba tan repleto de sentimientos que en ese preciso instante podría firmar que fuese la mujer de su vida, porque él también quería ser el hombre de la suya.

Tendría que hablar con Roberto. Mañana regresaba y hablarían. Quería decírselo personalmente e iba a ser difícil. Sabía incluso que podía perderlo de amigo, pero aquello que sentían él y Nuria lo justificaba todo. Era un amor tan verdadero, tan intenso, tan real, que no se podía renunciar a él. Roberto se enfadaría, pero volvería. Volvería con el tiempo. Cuando sanara la herida que sin duda le iban a hacer.

En la casa la cena estaba lista. Rosa la había hecho temprano, a la hora a la que Damián quería cenar, y ahora volvía de la pequeña huerta que tenían en la parte trasera; entraba apurada.

—¡Niños, niños! Venid aquí —llamaba.

Parecía que pasaba algo. Todos acudieron de inmediato.

—¿Qué pasa, mamá? —Ricardo siempre era el más solícito y atento de los tres.

—No veo a la abuela, no la he visto desde media tarde. No sé dónde está y me da muy mala espina, ella nunca se aleja de la casa. Da vueltas por la huerta o por la acera, pero os digo que no la veo. Id a buscarla, repartíos y



mirad bien por todas partes. Si hace falta, llamad a las puertas a ver si está con alguien, es muy raro. ¡Ay, por Dios, si le pasó algo!

El sol ya estaba cayendo y la noche lo cubriría todo en poco tiempo. Los chavales lo llevaron de distinta manera. Rita y Ricardo se preocuparon de inmediato. Ramón no. Pensó que estaría por ahí, nunca iba lejos, no podía pasarle nada y menos en un día tan feliz para él.

Salieron a buscarla repartiéndose la zona; buscaron en los lugares normales donde podía estar, y en los que nunca pensarían encontrarla. Estuvieron un buen rato dando vueltas y nada. Miraron, llamaron y buscaron sin pausa, cada vez más preocupados. Algunos vecinos notaron movimiento en torno a la casa y echaron una mano.

A la media hora decidieron avisar a Damián, que ya debía de estar a punto de ir a cenar. Fue la más difícil de las decisiones: ¿quién se lo iba a decir? ¿Quién se exponía a su reacción sin control? Pero Ramón, que para entonces ya estaba preocupado como el que más, se ofreció voluntario.

—Voy yo, tengo que ir yo.

Lo único en lo que concordaban los tres era en que Rosa no debía ir, porque la iba a culpar directamente. Por una vez, los tres hijos salieron en su defensa. Así que valió la oferta de Ramón, que se puso en camino mientras los demás se quedaban a la puerta de la casa, revisando los aledaños, esperando ver como siempre su imagen pequeña y endeble dirigiéndose despacio hacia casa.

En otras circunstancias, Rosa habría esperado a su marido para decidir si dar parte a la Guardia Civil, pero no lo hizo. Tomó ella sola la decisión porque era necesario, caía la noche y el tiempo era oro.

Ramón no tuvo que llegar a la taberna, se lo encontró de camino.

Se vieron en la lejanía, y a Damián no le pasó desapercibida la urgencia de

su hijo, que caminaba a zancadas, ahogado. Se tensó a la espera de lo que pasaba.

—¡La abuela! —dijo solo Ramón, sin aire por la carrera, y Damián palideció.

En una décima de segundo, en una millonésima, en un instante infinitesimal le pasaron mil pensamientos por la cabeza y todos malos. Todos los que temía desde siempre, los que esperaba tener que afrontar un día con una madre mayor y con demencia que avanzaba a pasos agigantados. Y lo que escuchó también lo había temido alguna vez:

—¡La abuela se ha perdido! ¡No aparece!

No hubo gritos, golpes, empujones, culpas, palabras malsonantes, no hubo nada de todo aquello que Ramón venía imaginando y sufriendo de antemano entre zancada y zancada. Simplemente vio cómo a su padre las piernas le flaquearon, se le doblaron las rodillas y le echó una mano por el hombro en un gesto a medio camino entre agarrarse y buscar un abrazo. Solo dijo «vamos» y salieron a toda prisa hacia la casa, donde ya alumbraban desde lo lejos las luces rojas y azules de un par de coches de la Guardia Civil.

Había por entonces ya medio centenar de vecinos arremolinados en torno a la casa, y el resto del barrio estaba buscando por su cuenta, unos por aquí y otros por allí, sin orden pero con interés. De lejos ya se percibía todo aquel movimiento y los efectivos de la Guardia Civil hablando con Rosa y los chavales. En todo eso reparaban Ramón y Damián cuando el padre se paró de pronto, acordándose de algo.

—¡Espera! Ven conmigo.

—¿Que vaya? ¿Adónde quieres ir ahora? Están todos ahí.

—Hay que mirar primero en casa de Anselmo, no vaya a estar por allí. Está cerrada, ¿no? Se han ido todos a Argentina. Igual está allí y nadie avisa.

Era la primera vez que Damián hablaba de la relación entre Anselmo y Carmen, aunque había sido de manera indirecta. Sin hablar, pero hablaba. Aceptaba que podía haber ido a su casa. Daba por hecho que Ramón comprendía lo que decía y por qué lo decía, y con eso lo reconocía todo: que se había llevado la caja, que sabía que su hijo estaba al tanto de todo, que había ocultado y había callado. El chaval no fue capaz de preguntar nada, no era el momento. Siguió a su padre, y juntos, cómplices, fueron hasta la casa de Roberto, muy cerca de allí.

Las luces estaban apagadas. Incluso la farola del alumbrado público que había delante de la puerta estaba estropeada. Aquella oscuridad inquietó a Ramón. Carmen caminaba con soltura, no tenía problemas de movimiento,

incluso de aspecto estaba joven para la edad que tenía. Todo su problema se centraba en la demencia que comenzó poco después de fallecer Evaristo. Primero fueron pequeños síntomas, despistes, palabras que no fluían al hablar, olvidos. Hasta que el médico de cabecera, su médico de hacía muchos años, comenzó a sospechar indicios de demencia senil. El avance había sido tan rápido que a Damián le costaba mucho asimilarlo. Su cabeza iba y venía, estaba o no estaba, en ocasiones no era capaz de expresar el más sencillo pensamiento y otras veces sorprendía con detalladas descripciones sobre cosas que habían pasado o había hecho cuando era joven. Su cabeza flaqueaba, no obstante se movía sin dificultad por su entorno cercano, que había ido reduciendo con el paso de los meses.

—Pero, papá, no creo que la abuela haya llegado hasta aquí. Hace tiempo que no se aleja de los alrededores de la casa. Ella anda por la huerta o por delante de nuestra puerta.

—Sí, pero ahí no estaba, ¿no?

—No.

—Pues entonces hay que mirar aquí —contestó Damián, muy seco por primera vez en aquella noche.

—¿Y venía por aquí? ¿A su casa? —preguntó abiertamente Ramón, al que ya no le parecía momento de ocultar nada.

—¿A qué iba a venir? ¡Claro que no! Pero igual se le fue la cabeza porque hace tiempo que no lo ve y le dio por venir. Hay que mirar.

Ramón tenía un centenar de preguntas más, pero se calló. El tono no era conciliador y dadas las circunstancias decidió aplazarlo, que no renunciar, eso ya no.

Se acercaron a la puerta con dificultad para ver y echaron un ojo alrededor de la finca. La casa estaba sola en el barrio, rodeada por una valla de alambre y tuyas, así que dentro no había podido meterse y fuera no estaba, como

comprobaron varias veces. En la parte de atrás había luces de las casas de alrededor y se veía claramente que no estaba.

Decidieron volver con todos.

La Guardia Civil estaba tomando las riendas de la búsqueda. Recogieron datos físicos de Carmen: cómo iba vestida, altura, edad y peso. Tomaron notas sobre las circunstancias de la desaparición: quién la vio la última vez, que había sido Rosa, y dónde la había visto, que había sido en la cocina, pasando la tarde juntas, como siempre. Sacaron un plano y en él marcaron lugares en rojo e hicieron áreas de rastreo. Acudieron más efectivos y vecinos a puñados para ayudar, y se organizó una búsqueda por todos los alrededores.

El sargento Arribas se presentó a la media hora como el responsable del dispositivo. Toda la familia se angustiaba por la tardanza en salir al terreno, pero los guardias civiles insistieron en que no solo había que hacerlo rápido, sino también bien organizados para no dejar zonas mal rastreadas, que después se descartarían en una segunda batida.

—Dice usted que doña Carmen tiene demencia. Es habitual que las personas con esa dolencia que desaparecen traten de ir a algún lugar que tienen en la memoria y de camino se desorienten. Muchas veces quieren ir a casas donde vivían de niños, la de un primo, a la iglesia, a sitios que frecuentaban. ¿Hay algún lugar así? ¿O varios?

—Podría haber intentado volver a su casa, pero nunca hizo algo así — contestó Rosa.

—¿En qué dirección es? ¿Sabe situarla en el mapa?

Damián la marcó, también estaba cerca.

—En esta época del año, si no se cae y se lleva un golpe, que pase fuera una noche no es problema. En invierno tendríamos un grave inconveniente

con la hora. No debe de haber ido muy lejos, no desesperen. Un anciano puede andar unos cuatro kilómetros por hora, pero es frecuente que se sienten, o anden en círculos, desorientados. En todo caso, la gente mayor y enferma anda menos a cada hora que pasa. Vamos a trabajar en círculos concéntricos ampliando el radio si es preciso —explicó el sargento haciendo círculos con el dedo índice en el plano—. Pero no debería haber ido muy lejos.

Salieron por grupos a rastrear las zonas marcadas en el mapa. El sargento decía que las posibilidades de haber llegado al río eran pocas, y se iban a centrar en el entorno inmediato donde debería aparecer. Los hijos se repartieron: Rita y Ricardo fueron juntos en un grupo, Damián y Ramón en otro, y Rosa esperó en casa por si regresaba por su propio pie.

Era un barrio largo con algunas casas con huerta. En un extremo, no muy lejos, comenzaba el monte, y en el otro se iba integrando en los edificios de la ciudad. La Guardia Civil había dado minuciosas órdenes a los vecinos sobre cómo buscar. Ya era noche cerrada.

Ramón estaba absolutamente impresionado por la manera tan brutal en la que había cambiado el día, que tenía que haber sido de los más felices de toda su vida. Había vivido horas tan intensas que sentía que los relojes no eran capaces de medirlas. Las horas con Nuria, en la cabaña, en aquel sofá que los llevó al cielo juntos, aquel tiempo de amor en el que el mundo se había parado y solo existían los dos, y cuando miraron el reloj era ya tiempo de marchar. Aún habrían necesitado mil horas más para amarse, para seguir diciéndose cosas hermosas, para besarse por todo el cuerpo y apretarse desnudos. Abrazos de piel, los más ricos que nunca había soñado. Y en cambio ahora, en aquella noche de angustia en busca de la abuela, el tiempo

estaba detenido de otro modo. No pasaban las horas. Cada segundo era una losa y el reloj no avanzaba hacia la luz del día. Ramón sabía que todo iba a terminar bien, que la abuela estaría por ahí, encogida en el suelo o apoyada en un muro en algún lugar. Así la imaginaba, agazapada, reposando en un portal. Perdida, refugiada a la espera del día, y entonces aparecería.

Damián era mucho más negativo. El semblante se le había entristecido hasta la desolación, sentía que no podría soportar su muerte. Desde siempre había sido distinto con su madre que con todos los demás. Le profesaba un amor intenso, la cuidaba continuamente, se preocupaba por ella, nunca le hablaba mal, nunca. Cada noche la besaba cuando se retiraba a dormir. Le tenía un profundo respeto que había perdido con sus hijos y su mujer.

Pasó tiempo. Mucho, poco; todo era ya relativo. El reloj marcaba las cinco de la mañana. Rosa había hecho litros de café para quien lo había querido. Varias mujeres se habían quedado con ella en la casa, acompañándola. Y luego llegó la noticia.

Carmen había aparecido en la alameda, en el centro de la ciudad. La radio comunicó la noticia entre los efectivos de la Guardia Civil y suspendieron la búsqueda. Todos tenían orden de volver al punto de inicio.

Padre e hijo estaban en dirección contraria, buscando en el comienzo de los montes del entorno.

—Damián, ha aparecido. Está en la alameda —avisó el guardia civil al mando de aquel grupo.

—¡¡Por Dios!! ¿Está bien? —preguntó. Necesitaba que la respuesta fuese «sí». Tenía que ser «sí».

—Va una ambulancia en camino, lo siento —explicó el guardia civil, y

poco más quiso añadir. Una palmada en la espalda del hijo dijo el resto. No estaba bien.

Hubo que desandar lo andado hasta los coches, y de allí ir hacia el hospital adonde la llevaban. Ramón nunca había visto llorar a su padre.

Lloraba como un niño desconsolado. Estaba deshecho, destrozado. Las lágrimas salían como de una fuente de sus ojos, y con las manos se agarraba la cara y las sienes. Lloraba tanto que aquella reacción devolvió a Ramón a la realidad, que no acababa de asimilar en aquel día de sentimientos extremos. Definitivamente, no parecía ser el mismo día. Habían sido dos distintos, uno con el placer hecho carne de Nuria, y otro, este otro, en el que estaban con la abuela en sabe Dios qué estado y su padre rabiando de dolor como nunca pensó que pudiese llegar a padecer aquel hombre-bestia que en tantas ocasiones parecía no ser capaz de sentir nada por los demás. Que parecía incapaz de ponerse nunca en el lugar de los otros, y allí lo tenía delante de él, frágil, llorando y sufriendo.

Y Ramón concluyó que los relojes no marcan el tiempo porque los segundos son incapaces de medir lo llenos o vacíos que están de vida.

El coche los dejó a la puerta del hospital. Los dos guardias civiles se despidieron amablemente de ellos. En las escaleras esperaban Rosa, Rita, Ricardo y el sargento Arribas. Rosa se abrazaba al pecho de su hijo y Rita los apretaba a los dos. Todos lloraban. Damián se les acercó con la cara desencajada y fue el sargento quien habló primero:

—Lo siento mucho. Ingresó cadáver. Estaba inconsciente cuando la encontraron, tenía un fuerte golpe en la cabeza.

Damián dejó ir las rodillas hasta posarlas en las escaleras. Ramón le ayudó a incorporarse.



El sargento continuó explicando:

—Se despeñó por un pequeño terraplén en los jardines y se golpeó en la balaustrada de piedra del fondo. Tendrán que practicarle la autopsia, es el protocolo. Va a haber papeleo, y van a tardar en darles el cadáver por lo menos hasta pasado mañana. Es mejor que regresen a casa, descansen y vayan preparando todo para el velatorio y el entierro.

—Quiero verla —dijo Damián con la voz rota.

—No es posible. —El sargento Arribas le tendió una mano por el hombro—. Lo siento, pero está ya en manos del servicio forense. No pueden acceder al cadáver hasta que les sea entregado. Váyense a casa, háganme caso, están cansados y esto va a ser muy largo todavía. Váyense a casa.

No era correcto, no estaba bien y no la quería menos, pero Ramón se arrancaba de su mente a cada instante el pensamiento de Carmen en una fría sala de autopsias con una etiqueta con sus datos colgada del pie, a la espera de ser abierta por todas partes para examinar su cuerpo y explicar su muerte. Se arrancaba aquel pensamiento y lo sustituía por el recuerdo feliz de Nuria acostada debajo de él en el sofá, los suspiros, los lamentos entrecortados y el calor asfixiante, las risas cuando tardó un mundo en ponerse el preservativo, y cómo él cerró los ojos cuando entró dentro de ella. Y el calor se hizo sudor y alegría. Los sentimientos se desbordaban. A Ramón no le eran suficientes todas las palabras para expresar lo que había sentido. No sabría hacerlo.

Estaba tan feliz, tanto, que no podía soportar aquella felicidad extrema junto a la tristeza desgarradora por la terrible muerte de la abuela. Se sintió mal por no ser capaz de estar todo el tiempo sumergido en la tristeza como debía ser, como se esperaba, pero pensó que ella lo entendería. La imaginó joven, hermosa, paseando por Buenos Aires de la mano de Anselmo, o no, porque aquella historia secreta no podría airearse en un paseo cogidos de la mano. Y volvió a pensar en Nuria y en Roberto. Se lo quería decir lo antes posible y sacarla a ella de paseo de la mano. Sin esconderse.

Poco había dormido, ni un par de horas. Al regreso del hospital habían buscado la póliza de decesos de la abuela y habían llamado a la funeraria para poner todo en marcha. Después todos se retiraron. Los de la funeraria habían

quedado en pasar a las diez de la mañana. Cuando se metieron en la cama el día ya abría. Damián y Rosa ni la habían deshecho, se habían estirado un rato encima de la colcha y cerraron los ojos para no dormir. Rita y Ricardo, exhaustos, fueron capaces de dormir unas horas. Y Ramón también habría dormido, cansancio no le faltaba, si no hubiese sido por la parte de su día en la cabaña que solo él y Nuria conocían, y que no dejaba de repensar y traer a la memoria. Aquel breve descanso les vino bien a todos porque el resto de la jornada fue un no parar.

Primero vinieron los de la funeraria, como habían quedado, puntuales. Dos hombres trajeados de azul, camisa blanca y corbata negra de riguroso luto. Unos profesionales de la muerte, compungidos lo justo para no parecer que trabajaban sin importarles las familias, pero firmes y rápidos porque en realidad estaban trabajando en lo suyo. Se ocuparon de todo, desde el papeleo al transporte. El abuelo Evaristo había dejado pagado el entierro de la abuela, como el de él, pero mucho más modesto que el de Anselmo. Había féretro pero no era el mejor, había misa pero no cantada, había autobús pero uno solo, había esquela en la prensa pero de las pequeñas, había lápida con letras doradas pero de las corrientes. Con todo, eso poco importaba. La muerte es lo único que nos hace iguales a todos, ricos y pobres. Solo a los vivos les puede importar de qué manera se entierra a los muertos.

A Damián le importaba mucho. Hizo mil preguntas y pagó un par de extras para hacer la esquela más grande y para que hubiese música en la misa.

—Es mi madre, no importa el gasto —repitió varias veces—. Esta es la despedida que le doy, porque no pude despedirme de ella en vida. Yo hubiera querido que muriera en casa, rodeada de los suyos, que la querían. —Damián lloró.

—¿Quién puede elegir cómo morir, Damián? ¿Quién puede? —respondió Rosa acariciándole los hombros.

Tampoco Rosa lo había visto nunca tan débil y vulnerable. Porque Damián siempre ocultaba sus flaquezas. No compraba a plazos para no parecer un muerto de hambre. Si algún hijo sabía más que él lo solucionaba con un manotazo que lo hiciese callar. A su miedo a perder a Rosa le puso fin haciéndola depender de él. Toda la vida se había dedicado a ocultar sentimientos y flaquezas con órdenes, pero hoy no, hoy estaba destrozado de verdad y desnudo delante del mundo, que irremediabilmente estaba viendo su herida y sus lloros.

Habían dicho los de la funeraria que el cuerpo estaría listo para el día siguiente, seguramente a media mañana. Como tenían mucho «chollo», iban a venir ya por la tarde a dejar todo preparado para que tan pronto trajesen la caja pudiesen comenzar el velatorio y así enterrarla esa misma tarde sin tener que pasar otra noche más en vela, que ya sería la tercera.

Ricardo no pudo dejar de sonreír al pensar cómo se le podía llamar «tener chollo» a tener pobres muertos que enterrar. Estaba claro que todo se puede normalizar, hasta la muerte, si trabajas con ella a diario.

Así que la despedida hasta la tarde de los de la funeraria se suplió por un incansable ir y venir de gente a ofrecerse «para lo que haga falta», preguntando cómo iban a ser las cosas y cuándo llegaría el ataúd. Todo aquello era solo un avance del ajetreo terrible que fue después el velatorio.

También el sargento Arribas quedó en pasar a llevar los efectos personales de Carmen.

En aquel momento nadie reparó en lo extraño que era que de eso no se hubiese ocupado la funeraria, como de todo lo demás.

En la casa sonó el teléfono y lo cogió Damián.

—¡Ramón, te llaman! Y deja pronto libre la línea por si hay llamadas

importantes.

El aparato estaba en el lugar menos discreto de la casa, justo en la entrada, en una pequeña mesita con un tapete verde con flecos, que estaba allí solo para ese fin.

—¿Diga?

—Hola. —La voz más hermosa del universo sonó al otro lado de la línea telefónica, y a Ramón el corazón le dio un salto.

—¡¡Hola, Nuria!! ¿Cómo estás? ¿Estás bien? ¿Qué tal todo? —se aceleró Ramón.

—No, dime, ¿qué tal tú? Yo estoy bien, pero ya me he enterado de lo que ha pasado. Lo siento mucho, muchísimo. Ha tenido que ser terrible. ¿Cómo estás? —le contestó reposadamente.

—¡Bien! Vaya, fastidiado por lo que pasó, triste, ella no se merecía esto. —Ramón seguía hablando a trompicones, pero entonces paró y bajó mucho la voz, hizo un arco con la mano tapando la boca y el teléfono, amortiguando la voz—. Pero también estoy muy feliz, estoy muy contento por lo que pasó. Nuria, te quiero mucho. Mucho, mucho. Es muy triste lo de mi abuela, pero lo nuestro me ayuda a llevarlo, no puedo dejar de pensar en nosotros, en lo que pasó ayer en la cabaña, fue maravilloso.

En el otro lado del teléfono hubo un silencio breve.

—Me alegro de que te ayude. Tengo que irme, ¿vale? No puedo hablar ahora, solo quería saber que estabas bien.

—Estoy bien. —Bajó de nuevo la voz—. Ahora que oigo tu voz estoy mejor. Gracias por llamar, Nuria.

—Un beso, chao.

—¡Espera! —Volvió a hablar bajo—. Hoy viene Roberto; quiero hablar yo con él, se lo diré yo, debe ser así. Es lo mejor para todos y no quiero que tú

pases ese mal trago. Primero se lo diré yo, después habla también con él si lo crees conveniente. Y no te preocupes, sé que llegará a entenderlo.

—¡Cómo que se lo vas a contar! ¿Estás loco? ¡No puede saberlo!

Ramón se quedó pasmado.

—Hay que decírselo, Nuria, es necesario, no podemos andar a escondidas, no podemos seguir escondiéndonos ni escapar de él, hay que decírselo.

—No debe saberlo nunca. Pasó y solo lo sabemos nosotros dos, pero ahora mi novio ha vuelto y no hay más que hablar. Tengo que colgar. Siento lo de tu abuela.

Y colgó. La conexión terminó y la línea telefónica devolvió un estúpido tono *tuu-tuu-tuu-tuu...* que Ramón se quedó escuchando un buen rato.

Volvió a su habitación flotando, levitando aturdido, inmerso en una especie de sueño que no acababa de entender y que no encajaba con nada de lo que había pasado en los últimos días.

Recordó las llamadas anteriores, tan difíciles siempre para que los demás no las escuchasen, sentado estirando el cable hasta el suelo, allí delante de la mesita del teléfono del recibidor. Recordó también cómo acostumbraban a despedirse, con un número infinito de «Te quiero, te quiero, te quiero» repetidos en voz baja con la boca tapada con la mano para amortiguar la voz, y solo interrumpida para oír la respuesta del otro lado, como un eco: «Te quiero, te quiero, te quiero».

Recordó todos los besos, los dulces y los apasionados, y la entrega de la chica que lo fue a buscar a casa, que buscó sus labios, que se quitó la ropa en la cabaña, que le había dicho «te quiero» la primera. Ahora Roberto había regresado, y todo había terminado. Volvía a ser su novia. O puede que nunca hubiese dejado de serlo en todos aquellos días. Pero no para Ramón. Él pensaba que estaba amando a una mujer libre que había escogido amarlo a él, y que así se lo había hecho ver. Él había pensado que era suya, y él de ella,

que estaban juntos, que eran novios. ¿Qué otra cosa hubiera podido pensar? Y ahora no entendía nada, solo sentía el dolor más profundo y agudo que nunca había sentido en la vida, y una dificultad angustiosa para respirar.

Hay cosas que entierras y vuelven, que matas y reaparecen, que nunca te permitirán estar en calma hasta que aprendas a vivir con ellas. Entonces no hará falta darles tierra, ellas mismas te dejarán en paz y ya no importará que estén. Damián buscó sosiego en el fondo de la huerta en una piedra con forma natural de taburete en la que Carmen se sentaba muy a menudo. Estaba doblado sobre él con la cabeza entre las rodillas y los puños apretados, llorando de dolor y de rabia, por la muerte de su madre y por el regreso de aquel pasado terco que no podía soportar solo de pensarlo.

En el puño derecho apretaba fuerte, hasta clavarse las uñas, lo que le había devuelto el sargento Arribas. Era un papelito pequeño cortado a mano, escrito con tinta azul de bolígrafo y letra caligráfica inclinada, y un sencillo mensaje: «Dime que me quieres». Tan bonito, tan cruel.

No tenía ni idea de dónde lo había podido coger su madre. Era uno de los mensajes que Anselmo le dejaba desde el comienzo de su enfermedad. Él lo sabía todo, era conocedor de todo. El propio Anselmo se lo había explicado en una violenta conversación que habían tenido hacía unos años, cuando Damián descubrió todo aquel lío de los papeles y lo fue a ver para pedirle que se marchase de nuevo de la ciudad. Esa había sido la segunda vez que Damián desenterrara aquella terrible historia que aún hoy tenía que regresar de nuevo, en el mismo día de la muerte de su madre.

La primera había sido mucho antes, cuando tenía más o menos la edad de



Ramón. Carmen había mimado extraordinariamente a su hijo, lo cuidaba, se mataba por él, le había entregado la vida y se lo recordaba sin parar. No pudo tener más descendencia. Había tenido aquel hijo y después se secó. Con el tiempo Damián llegó a pensar que en el fondo era lo que quería, cumplir con su marido teniendo un hijo y ya estaba, pero lo cierto es que la naturaleza de por sí no le permitió tener más. Era una mujer volcada en su casa, en su familia, pero muy especialmente en su hijo. Damián lo era todo para ella, y ella lo era todo para él, muy por encima, a años luz, del amor que le tenía a su padre.

Un día vio por la puerta entreabierta a su madre sentada en la cama, apretando fuerte contra el pecho una carta, y llorando amargamente pero de forma callada, sin ruido. Apretaba aquella carta de igual modo que él apretaba hoy aquel papel en su mano, con dolor y una profunda desesperación. Delante tenía una cajita abierta, de un color gris irisado. Damián se paró, se pegó al hueco que dejaba la puerta y miró extrañado aquella escena. Por alguna razón no entró a preguntar: «Mamá, ¿qué te pasa?». No. En vez de eso, miró desde fuera con la impresión de estar viendo algo prohibido. Pasado un rato, Carmen se secó las lágrimas con el dorso de la mano, y después se pasó un pañuelo por la cara. También limpió la carta con mucho cuidado, delicadamente, la besó y la dejó en el fondo de la cajita; al terminar la cerró con llave. Una llave con cadena que colgó del pecho y empujó con la punta de los dedos entre los senos, como metiéndola en una cueva natural, que la protegía. Luego se levantó, metió la caja en el tercer cajón de la cómoda y la tapó con los camisones.

Desde aquel instante, leer aquella carta fue el único empeño de Damián. Tardó bastante tiempo en conseguirlo, y cuando por fin lo logró, también lloró como hoy. Lloró y chilló, y se puso furioso, pegó con el puño en la mesa tantas veces que se abrió las carnes en sangre. Era una carta dentro de

otra carta. La primera solo era un encargo para que el cura la hiciese llegar a su destino: las manos de Carmen. Y la segunda eran las palabras de un hombre del que nunca había oído hablar, Anselmo, una carta que en pocas líneas descubría que todo el mundo que conocía era de mentira.

Le hablaba a su madre como su novia, hablaba de años de convivencia, de amor ilimitado e inmenso, de pasión y locura, hablaba de Argentina, hablaba de no ser libres, hablaba del engaño, de la existencia de la esposa de Anselmo, y Damián no era capaz de comprender cómo todo eso podía haber sucedido, y su madre había sido la amante escondida, esperando las escapadas de Anselmo a sus brazos. Enloquecía al pensarlo.

Así que, lleno de ira, primero fue a buscar explicaciones al cura, del que nunca tal cosa había esperado. Tuvieron una tensa conversación, pero él nada le quiso contar, aferrado al secreto de confesión en el que Carmen le había revelado todo. Porque ella había confesado y también había pedido perdón, pero la palabra «arrepentimiento» no había salido de su boca nunca.

Don César no quiso contar nada y la única alternativa que quedaba era ella. La buscó llevado por la furia infinita que sentía. Fue a abochornarla, carta en mano. Le habló mal, le faltó al respeto, la humilló y le escupió a la cara, y ella lo único que hizo fue recoger la carta de las manos de Damián e ir a guardarla a su cajón. Caminaba lento, pálida, como ida, en silencio. Guardó la carta con una dignidad asombrosa y regresó con su hijo. Se sentó con él y comenzó a relatar la historia, toda la historia, desde el comienzo, cuando muy joven, sola y asustada, llegó a Uruguay, un país a miles de kilómetros del suyo, en el primer viaje de su vida. Y de cómo su tía le buscó un trabajo sirviendo en una casa de confianza, y al poco el señor la forzó de noche en su cuarto, con el consentimiento de la señora, que había oído perfectamente sus gritos, lamentos y súplicas. Por eso su tía la sacó de allí. Sin contar a nadie lo que había pasado, la mandó lejos, al otro lado del Río de la Plata. Aquel río

casi mar que llevaba nombre brillante pero bajaba marrón, furioso y lleno de lodo, como Carmen se sentía.

La envió en un barco que hacía la ruta varias veces al día, de Uruguay a Argentina, adonde se dirigió con la carta de recomendación que le escribió su tía y la dirección de una zapatería de un joven y próspero emigrante de su misma villa natal llamado Anselmo. Carmen nunca llegó a leer el contenido de aquella carta, pero el hombre le dio trabajo y le buscó un piso que él pagaba, en la calle del Tango, en pleno centro porteño. La trató bien, con amabilidad y respeto, le exigió mucho trabajo y ella respondió con diligencia y sin protestar. Pronto los negocios crecieron y la vida mejoró a marchas agigantadas para Anselmo, y también para Carmen, que cobraba bien y podía ahorrar dinero para ella, para guardar en la cuenta del banco, y para enviar a España.

Fue así, día a día, despacio, sólidamente, como se fueron enamorando, y cuando se percataron eran amantes y ya el uno no podía vivir sin el otro porque se necesitaban y se amaban. Era un amor intenso, fuerte, brutal, de los que queman en el pecho y quieres gritar al mundo para que todos vean lo feliz que eres. Mas, al contrario, no podían mostrarlo a la luz, nadie podía saberlo, ni siquiera sospecharlo. Lo habían ocultado bajo la oscuridad para protegerlo y para no causar dolor, porque Anselmo estaba casado. Ella siempre lo supo, e incluso trató a su mujer. Pero era tarde ya, se amaban tanto que aun siendo un amor imperfecto y compartido, siguieron con él día a día, sin más horizonte que el ahora. Y así pasaron diez años de felicidad y remordimientos a un tiempo.

Anselmo no podía dejar a su mujer. Ni las leyes se lo permitían, ni él se sentía capaz de estropearle la vida para siempre. Sin divorcio no había salida posible. Aunque también le preocupaba Carmen, reventando de juventud. Pero la juventud es efímera, y él sabía que no podía pedirle ni consentir que

renunciase a una vida digna, con hijos y marido, para ser por siempre jamás «la otra». Por eso, después de diez años y de hablarlo mil veces, ella regresó y dejó atrás a Anselmo para ser libre y feliz.

Volvió y se casó con su novio de siempre, el que había dejado aquí al partir. Fue fiel y entregada mujer de su casa, pero sentía que el cuerpo había regresado y el corazón se había quedado en algún rincón de la calle del Tango. Y ni fue libre, ni hubo felicidad.

Damián escuchó aquel relato valiente y sincero de su madre con las lágrimas resbalando por sus mejillas. Lo escuchó todo, hasta el final, sin mediar palabra, y cuando su madre terminó de contar se puso en pie. Con toda la fuerza de la rabia que en él se había instalado, le dio una tremenda bofetada en la cara que le desprendió la sangre de la nariz. Y solo dijo:

—De esto nunca más se va a hablar en esta casa.

Carmen aceptó la orden y el golpe. El único que su hijo le había dado y le daría nunca más, y se marchó con sus recuerdos sola al cuarto.

Damián quiso comenzar a olvidar en aquel mismo instante, pero nunca olvidó.

Volvió a amar a su madre como siempre, respetuosamente, con un cariño infinito, como ella a él. Quiso matar y enterrar aquella historia que sus protagonistas ya habían matado antes, pero no pudo hacerlo. Mil veces le brotó en el pensamiento, estaba repleto de ira, y también de miedo, miedo a ser engañado como Carmen había engañado a todos. Y todo su miedo y su desconfianza lo volcó en Rosa desde el primer sentimiento de amor por ella. Era tal la angustia que le provocaba imaginar que podía mentirle, que convirtió sus celos en un estado compulsivo y obsesivo de alerta sobre todo lo que rodeaba a su amada. Y comenzó a alejarla de todos, a prohibirle, a

ordenarle lo que debía hacer y lo que no. Rosa fue la víctima inocente de la ira, los celos y la rabia de Damián.

Por eso en realidad nunca se marchó aquella historia de su cabeza; siempre estuvo ahí, resistiéndose a irse.

Quedándose.

Tantos años después, tantos, Ramón había abierto de nuevo la caja de Pandora, y de ella, como en la de la fábula, solo podían salir males. Y así fue, explotó la tele y le dio la paliza. Damián sabía que se había excedido, pero pensaba que había que escarmentarlo. Era la mejor manera de tenerlos a la raya. Pero después, solo unos instantes más tarde, mientras la madre limpiaba la sangre del chico en el baño, había encontrado en su habitación las viejas cajas que tantas veces intentara olvidar. Hasta ese instante no sabía que eran dos.

Se había quedado petrificado por el recuerdo. Vio una abierta y miró dentro para volver a encontrarse de frente con el pasado. Pero no pensó en Ramón, ni en Carmen. Ni en nadie. Solo pensó en él, en sacar aquello de allí. Arrancarlo de nuevo de su vida porque su presencia le dolía. Ni siquiera quiso leer. Era una carta de su madre, y no podría volver a pasar por segunda vez por saber de toda aquella infamia en la que había vivido.

Cogió la caja y se la devolvió a su madre. Como ella hizo aquel día de confidencias, tantos años atrás, cuando se la quitó de las manos y la fue a guardar en el tercer cajón de la cómoda, debajo de los camiones. La otra, la de Anselmo, se la llevó a la única persona con la que estaría absolutamente a salvo, don César. Y de Ramón no había que preocuparse, bien sabía que callaría como siempre. Le había enseñado bien, a él y a todos los de la casa.

Y así se deshizo, o creyó deshacerse de nuevo, de aquel pasado ajeno que le roía las entrañas.

Pero hoy, allí en el fondo de la huerta, Damián sentado en la piedra donde siempre se sentaba su madre, con el papel en la mano, no podía pensar más que en lo empecinada que es la memoria en regresar y regresar y no dejar descansar. Porque allí estaba aquel papel de Anselmo, en la mano de Carmen, en el último instante de su vida.

Y le dolía.

Ramón no tardó en encontrar a su padre, al que no veía desde la visita del sargento Arribas. Lo había visto todo. El sargento llegó a casa con algunos efectos personales de la abuela que había querido entregar personalmente, aunque se podía haber encargado la funeraria. Había una cadena con una Virgen del Carmen, y otra con una pequeña llave, unos pendientes, y lo más llamativo para el guardia civil, aquello que había traído cuanto antes, para evitar a la familia «pasar un mal trago porque, evidentemente, era una anciana enferma». Eso dijo el sargento y alargó la mano entregándole a Damián un papel, que a Ramón incluso de lejos le revolvió el cuerpo, porque bien supuso lo que era. Y no se equivocó. Un papelito que decía: «Dime que me quieres».

Sí, él lo había visto todo y estaba seguro de que había sido un mazazo para su padre.

Caminó hacia él despacio, mirándolo hundido, roto, destronado, llorando como un niño. Seguramente padeciendo el mayor dolor que podía haber sufrido porque sin duda Carmen era a quien más quería en el mundo y acababa de perderla para siempre de la peor de las maneras.

Ramón sufría duro también, tenía pocas marcas ya de las heridas externas,

pero llevaba una nueva herida dentro, más dolorosa que todas las demás juntas, la que le infligiera Nuria. Estaba mal, triste y hundido como su padre, y pensó, simplemente, que ya era tiempo de tener con él la conversación pendiente.

—Hola, papá.

—Hola. —Lo miró de soslayo sin levantar la cabeza. Ramón se sentó en el suelo.

—Tenemos... que hablar.

—Sí, tenemos que hablar —respondió Damián con naturalidad y resignación.

Ramón se asombró aún más cuando su padre extendió la mano y posó en la suya el papel del mensaje sin decir nada más.

—¿Es lo que trajo el sargento? ¿Lo tenía en la mano cuando...?

—Lo tenía en la mano cuando murió —completó su padre—. Lo llevaba en la mano, ¿y sabes por qué?

—No. Solo sé que tiene que ver... —dudó si pronunciar el nombre— con él.

—Con Anselmo. Tiene que ver con Anselmo. Sí, fue idea de él, así me lo contó.

—¿Estaban...? —Ramón no podía evitar andarse con cuidado con lo que decía, estaba acostumbrado a las reacciones violentas por sorpresa de Damián, y aunque parecía estar absolutamente hundido, la fuerza de la costumbre lo llevaba a ser prudente—. ¿Estaban juntos desde que él volvió de Argentina?

El padre desenterró la cabeza de las rodillas. Incorporó el cuerpo. Allí sentado en el banco de piedra, miró a su hijo y le pareció verse a sí mismo, tantos años atrás cuando también buscaba explicaciones. Y le contó lo que sabía. Le habló de todo aquello que llevaba años escondiendo en los rincones

más oscuros de la memoria para no verlo, para no torturarse, para no saber. Contó y sintió que hablar le hacía bien, que era bueno compartir aquella pesada carga. Así que habló y habló, exhalando desde su interior todo lo que había escondido tantos años. Pensó que en el fondo así se había debido de sentir su madre cuando lo compartió con él. Aliviada, como él ahora.

Damián le confesó a su hijo que siempre temió el regreso de Anselmo en algún verano, en las Navidades o cuando hubo nietos, pero él nunca volvió. Hasta que pasado el tiempo murió su mujer. Poco más tarde, aquel mismo año, reapareció de viejo en la vida que había dejado de joven. Volvió a por ella. Pero cuando llegó, Carmen había hecho su vida con su marido y su hijo. Mantuvieron las distancias. No se veían más que de vez en cuando para hablar, pero el reencuentro había avivado una llama que no se había extinguido con los años. La habían conservado en un rincón de la memoria al que volvían a menudo. Seguía habiendo amor. Nunca había dejado de haberlo. Aun así, mantuvieron las distancias, hasta que pronto Carmen se quedó también viuda. Luego pasaron meses sin verse. Respetaron el luto porque Anselmo sabía que no podía reaparecer como un zorro al acecho. Esperó. Podía esperarla más, no importaban unos meses más en una larga vida separados. Y cuando finalmente se vieron de nuevo, pero esta vez siendo los dos libres, se volvieron a apretar las manos, a besarse y a amarse con corazones jóvenes en cuerpos viejos.

Decidieron que ya era el momento de concederse lo que siempre se habían negado, terminar juntos sus días. Les preocupaban los hijos y su comprensión, pero los dos sabían que aquella era su última oportunidad y que cada día contaba.

Así lo habían decidido y así iba a ser.

Pero no fue.

Porque en el camino, Carmen tuvo aquel terrible diagnóstico. Padecía una



demencia que explicaba los fallos de memoria, los despistes, el no acertar con las palabras que buscaba. Supo de su dolencia cuando aún era consciente de lo que significaba. Tenía demencia, iba a perder la memoria, iba a evaporarse. En un plazo más o menos largo de tiempo dejaría de poder valerse por sí misma, necesitaría ayuda para comer, para vestirse, para asearse, perdería el habla, perdería los recuerdos. Sabía perfectamente lo que se le venía encima, porque ya lo había vivido de cerca en la carne de su madre. Y por eso rechazó la propuesta de Anselmo.

Ella dijo que no, por mucho que se lo pidió, por mucho que se lo suplicó, por mucho que se lo lloró, como muchos años atrás en aquella despedida en la calle del Tango. Pero Carmen, por dignidad, no quería llegar a eso.

Él le juró mil veces que la cuidaría hasta el final de sus días. Sabía que era cierto, pero no quería que la viese así. Simplemente era eso. Quería mantener viva su memoria en la plenitud de la calle del Tango, en los cuerpos jóvenes y firmes, en los corazones latiendo fuerte, en las risas y en el amor que te atraviesa. No quería sufrimiento para él y sabía que iba a perder hasta la capacidad de amar.

A Anselmo le costó lágrimas y salud aceptar aquello. Pero lo hizo, con una nueva propuesta, la de verse a diario mientras la cabeza se lo permitiese. En cada encuentro él le entregaba en sus paseos un papel: «Dime que me quieres», y ella le devolvía otro: «Siempre, siempre, siempre». La misma promesa que le había hecho en su última carta.

Como no todos los días se podían ver, a veces se los podían intercambiar en mano y otras los dejaba en un lugar secreto y fácil: debajo de una piedra en el parque del barrio. Allí quedaba la pregunta y allí aparecía la respuesta. Y ni la violenta visita de Damián a Anselmo cuando descubrió aquellos mensajes los hizo abandonarlos.

Era todo lo que les quedaba.

Nada podía hacer que perdiesen eso también.

Abiertamente, sin tapujos y sin ocultarse, Anselmo le habló a Damián de su inmenso amor por su madre, cerca o lejos, vieja o joven, sana o enferma, y le dejó muy claro que no iba a abandonarla en el triste final que le esperaba. Así que Damián tuvo que apechugar también con aquella carga a sus espaldas.

Pero las cosas fueron mal, la enfermedad destruyó muy rápido a Carmen. Se deterioró a pasos agigantados. Anselmo fue a buscarla a la hora del paseo cada día durante dos años. A veces la veía, y otras no. Cuando tenía suerte y la encontraba, ella no siempre estaba. La mente no siempre la acompañaba, pero él paseaba un ratito a su lado y dejaba el papel en su sitio: «Dime que me quieres». En ocasiones, cada vez más espaciadas, encontraba la respuesta que ella dejaba, a cualquier hora del día, debajo de la piedra. «Siempre, siempre, siempre.» Y así seguía sabiendo que aún lo quería, que lo había querido hasta su final, que fue mucho antes que el de su cuerpo.

Damián le contó aquella historia a su hijo y sintió una inmensa liberación cuando terminó. Seguían allí en el fondo de la huerta, el padre sentado en el asiento de piedra y el chico en el suelo delante de él. Era sin lugar a dudas la conversación más larga que nunca habían tenido.

Ramón se calló un rato. No opinó, no dijo nada, ni siquiera sabía qué pensaba de todo aquello. Era un día confuso, sentía que nada de su cabeza estaba en su sitio. Todo aquello le trajo mil pensamientos sobre los ancianos y su amor inmenso pero condenado, sobre los demás, sobre lo correcto y lo incorrecto. Sobre su padre. De entre todo lo que le hervía en la cabeza, ese pensamiento fue el más claro. Y aquel día en el que sentía que ya poco le

quedaba por perder, se enfrentó a él con la sinceridad de quien habla desde el más profundo dolor.

—¿Fue por eso, papá...? ¿Fue por eso que nos has dado tanto dolor, tanta rabia, tantos gritos y golpes...? ¿Fue por eso? ¿Porque te sentiste engañado por la abuela? ¿Traicionado? Has descargado tu ira, tu rabia y tu impotencia sobre nosotros. Sobre mamá primero y luego sobre todos nosotros. ¿Por eso controlas tanto a mamá? ¿Es por miedo? ¿Temes perderla o descubrir un día que te ha mentado...?

Damián solo balbuceó:

—Tú que sabrás...

—Yo sí sé, papá, sé más de lo que te imaginas. Sé que no se hace daño a quien se quiere. Tú no nos quieres, no sabes querer. Dentro solo tienes odio y egoísmo. Crees que todo lo que pasó únicamente te duele a ti. Nunca piensas en lo que sienten los demás, solo importas tú. Podías haber construido una familia feliz y la hiciste de miedo. Tienes una familia que te tiene miedo. La abuela no te mintió a propósito. Ni siquiera habías nacido cuando pasó. Ella solo vivió un amor imposible y lo pagó muy caro. Sufrió mucho por él. Y tú en vez de ayudarla, cuando ya todo había terminado, solo supiste aumentar su dolor. La culpa no es de lo que te ha pasado, es de cómo tú has elegido vivirlo. Nos has perdido a todos.

Su padre lo miraba. No hablaba, ni gritaba, ni ordenaba, ni había puesto fin de un golpe al certero discurso de Ramón. Aquel día lo escuchó hasta que terminó de hablar.

Ramón se dispuso a irse, se había desprendido al menos de uno de sus sufrimientos, de uno de los miedos que había sacado fuera diciendo lo que pensaba a la cara. Nada justificaba la actitud de su padre, nada explicaba el trato que les daba. Cada uno elige cómo reacciona al dolor, y Damián había

elegido dar más dolor a cambio del dolor. Y darlo también a cambio del amor de su familia.

Damián se quedó allí, sentado, sin hacer ademán de seguirlo, pero fue Ramón quien volvió sobre sus pasos para decir una última cosa. Solo para completar la historia contándole a su padre algo que él no sabía. Que Anselmo también había muerto con un papel en la mano. El papel que aquel día había escrito para ella, como cada día. Un papel idéntico al que ahora tenía el chaval en la mano y, abriendo el puño, se lo mostró a su padre.

Y el silencio de este fue total cuando lo supo.

A las doce de la mañana llegó a casa el coche con el cuerpo de Carmen. Tal y como habían anunciado los de la funeraria la tarde anterior, cuando habían ido a montar todo el tinglado para el velatorio, que una vez más les había quedado perfecto. Habían desalojado de muebles el cuarto de la fallecida. Esta vez no habían desmontado la cama porque Damián se empeñó en que quería que el féretro descansase sobre su propia cama. La cama de matrimonio en la que había fallecido su padre, Evaristo, que también fuera velado en ella. Rita había aceptado de mala gana la idea, advirtiéndole la posibilidad de que aquella cama pronto fuese reutilizada en casa por alguno de los hijos, y poca gracia le hacía pensar en dormir donde antes habían descansado dos muertos. Aunque fuesen de la familia.

El ataúd estaba cerrado, porque tras la autopsia, los cuerpos no quedan perfectamente dispuestos.

—Es lo mejor, tenía un golpe en la cabeza y ya sabe que en estos casos los forenses tampoco se esmeran al coser los cadáveres. Tiene que ir cerrada, señor. Y usted tampoco debe abrirla, recuérdela de viva —le sugirió el de la funeraria.

Y Damián se aguantó sin verla.

Rosa cogió un marco con una foto para ponerla a su lado.

—Esa no, coño. Que esa es de la emigración. Trae una con mi padre, que las hay —refunfuñó Damián, autoritario como siempre, y Rosa fue a por otra.

Ramón observaba. Veía lo que pasaba como desde fuera, ajeno a todo. Eran tantas cosas juntas las que habían sucedido en tan solo unas horas, que sentía que no podía con ellas. Pero se percataba de aquel último intento desesperado de su padre por situar a su abuela donde él pensaba que debía estar, junto a su marido, aunque fuera en foto.

Desde que llegó el cuerpo ya fue todo un no parar, y un ir y venir de gente. El entierro iba a ser lo antes posible, esa misma tarde, a las seis. Todos sentían que no podrían con una noche más sin dormir en el cuerpo. Porque aquella también había sido noche de insomnio para casi todos, pero especialmente para Ramón. Dio tantas vueltas entre las sábanas que soltó la bajera y el bulto arrugado no hizo más que colaborar en la imposibilidad de coger el sueño. Pensaba en la abuela, de joven y de vieja. Pensaba si habría sufrido con aquel golpe que la mató. Pensaba en su padre debilitado, en todo lo que le había contado y en cómo una vez más, como si no hubiesen hablado, los había vuelto a tratar como un déspota poco después de mostrarse tan atormentado. Pensaba también en el amor ingobernable, en los sentimientos tan fuertes e intensos que no puedes arrancar de dentro de ti, y que perviven, y están, y se quedan, por mucho que la razón te diga que no debes sentir eso. Así le había pasado a Anselmo y a Carmen, así sentía que le pasaría a él con Nuria. La quería tanto que necesitaba hablar con ella con urgencia. Verle los ojos, mirarse reflejado en ellos y hacerle entender que no era la novia de Roberto, era la suya.

Ramón se convenció de que tenía que estar confusa, que Nuria estaba haciendo lo que creía que debía hacer, seguir con su novio. Esperarlo durante el viaje como una buena chica. Quería cogerle las manos, apretarlas contra su pecho y explicarle que no. Que cuando se siente algo tan único y especial no se puede hacer lo que se espera que se haga. Que hay que ser valiente y tomar decisiones propias. Estaba seguro de que cuando hablase con ella lo iba a

entender, iba a recapacitar y se lo explicarían todo a Roberto. Pondrían las cosas en orden. En un nuevo orden, el que debía ser, y volvería a tener sus labios en los suyos.

Por eso no había dormido por segunda noche consecutiva.

Cuando abrió el día, en la casa las mujeres empezaron a preparar unos bizcochos para la gente, y a sacar copitas para el licor de hierbas, platos, cucharillas, servilletas, vasos... Pusieron todo a mano y limpiaron con paños toda la casa. Fregaron el suelo, hicieron las camas, colocaron las mejores colchas y revisaron todo para que los vecinos viesan la casa arreglada y no saliesen de ella criticándolos.

Uno de los primeros en aterrizar por allí fue don César, visiblemente afectado. Con la muerte de Carmen se cerraba para siempre aquel episodio en el que se había visto implicado sin buscarlo, y que tantos quebraderos de cabeza le había dado.

Recordaba la primera vez que supo de todo aquello. Fue en un día normal muchos años atrás, con Carmen recién regresada de la emigración. Uno tras otro, varios vecinos pasaron por el confesionario a pedir el perdón. El párroco ocupaba su sitio sentado en el reducido espacio interior y cumpliendo el rito. Los hombres eran atendidos por delante cara a cara, de frente, y las mujeres, por los laterales a través de una celosía que dejaba entrever su rostro con cierta discreción. Casi todos los que habían pasado por el confesionario en aquella tarde, víspera de domingo, eran ancianos y niños. Era cuando más afluencia había para poder comulgar al día siguiente en la misa semanal, a la que iban las familias. Fueron desfilando uno tras otro. Fue oyendo historias

de celos entre hermanos, de vecinos que se fastidiaban entre sí, de broncas domésticas, y poco más. Y allí, la última por el lado izquierdo del confesionario, llegó Carmen a confesar lo impensable. Diez años de vida en pecado con un hombre casado. Lo contó todo, y don César escuchó espantado. Hizo alguna pequeña pregunta, y al término la sermoneó por sus pecados y la adoctrinó en el correcto comportamiento. Hablaron casi una hora. Le preguntó si quería al que iba a ser su marido al cabo de unos días y Carmen dijo que sí sin titubeos. Parecía sincera. Don César se dispuso a imponerle una penitencia importante y a darle la absolución de aquel gran pecado. Pero ella misma añadió:

—No puede absolverme, porque no me arrepiento. —Y rompió a llorar.

—Entonces no podrás comulgar y no podrás casarte, Carmen. La decisión que has tomado viniendo aquí es buena, estás en el buen camino. Haces lo correcto casándote con un hombre bueno. Dejando esa vida descarriada. No lo arruines ahora. Vete, piensa en casa y vuelve mañana. Vuelve arrepentida y te daré la absolución.

Carmen se fue y volvió al día siguiente arrepentida y el cura la absolvió sabiendo que no era cierto, que le mentía para poder casarse, porque no podía hacerle eso a Evaristo.

En realidad fue el tiempo el que se encargó de absolverla. Todos aquellos años vivió como una buena esposa y madre. Y la nueva aparición de Anselmo en su vida, docenas de años después, no la aceptó hasta que fue viuda como él. No dieron de qué hablar. No había nada que reprocharle, y don César sentía de verdad su pérdida, porque era una buena mujer.

En la casa, el párroco conversó con la familia para darles alivio. Con todos menos con Damián, que ni quería ni aceptaba las promesas del mundo



celestial. Era muy pronto, le dolía demasiado la pérdida. El cura tampoco forzó la situación, ni habló del tema, ni pidió que Damián se uniera a la oración. Procedió a rezar sin él delante del ataúd, y después se marchó para volver a las cinco y media, y desde allí salir hacia la iglesia y el cementerio. No habló de nada más. Y Ramón lo vio marchar pensando qué sería ahora de la caja que custodiaba.

Por la casa pasó mucha gente. Algunos habían ayudado hacía solo unas horas en la búsqueda de la anciana. Pasó también el sargento Arribas, y compañeros del instituto de los tres nietos. Ramón solo podía pensar en cuándo lo haría Nuria, pero ella no se acercó al velatorio. Roberto, sí.

Entró en la casa con cara seria. Buscó a su amigo antes de ir a presentar sus respetos al resto de la familia y entrar en la habitación del velatorio. Ramón se refugiaba de la gente en la cocina; allí lo encontró y se abrazaron fuerte.

—Lo siento mucho, es una lástima. Tu abuela era una buena mujer, me apena no haber llegado antes para acompañarte en todo lo que has debido de sufrir cuando desapareció. —Roberto era sincero. Él era así, buena gente, ofrecido para lo que hiciese falta. Ramón lo escuchaba y pensaba que sin duda no sabía nada de lo que había pasado entre él y Nuria. Y eso lo hacía sentirse fatal—. ¿Crees que podemos salir un momento? Tengo cosas de Argentina que contarte —añadió el recién llegado.

Buscaron intimidad en el exterior de la casa porque el interior estaba lleno de gente. Decidieron hablar dando un pequeño paseo por el barrio.

Nada más alejarse un poco, Roberto empezó a contar directamente, sin preámbulos, como a quien le queman dentro las palabras:

—¿Sabes dónde he estado viviendo? En el piso de la calle del Tango. Mi abuelo vendió las casas que tenía allá, en la ciudad y en la playa. Solo se quedó con ese pequeño piso. El de ellos, Ramón. Allí vivía Carmen. Pero no había rastro de nada, los cajones estaban vacíos, los muebles son nuevos, los

vecinos también, incluso el matrimonio que trabaja en la portería del edificio es otro. Es normal, han pasado muchos años. Pero averigüé algo...

—Poco importa todo ya —dijo Ramón.

—No, te equivocas. Importa lo mismo que antes, incluso más que antes. Ellos quisieron estar ahora juntos, ¿lo sabes?

Ramón lo sabía porque su padre se lo había contado, pero lo extraño era que Roberto se enterara de eso en Argentina.

—Me lo contó Estrella, la vieja portera del edificio, muy mayor ya. Se acercó al piso para presentarnos sus respetos por la muerte del abuelo, le tenía mucho aprecio. Anselmo le pagaba para que cuidase de Carmen, que no le faltase de nada, y estuviese siempre segura y acompañada en el piso. Nos lo contó a mí y a mi madre, que ya lo sabe también. Nos relató toda la larga historia ilegal de amor que vivieron, incluso cuando él tuvo a Lola en su matrimonio mientras seguía viendo a diario a Carmen. Eso fue el detonante para que ella, un par de años después, se fuera a casa. Mi abuelo se quedó allí; algunas veces iba por el piso vacío, pero nunca lo vendió, hasta que muchos años después, ya viudo, un día fue a contarle a Estrella que volvía para siempre a España a buscar a Carmen, con quien siempre debió estar. Eso le dijo.

Desde la puerta de la casa llegó la voz de Ana, llamándolos. Y los dos dejaron la conversación y volvieron apresuradamente, con la promesa de hablar pronto, despacio, de todo aquello. Pero antes de llegar junto a su hermana, Roberto le hizo un guiño hablando por lo bajo a Ramón:

—Por cierto, tenemos que tener una conversación de hombres. Ya me contarás qué más ha pasado estos días. Fui hace un rato a la cabaña y vi que no estaba el preservativo. ¡Qué cabrón eres! ¿Qué voy a usar yo ahora?

Roberto soltó una sonora carcajada y Ramón forzó la sonrisa más difícil de su vida, mientras sentía el corazón como si le fuese a salir del pecho.

Ana les salió al paso y abrazó a Ramón para darle el pésame; Roberto se disculpó porque tenía que marcharse e ir a su casa para más tarde recoger a Nuria. Aquel dato no ayudó nada al chaval a recuperar la frecuencia cardíaca. No soportaba la idea de perderla. Sentía que no podía entrar en casa. Se asfixiaba. Desesperado, le pidió a Ana que por favor lo acompañase a dar otro paseo porque no quería entrar en el velatorio, y ella aceptó enseguida. Pero a los pocos pasos el chaval no aguantó más toda la tensión y se deshizo en lloros; ella no sabía cómo consolarlo.

Se sentaron en un banco. Ana lo apretó contra su pecho, le besó el pelo y le habló muy cariñosamente mientras le acariciaba el cabello. Le dijo que las personas se van, pero no mueren del todo, mientras las mantengamos vivas en el recuerdo. Le dijo que pensase en todas las cosas buenas que había vivido con ella, y cuánto bueno también le había dado la vida a la vieja. Pero los llantos no cesaban. Ramón estaba expulsando la presión de todo aquello que había vivido en tan pocas horas y que lo había llevado de la más plena felicidad a la más terrible de las angustias. De pronto parecía que todo se desmoronaba y el mundo se le caía encima. Y entonces, sin saber muy bien por qué, le contó todo lo de Nuria a Ana, que lo soportó estoicamente.

Dolorosa y estoicamente.

Se tragó sus propios sentimientos y escuchó el amor por otra del hombre al que ella amaba. La desesperación en la que él estaba ante la idea de perderla. Y el sexo, también eso le contó.

—Hay ratones.

—¿Qué?

—Hay ratones en el sofá. Los vi hace unos días, tienen un nido allí.

Pudieron morderos... el culo. —Ana hizo reír a Ramón incluso en la peor de las situaciones, y él se lo agradeció un mundo; era una chica maravillosa.

Ella lo había dicho porque no sabía qué decir. No sabía cómo reaccionar y rompió así el dramatismo del momento, pero después le aconsejó con la razón en la mano, y no con el corazón. Con el corazón querría gritarle que la dejase por tonta, por no apreciar en él la maravilla de hombre que era. Pero no dijo eso. Dijo que faltaba bastante tiempo aún para el entierro, suficiente para que se presentase en casa de Nuria y la hiciese reaccionar.

Y se sintió idiota por haber dicho lo que debía, y no lo que quería.

Nuria estaba en casa. Ramón apuró el paso porque tenía solo media hora para hablarle, algo menos incluso, antes de que Roberto pasase a recogerla. Llamó al timbre de la puerta y ella abrió sin reparos pensando que era su novio que se había adelantado. Pero allí, delante de ella, hermosa, sonriente, peinada, suavemente maquillada y vestida para el recibimiento, no se encontró a su novio, se encontró a Ramón, y la sonrisa con la que abrió se tornó en un gesto rígido y serio.

Salió pálida al exterior para hablar delante de la puerta. Su aspecto no disimulaba la tensión del momento, estaba nerviosa, temblaba. Ramón reparó en su temblor y la recordó desnuda abrazada a él, amándolo. Fue la última vez que la había visto temblar y aquel recuerdo lo desarmó. Había pensado mil frases para decirle, pero solo pudo expresar que no entendía nada, que no sabía qué había cambiado, que él la había creído sincera, que el pecho le reventaba de dolor y en vez de estar en el velatorio de su abuela estaba allí, destrozado, para que le dijese que todo aquello se iba a arreglar, que iban a seguir disfrutando de aquel intenso amor recién descubierto.

Pero ella contestó un escueto y frío «No puedo estar contigo» que a Ramón le nubló la vista y el sentido por un instante. No era posible. No podía ser. No podía terminar todo.

Y preguntó mil veces: «¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?». Hasta que la hizo llorar.

—¡No puedo! —dijo ella sin más.

Estaban hablando demasiado alto. A Nuria le preocupaba que sus padres salieran a la puerta. A Ramón nada más en el universo le preocupaba. Estaba alterada, huidiza, hizo ademán de entrar en casa y él la cogió de la mano. La retuvo, buscó su mirada y así, mirándola a los ojos y muy bajo, le preguntó lo más importante:

—¿No me quieres? ¿No me has querido nunca?

Nuria seguía deshaciéndose en lloros. Le contestó que lo sentía, que se había dejado llevar por los sentimientos, pero que debía estar con Roberto.

Ramón sentía que le iba a reventar el pecho allí mismo. Tenía un dolor agudo en el esternón que no era imaginario, era real. Le dolía físicamente lo que estaba pasando. Él nunca había querido quitarle la novia a Roberto, desde el principio se rebeló ante lo que sentía, evitó enamorarse. Huyó de llegar a una situación así, porque no quería dañar a su mejor amigo, que era buena gente, que también quería a Nuria y que sabía que sentía un amor sincero por ella. Ramón se resistió y se dominó hasta que ella lo fue a buscar. Fue ella quien dio el paso, quien abrió la caja de los sentimientos, todos desatados. Lo fue a buscar, se quitó la ropa y se ofreció a él. Y se permitieron sentir lo que ya venían sintiendo. Descubrieron que juntos nada se parecía a lo vivido. Todo era más fuerte, más brutal, más apasionado. Vivieron días de amor con mayúsculas. Los dos. O eso pensaba Ramón, pero ahora ya dudaba. Ya no sabía qué pensar. No podía ser que ella lo hubiese engañado, no podía ser tan perversa como para amar así pensando siempre en seguir con Roberto. Ramón simplemente ya no lo sabía. Volvió a preguntar. Insistió en tener una respuesta, lo hizo hablando muy delicadamente:

—¿Ya no me quieres? ¿Nunca me has querido?

—¡No lo entiendes! No tiene nada que ver con eso. Roberto me conviene,

es bueno, listo, tiene un futuro por delante. Nunca voy a encontrar una oportunidad así.

—¿Una oportunidad? ¿De qué me hablas?

—En mi familia eso es importante. Cualquiera querría un novio así para su hija.

—Tu familia, oportunidades, me conviene... ¿De qué estás hablando? Hace dos días hablábamos de amor, estábamos absolutamente enamorados, ¡tú me lo dijiste! Me has dicho muchas veces que me quieres. ¿Qué es toda esta mierda que me cuentas ahora?

—Es lo que importa, Ramón. ¡Lo siento! Lo siento mucho, pero la vida es así.

Y, llorando, entró en la casa sin que él se lo impidiese ya.

Cuando todo se desmorona solo queda la esencia de las personas, los pilares que nos sostienen, la pasta de la que estamos hechos. Cuando todo se desmorona queda lo verdadero. Pero hay que abrir los ojos para verlo. Que los escombros de lo caído no nos tapen lo que realmente importa, ni las cosas que permanecen allí, las que están siempre en lo bueno y en lo malo. Ramón volvió y en la casa esperaba Ana. Fue directo hacia ella, la abrazó fuerte y la besó en la frente, agradecido por su presencia constante, por saber estar siempre junto a él, y seguidamente, sin mediar palabra, puso rumbo a su cuarto y se encerró en él. Ana se quedó allí, fuera, sola entre la gente del velatorio, con los ojos llenos de lágrimas. Entendió que las cosas no habían salido bien con Nuria. Ni siquiera podía decir que se alegraba.

Pero aun sin ella, Ramón no la podía ver. Seguía siendo invisible para él.

También a Damián lo sepultaba el peso de lo perdido. No soportaba el velatorio, la gente le molestaba en vez de acompañarlo. Quería estar solo, solo con sus confusos pensamientos. Había muerto su madre, todavía no podía creerlo. El dolor lo desgarraba, la herida era tan grande que sentía en el pecho un hueco en el que cogía un puño entero. Un agujero negro, vacío y frío que vertía sangre caliente en una hemorragia de tristeza asfixiante que no cesaba. Se sentía endeble y desvalido. Su madre había muerto de la peor de las maneras que pudiera imaginar, y sola. Con aquel maldito papel en la mano. En muchas ocasiones había sentido celos de su amor por Anselmo, le



parecía que le robaba espacio dentro de ella. Incluso ahora, en los últimos años, cuando ya era un adulto con hijos también adultos, seguía padeciendo aquel hiriente sentimiento de celos. Era tan duro ver cómo la memoria de su madre no lo respetaba a él tampoco.

Recordaba la primera vez que no lo reconoció, que lo miró como si fuese cualquiera. A él, que era su hijo, que la quería tanto y ella lo quería tanto a él. Pero lo olvidaba. Insistió en llamarla, cogiéndole la cara suavemente con las manos, pegándose mucho a ella, hablándole a solo unos centímetros para que lo atendiese. Para que lo entendiese: «Mamá, soy yo, Damián. ¿No me conoces? ¿No me conoces, mamá?». Y no, no lo conocía. Forcejeaba para soltarse y librarse de aquellas manos desconocidas, ajenas, extrañas. Había sido solo la primera de muchas más veces. Todas dolorosas. Últimamente eran escasos los días en los que le llamaba por su nombre, o que lo acariciaba como ella siempre hacía. Por eso no podía soportar que aquella débil memoria tuviese sitio para Anselmo y no para él. Pero la realidad era terca, como la memoria, y los dos murieron con la promesa de amor del otro apretada fuerte en la mano. Era lo que más dolía de todo. Que su último sentimiento fuese para Anselmo y no para él. Que hubiese muerto buscándolo.

Mas también sabía que ella no gobernaba su cabeza, que no podía elegir qué recuerdos traía al presente y cuáles sumergía en el lodo del tiempo. No podía culparla por no ser su último pensamiento antes de morir. Incluso era posible que lo hubiera sido. ¿Quién podría saberlo ya? No podía culparla de nada, porque nada le había hecho, solo darle la mejor de las vidas posibles y todo el cariño del mundo. Damián sabía que su madre entregaría hasta la vida por él, como también lo habría hecho por su padre.

De pronto, se puso en pie y miró la hora. Eran las cuatro; el tiempo era justo, pero suficiente.

Salió llevado por el impulso que sentía de hacer lo último que podía por su madre. Buscó a Ramón. Lo encontró en el cuarto llorando sobre la cama y le dio una orden contundente y urgente que en el fondo tenía también una parte de súplica:

—¡Ven conmigo!

No quiso explicarse por el camino, no quiso hablar; Ramón entendió que era algo importante y lo siguió sin preguntar. Advirtió sorprendido que cogían el camino a casa de Roberto, y temió cualquier locura de las de él, cualquier arrebató violento. Entonces sí que preguntó. Insistentemente repitió las preguntas de adónde iban, qué iba a hacer, qué pasaba, por qué dejaban el velatorio. Pero Damián ni parecía escucharlo. Caminaba con paso firme y decidido, apurando ansioso el trayecto.

Llamó al timbre y la propia Lola abrió la puerta, también sorprendida de verlo allí.

—¡Damián! ¡Ramón! Hola. Qué sorpresa... pero ¿no ha fallecido tu...? Os hacía en el velatorio... Yo iba a salir para allí en un rato.

—Quiero hablar contigo. ¿Puedo pasar? —dijo seco Damián.

—Pasad, sí.

Ramón no entendía lo que pasaba. No sabía de las intenciones de su padre, pero lo tranquilizó que no le hubiera hablado violentamente a Lola. Todo lo contrario, había hablado tranquilo, calmado. Realmente no imaginaba qué hacían allí. Estaba tan descolocado como Lola, que pidió disculpas por las maletas abiertas en la entrada.

—Estamos recogiendo las cosas del viaje, lavadoras... Ya sabéis...

Damián no perdió el tiempo.

—Mira, Lola. Lo que te voy a contar te va a sentar mal, pero te puedo

asegurar que todo es cierto y puedo... podemos —dijo señalando a Ramón— probarlo.

Lola escuchaba impávida de pie en el salón de la casa, a donde los había hecho pasar. Un inmenso salón comedor con casi tantos metros como medía la casa de Ramón.

—No me es fácil contarlo y menos ahora, que ellos están muertos, pero tu padre y mi madre se entendían. —Carraspeó, hizo un sonido gutural y precisó —: Se querían. Vivieron muchos años juntos en Argentina, estando él casado, pero tenían un piso en el que convivían... Fueron muchos años, Lola, muchos. Mi madre casi no estuvo en Uruguay, como contó. Estaba allí, con él.

—Ya lo sé, Damián. Puedes ahorrarte el esfuerzo y el mal trago de contármelo. Lo sé todo —reconoció Lola, y Damián abrió los ojos de una cuarta—. Acabo de enterarme hace nada, justo estos días durante el viaje a Buenos Aires. —Hablaba seria y tensa.

—Vaya...

—Él nunca me lo dijo, y mi madre no supo nada, por supuesto. Ni yo lo sospeché. Éramos una familia normal y él hubiese dado su vida por nosotros. No sabía que eso estaba pasando al mismo tiempo. Pero sea como fuere, sucedió hace muchos años —zanjó seca.

—No, Lola. En eso te equivocas, pasó hasta antes de ayer, cuando murió mi madre. Pasó todos los días de su vida y por eso Anselmo volvió a por ella de viudo. Se respetaron, sí. Pero cuando murió mi padre, la intención que tenían era la de volver juntos.

Lola se mantenía de pie con los brazos cruzados en un gesto inconsciente de defensa.

—Pero no pudo ser. Ahora ya da todo igual... No entiendo por qué estás aquí precisamente hoy. Deberías estar con ella en el velatorio.

—Porque quiero darle a mi madre su última voluntad. Por mucho que me duela, o que nos duela —dijo señalándola—. Ella murió con un mensaje de Anselmo en la mano, murió buscándolo. Y tu padre murió con otro mensaje para ella. Esa era su última voluntad, la de los dos: estar juntos.

Ramón solo escuchaba, no podía abrir la boca. Ni era capaz de hacerlo, ni sabía qué decir. Estaba pasmado, bloqueado por la actitud de su padre, que nunca había podido esperar de él.

—Yo no me habría opuesto. También me dolió cuando lo supe, no te lo voy a negar, me dolió por mi madre, me dolió por mí, me dolió por el engaño constante, por las mentiras durante años. Pero cada uno es libre de tomar sus decisiones, él me lo enseñó. No me habría opuesto. Pero ya da igual, simplemente no pudo ser. No le vamos a dar ahora vueltas a eso, Damián.

—¡Aún puede ser! Enterrémoslos juntos. Falta poco más de una hora para el entierro, enterrémosla con él.

Lola estaba tan impactada como Ramón, que no se lo podía creer.

La mujer, visiblemente perpleja por la idea, sintió la necesidad de centrarse un rato, de pensar con claridad ante aquella propuesta desconcertante e inesperada. Se volvió, cruzó de nuevo los brazos, caminó por el cuarto pensando. Y al final de un instante que pareció eterno, respondió:

—No.

—¿Cómo que no? Tú eres una mujer moderna. A mí me ha costado mucho venir hoy aquí a pedirte esto, pero a ti, que incluso estás separada... A ti no te puede importar lo que diga la gente. Y era lo que ellos querían. —Le hablaba con franqueza, al borde del llanto pero más cerca de la súplica—. Si no los enterramos juntos dentro de una hora, no les daremos el descanso que merecen. Era su voluntad.

—No, no era su voluntad, Damián. Su voluntad fue siempre proteger a los suyos. Renunciaron el uno al otro, primero por mi madre, por no dañarla, y

después, cuando Anselmo regresó, por ti, por tu padre, por vosotros, que le importabais. Ellos nos protegieron del sufrimiento, de la gente y del qué dirán.

—No me importa la gente. Mi madre murió hace dos días buscándolo. ¡Buscando a tu padre!

—Tu madre nunca consentiría que fuera así. Ellos querían hacerlo bien, de frente a todos, a cara descubierta. Si los enterramos ahora juntos haríamos lo contrario. Los expondríamos a estar en boca de todos, el blanco de todas las habladurías. Nadie va a comprender, no van a poder defenderse. Los humillaríamos, los ultrajaríamos. A ellos y a su amor.

Damián se desmoronó, como tantas veces más, en tan pocas horas.

—Por favor, Lola... —le suplicó.

—No, Damián. No lo querían así. No eches por tierra todo el sufrimiento que pasaron para protegernos. No debe ser. Nuestros padres nos querían a nosotros más que a ellos mismos.

No había más que hablar. Nada que hacer. Aquella descabellada intentona había terminado.

Y Damián y Ramón volvieron para enterrar a Carmen.

Regresaron juntos pero en silencio, cada uno acompañado de sus pensamientos.

Fue una ceremonia corta, como habían pedido.

Don César tuvo hermosas palabras para la difunta. Recordó su belleza exterior e interior, su entrega y abnegación como madre y esposa, y la valentía como mujer, capaz de coger un barco sola e irse lejos para salir de la miseria.

Ramón escuchaba, y por primera vez dejó de pensar en pasados y

presentes. Dejó de juzgar la vida de Carmen y de verdad sintió su falta. La ausencia que dejaba. Aquel hueco inmenso.

Luego lloró por ella.

Al final de la ceremonia los hombres de traje azul de la funeraria cargaron el ataúd de nuevo en el coche y, muy despacio, comenzaron a avanzar por el cementerio en busca de la tumba prevista donde darle sepultura, la de su marido. Justo detrás del coche fúnebre iba don César, detrás la familia, y luego toda la gente. Damián caminaba cabizbajo y solo, nadie lo abrazaba; aun siendo el hijo de la difunta, nadie le daba calor. A su lado Rosa seguía al féretro abrazada a Ricardo, y Rita cogida a Ramón. Los seguía el resto de la gente sin orden, los amigos, los vecinos, las beatas, y entre todos ellos, Roberto con Nuria de la mano, a la vista de sus padres, Antonio y Lola, que caminaban con la pareja en lo que era una presentación formal de aquella relación a la familia. Al otro lado de los padres estaba Ana, triste y seria. Nadie hablaba, el único sonido que se escuchaba eran las pisadas sobre los cantos blancos del camino.

Fue un corto paseo silencioso. La comitiva se paró y los de la funeraria bajaron por última vez el cadáver del coche para llevarlo con sorprendente habilidad por entre las tumbas al lugar que le correspondía. Allí esperaba el agujero con la lápida ya abierta. A la vista estaba el piso superior que iba a albergar para siempre a Carmen. A un lado permanecían de pie otros dos operarios. Estos de mono obrero, provistos con un balde de cemento y una paleta, listos para cerrar de nuevo.

—El lunes tienes que ir a hablar con estos por lo de las letras de la lápida —ordenó Damián por lo bajo a Rosa.

—El lunes por la mañana no voy a poder, empiezo a trabajar.

Damián la miró a los ojos tan sorprendido como indignado. Rosa aguantó firme la mirada, y él sintió que ella también se había marchado de su lado.

Lo que vino después fue lo más duro. Bajar la caja, ayudados de aquellas cuerdas, escuchar a los obreros trabajar con el cemento en la piedra fría, dejarla y volver sin ella.

Carmen se quedó allí. Enterrada donde reposaba su marido y un día descansarían otros miembros de la familia, y acompañada en secreto de una caja de madera recubierta de láminas finísimas de una piedra gris irisada y una carta en su interior. Nadie había visto a Damián meterla dentro del ataúd, ni siquiera Ramón, que no lo sabía ni lo supo nunca. Era todo lo que podía hacer para reconciliarse con su madre, para hacerle saber que había entendido que nadie puede juzgar a los demás y que sentía la bofetada que un día le había dado.

Aquella manera de ser lo había llevado a quedarse absoluta e irremediabilmente solo. Se había quedado solo con sus órdenes, su control, su rabia y sus malas maneras. Nadie de aquella familia estaba dispuesto ya a seguir consintiéndolo. Nadie iba a aguantar vivir en el miedo ni un día más.

Cuando casi todos se habían marchado, en el camposanto solo quedaban Roberto, Nuria y Ana, que se acercaron para despedirse. Hacía ya rato que Ramón veía todo desde fuera, con una extraña distancia, casi como una ensoñación. Los vio acercarse. Sus amigos de siempre, de tantos años, de tantos juegos de niñez compartidos, y después, de tantas confidencias e ilusiones adolescentes. Parecía tan lejano el tiempo de la cabaña... Se preguntaba si volverían a encontrarse allí como hacía tan solo unas semanas. Tal vez los enamorados buscasen un nuevo lugar para su intimidad. Sería algo normal. Él mismo sentía que ya no era el chico despreocupado de días atrás. Nadie, ni nada, era ya igual.

Al llegar a su lado, Ramón sintió el nerviosismo de Nuria. Tenía la

respiración alterada y los pómulos sonrosados, puede que por tenerlo cerca, o puede que por si decía alguna inconveniencia delante de Roberto. Pero no, Roberto nunca se iba a enterar por Ramón de lo que había pasado. Él no se lo iba a contar nunca. Su secreto estaba seguro. Nuria podía estar tranquila.

Todos lo abrazaron; eran abrazos cálidos, sinceros, espontáneos. Primero Roberto, su gran amigo. Después Nuria, el amor traicionero que extendió sus brazos y lo rodeó un poco torpe y apresuradamente. Y por último, esperando su turno, Ana, la hermana pequeña de Roberto, que se acercó con una luminosa y franca sonrisa que contagió a Ramón. Él la abrazó fuerte y, por primera vez, sintió sus pechos al hacerlo.



**Amores ingenuos.**

**Amores rotos.**

**Y un amor clandestino capaz de desafiar el paso del tiempo.**

La muerte de un anciano con un mensaje en la mano, «Dime que me quieres», destapa una pasional historia de amor que nunca terminó. Ambientada en la confusa España de 1979, dos años antes de que se aprobara la ley del divorcio, dos familias se ven arrastradas por ese viejo secreto y por la necesidad de cambiar sus vidas. Las horas robadas es una novela coral que nos lleva a través de la vida de tres generaciones demostrando que no hay edad para el amor y que, cuando las cosas no cambian por nuestra voluntad, algo insospechado puede hacerlas cambiar. Para siempre.

María Solar brilla con luz propia y hace gala de un contundente dominio del ritmo narrativo en esta historia de personas que dominan o que son dominadas, rutinas que matan el amor, infidelidades que ven la luz, adolescentes que descubren el sexo y la traición... Una novela de sentimientos que envolverá al lector en sus páginas y le llevará a conocer personajes inmersos en una época, no tan lejana, donde vivir sin ataduras era una tarea pendiente.

**María Solar** (Santiago de Compostela, 1970). Escritora y periodista, presentadora en Televisión de Galicia y en Radio Galega. Centrada en el mundo de la comunicación, es licenciada en Periodismo y en Biología, y diplomada en Magisterio. Ha presentado y dirigido programas de todos los géneros. Como escritora, *Las horas robadas* es su primer libro de narrativa para adultos después de una trayectoria consolidada en la literatura infantil y juvenil, donde ha conseguido los premios Frei Martín Sarmiento 2013 y 2014 (otorgado por los lectores), el prestigioso Lazarillo de creación literaria 2014, y ha sido distinguida en la lista White Ravens 2015 que recoge los mejores libros infantiles y juveniles del mundo.

[www.mariasolar.com](http://www.mariasolar.com)



[mariasolar](https://www.facebook.com/mariasolar)



[@MariaSolar2](https://twitter.com/MariaSolar2)

Edición en formato digital: mayo de 2016

© 2016, María Solar

Autora representada por The Ella Sher Literary Agency

© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial/ Yolanda Artola

Fotografías de portada: © Ismael Salmerón / © Album / © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5418-2

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

# Índice

Las horas robadas

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Sobre este libro

Sobre María Solar

Créditos